

**Diccionario Filosófico en Diez  
Volúmenes**

**Vol. VI: Eclipse — Génesis**

**Por**

**Voltaire**

***Freeditorial*** 

## E

**ECLIPSE.** Durante mucho tiempo los pueblos consideraron los fenómenos extraordinarios como presagios de sucesos prósperos o adversos. Los historiadores romanos observaron que un eclipse de sol acompañó el nacimiento de Rómulo, que otro anunció su muerte y un tercero precedió la fundación de Roma. En el artículo Visión de Constantino hablaremos con detalle de la aparición de la cruz que precedió al triunfo del cristianismo, y en el artículo Profecías trataremos de la estrella nueva que apareció cuando el nacimiento de Jesús. Aquí nos limitaremos a indicar que el mundo se cubrió de tinieblas en los momentos en que expiraba el Salvador.

Los escritores griegos y latinos de la Iglesia citan como auténticas dos cartas atribuidas a Dionisio el Areopagita, en las que refiere que encontrándose en Heliópolis con su amigo Apolofano vieron de repente, hacia la hora sexta, que la luna se colocaba bajo el sol, produciendo un gran eclipse. En seguida, cerca de la hora nona, se apercibieron de que la luna abandonaba el sitio que ocupaba para colocarse en la parte opuesta. Entonces tomaron las reglas de Felipe Arideus y, tras examinar el curso de los astros, comprobaron que lógicamente el sol no pudo producir un eclipse en aquel momento. Además, observaron que la luna, contra su marcha natural, en vez de venir desde Occidente a colocarse debajo del sol, llegó por la parte de Oriente y se volvió hacia atrás por la misma parte. Esto hizo decir a Apolofano: «Estos son, mi querido Dionisio, trueques divinos», a lo que Dionisio apostilló: «O el autor de la naturaleza sufre, o la máquina del universo quedará pronto destruida». Dionisio añade que habiendo tomado nota de la hora y año en que se produjo ese prodigio, y combinando todo ello con lo que Pablo dijo algún tiempo después, se rindió a la evidencia de la verdad, al igual que su amigo. Así se originó la creencia de que las tinieblas que oscurecieron el mundo en la muerte de Cristo fueron producto de un eclipse sobrenatural, hasta que Maldonat dijo que ésta era la opinión de los católicos. Era, en efecto, difícil oponerse a la declaración de un testigo ocular, sabio e imparcial, porque entonces se supone que Dionisio era todavía pagano. Ahora bien, como esas cartas atribuidas a Dionisio se escribieron a fines del siglo V o comienzos del IV, Eusebio de Cesárea reafirma dicha creencia citando el testimonio de Flegón, liberto del emperador Adriano. Ese autor, también pagano, escribió la historia de las Olimpíadas en dieciséis libros, desde su origen hasta el año 1040 de nuestra era. Eusebio añade que esos sucesos se citan en los antiguos libros griegos, dando como fecha el año dieciocho del reinado de Tiberio. Se cree que Eusebio se refiere al historiador griego Thallus, que citan Justino,

Tertuliano y Julio el Africano, pero como las obras de Thallus y de Flegón no han llegado hasta nosotros, no podemos juzgar de la exactitud de las dos citas. Y si bien es cierto que el Cronicón pascale de los griegos, San Jerónimo, Atanasio, el autor de la Historia Miscelánea y Freculfo de Luxem, entre los latinos, todos copian del mismo modo el fragmento de Flegón y dicen lo mismo que Eusebio, no es menos cierto que esos testigos que deponen con uniformidad tradujeron o copiaron dicho fragmento, no del mismo Flegón, sino de Eusebio, que fue el primero que lo citó. Juan Filopomo que leyó a Flegón, no está de acuerdo con Eusebio, diferenciando ambos en dos años. Podrían también citarse los nombres de Máximo y Madela que vivieron en tiempos que aún subsistía la obra de Flegón, y de hacerlo nos daría el siguiente resultado. Cinco de los autores citados son copistas o traductores de Eusebio. Filopomo, que declara haber transcrito las palabras de Flegón, las lee de otro modo, y de otra forma las leen también Máximo y Madela; por lo tanto, no es cierto que interpreten exactamente el mencionado pasaje. Además, hay una prueba inequívoca de que Eusebio es poco fiel al citar a los autores. Asegura que los romanos erigieron una estatua a Simón el Mago con esta inscripción: Simoni Deo sancto (A Simón Dios santo). Theodoret, san Agustín, san Cirilo, Clemente de Alejandría, Tertuliano y san Justino están de acuerdo con Eusebio; san Justino, que afirma haber visto dicha estatua, nos refiere que estaba colocada entre los dos puentes del Tíber, o sea en la isla que forma el río. Sin embargo la inscripción, desenterrada en Roma en 1574, en el sitio que indicó Justino, dice: Semons Sanco deo Fidio. Ovidio refiere que los antiguos sabinos edificaron un templo en el monte Quirinal a esa divinidad, que llamaron Semo Sancus Sanctus o Fidius, y en Gruter hay dos inscripciones parecidas; una de ellas estaba en el monte Quirinal, y la otra subsiste todavía en Rieti, región que ocuparon antiguamente los sabinos.

Por último, los cálculos de Hoegson, Halley, Whirton y Gale Morris han demostrado que Flegón y Thallus se ocuparon de un eclipse natural que tuvo lugar el 24 de noviembre, el primer año de la 202 Olimpiada y no en el cuarto año, como asegura Eusebio. Su tamaño en Nicea sólo fue, en opinión de Whirton, de cerca de diez dedos, o sea dos tercios y medio del disco del sol, y empezó a las ocho y cuarto y terminó a las diez y quince minutos. Entre El Cairo y Jerusalén, según dice Gale Morris, el sol quedó oscurecido durante dos minutos. No se da crédito a los supuestos testimonios de Dionisio, Flegón y Thallus, y recientemente se ha citado la historia de China en cuanto al gran eclipse de sol que supusieron tuvo lugar contra todo pronóstico el año treinta y dos del nacimiento de Jesucristo. La primera obra que lo menciona es una Historia de China, que publicó en París en 1672 el jesuita Greslon. En el extracto que incluyó el Diario de los sabios, el 2 de febrero de ese año, se encuentra el siguiente pasaje: «Los anales de China refieren que en el mes de abril del año treinta y dos de Jesucristo hubo un gran eclipse de sol, en contra

de las leyes de la naturaleza. Si ello fue verdad, ese eclipse podría ser muy bien el que ocurrió durante la pasión de Jesucristo, que murió en el mes de abril según opinan algunos autores. Por esto los misioneros que están en China ruegan a los astrónomos de Europa que estudien si hubo o no eclipse en dichos mes y año, y si pudo tener lugar en forma natural, porque probando esa circunstancia podrían sacarse de ello grandes ventajas para convertir a los chinos.»

Uno no acierta a comprender por qué pidieron a los matemáticos de Europa que hicieran ese cálculo, cuando los jesuitas Adam, Shal y Verbiest, que reformaron el calendario de China, calcularon los eclipses, los equinoccios y los solsticios, y ellos pudieron hacer el cálculo. Además, si el eclipse que refiere Greslon tuvo lugar contra las leyes de la naturaleza, ¿cómo era posible calcularlo? Según confesión del jesuita Couplet, los chinos han incluido en sus anales gran número de falsos eclipses, y el chino Yam Quemsiam, al contestar a la Apología de la Religión Cristiana, que publicaron en China los jesuitas, dice terminantemente que ese supuesto eclipse no consta en ninguna historia china. ¿Cómo hemos de creer, pues, al jesuita Tachard, que en el preámbulo de su Viaje a Siam dice que la Suprema Sabiduría hizo conocer en la Antigüedad a los reyes y pueblos de Oriente el nacimiento y la muerte de Jesucristo mediante la nueva estrella que apareció y mediante un sobrenatural eclipse? Sin duda, ignoraba ese jesuita las palabras que respecto a un asunto muy parecido pronunció san Jerónimo. Helas aquí: «Esa opinión, aunque sea muy a propósito para halagar los oídos del pueblo, no por eso es verdadera». Hubieran podido ahorrarse esas discusiones con recordar que Tertuliano dijo que el día se apagó de repente estando el sol en mitad de su carrera, y los paganos creyeron que fue por efecto de un eclipse porque no sabían que el hecho ya lo profetizó Amós: «El sol se pondrá al medio día y entonces desaparecerá la luz». «Los que han tratado de averiguar la causa de ese evento —continúa diciendo Tertuliano— sin poderla descubrir, la negaron; pero el hecho es cierto y consta en los archivos.»

Orígenes dice que no es extraño que los autores extranjeros no hablen de las tinieblas que mencionan los evangelistas, porque sólo oscurecieron las cercanías de Jerusalén, y según su opinión, con la palabra Judea se designa todo el mundo en algunas partes de la Sagrada Escritura. Confiesa, por otra parte, que el pasaje del Evangelio de Lucas, en el cual en su tiempo se decía que toda la tierra se cubrió de tinieblas cuando se produjo el eclipse de sol, fue falsificado por algún cristiano ignorante que creyó de esa manera descifrar mejor el texto del evangelista, o por algún enemigo mal intencionado que con ese pretexto pretendió calumniar a la Iglesia, como si los evangelistas hubieran querido significar que había de producirse un eclipse en tiempo determinado, que era obvio no podía tener lugar. «Es verdad —añade Orígenes— que Flegón dijo que hubo un eclipse en la época de Tiberio pero al no decir que se

produjo en luna llena no tiene nada de prodigioso. Estas tinieblas — continúa diciendo Orígenes— eran de la misma naturaleza que las que cubrieron Egipto en tiempos de Moisés y que no llegaron hasta la región donde habitan los israelitas. Las tinieblas de Egipto duraron tres días y las de Jerusalén sólo tres horas; las primeras fueron una copia de las segundas, y así como Moisés, para atraerlas sobre Egipto, elevó las manos al cielo e invocó al Señor, también Jesucristo, para cubrir de tinieblas a Jerusalén, extendió las manos sobre la cruz para protestar del pueblo ingrato que, amotinado en contra de él, gritó: Crucificadle, crucificadle.»

Nosotros terminaremos este artículo diciendo como Plutarco: Las tinieblas de la superstición son más peligrosas que las de los eclipses.

**ECONOMÍA.** En su acepción ordinaria, esta palabra significa la manera de administrar los bienes, y es común al padre de familia y al ministro de Hacienda de un reino. Las diferentes clases de gobierno, las rencillas de familia y de corte, las guerras injustas y mal llevadas, la espada de Temis entregada a la mano del verdugo para matar al inocente y las discordias intestinas, son asuntos ajenos a la economía. Tampoco se trata aquí de la verborrea de los políticos que gobiernan un estado desde su despacho. La economía doméstica nos proporciona las tres cosas que son de imprescindible necesidad para el hombre: vivir, vestir y tener abrigo o techo. Puede decirse que para él no existe otra necesidad, a no ser la de calentarse en países de clima glacial. Estas tres necesidades, bien atendidas, coadyuvan a la salud, sin la cual no hay nada. Hacer vida de campo es sinónimo de dedicarse a la vida patriarcal, pero en nuestros climas esta vida sería impracticable y nos haría morir de frío, hambre y miseria.

Abrahán desde Caldea se dirigió a Sichem, y desde aquí emprendió un largo viaje por los desiertos inhóspitos para llegar a Memphis, con objeto de comprar trigo. Pasaré por alto la parte divina de la historia de Abrahán y su descendencia, y sólo me ocuparé aquí de su economía rural. Dejó la región más fértil del orbe y las ciudades donde había casas muy cómodas, para vagar errante por países que hablaban una lengua que no podía entender. Desde Sodoma pasa al desierto de Gerara, donde no había una casa donde cobijarse. Cuando despide a la esclava Agar y al hijo que tuvo de ella, Ismael, todavía estaba en el desierto y para el viaje sólo les da un pan y un cántaro de agua. Cuando va a sacrificar su hijo al Señor, estando en el desierto, él mismo corta la leña que ha de quemar a la víctima y la carga en las espaldas del hijo que se dispone a inmolar. Su esposa muere en un sitio llamado Hebrón y como no tiene ni seis pies de tierra para enterrarla se ve obligado a comprar una cueva para dar sepultura a su mujer; ése fue el único pedazo de tierra que poseyó Abrahán. Sin embargo, tuvo muchos hijos, sin contar Isaac y su posteridad, y su segunda mujer Gethura tuvo a la edad de ciento cuarenta años, según el

cómputo ordinario, cinco hijos que se fueron a Arabia. Que nosotros sepamos, Isaac no poseyó ni un solo palmo de tierra en el país donde murió su padre, y no debió tenerlo porque se fue al desierto de Gerara con Rebeca, su esposa, a casa de Abimelech, rey de Gerara, que fue amante de su madre. Ese rey del desierto también se enamoró de Rebeca, que su marido hizo pasar por hermana como Abrahán hizo con Sara cuarenta años antes. Es chocante que en esa familia hagan pasar siempre las mujeres por hermanas, con idea de ganar alguna cosa, pero ya que tales hechos están consagrados, debemos respetarlos. La Sagrada Escritura dice que se enriqueció en esa tierra inhóspita que él convirtió en fértil, y que llegó a ser poderosísimo, pero también se dice que no encontraba agua para beber, que tuvo una trifulca con los pastores del reyezuelo de Gerara por mor de un pozo, y que no tuvo ni una casa. Tampoco la tuvieron sus hijos Esaú y Jacob. Este se vio obligado a proporcionarse el pan en Mesopotamia, que Abrahán abandonó. Estuvo sirviendo siete años para conseguir la hija mayor de Labán, y otros siete para casarse con la segunda hija, y después huyó con Raquel y los ganados de su suegro, que le persiguió. No es eso tener una fortuna asegurada. Esaú vivió también errante como Jacob. Ninguno de los doce patriarcas, hijos de Jacob, tuvo morada fija, ni fue propietario de un campo. Vivían en tiendas de campaña como los beduinos.

No cabe duda que esa vida patriarcal no dice con nuestras costumbres ni con la vida moderna. Todo buen ganadero necesita una vivienda sana orientada al Este, vastas granjas, establo y cuadras limpias, todo lo cual puede valer unos cincuenta mil francos de la moneda actual. Debe sembrar todos los años cien fanegas de trigo, dedicar otras tantas para buenos pastos, poseer algunas fanegas de viña, y otras para cultivar cereales, legumbres y árboles útiles. Con todo ello, bien administrado, puede mantener en la abundancia una numerosa familia. Sus campos mejorarán de día en día y soportará sin temor la falta de cosechas y la carga fiscal porque una buena cosecha le resarcirá del perjuicio de dos malas, y disfrutará en sus dominios de soberanía real, sometida únicamente a las leyes. Ese es el estado más natural del hombre, el más tranquilo y el más feliz, pero desgraciadamente el más raro. El hijo de ese venerable patriarca, al ver que es rico, le disgusta pagar el impuesto humillante de la talla. Por desgracia, aprendió el latín, va a la ciudad y compra un cargo que le exceptúa de pagar exacción de la talla y hará noble a su hijo dentro de veinte años. Vende su heredad para pagar su vanidad. Una joven educada en el lujo se casa con él, le deshonra y le arruina, muere en la miseria y su hijo tiene que vestir librea en París. Tal es la diferencia que hay entre la economía del campo y las ilusiones de las ciudades.

**ECONOMÍA DE LAS PALABRAS.** Es un término consagrado en exclusiva a los padres de la Iglesia y a las primeras instituciones de nuestra santa religión, y significa hablar adaptándose a los tiempos y a las circunstancias. Por ejemplo, san Pablo, siendo cristiano, entra en el templo de

los judíos para cumplir con los ritos judaicos con el fin de aparentar que no se separa de la ley mosaica. Al cabo de siete días le reconocen y le acusan de haber profanado el templo. Acto seguido, le maltratan y lo echan de allí tumultuosamente; el tribuno de la cohorte lo hace atar con cadenas. Al día siguiente, el tribuno reúne el sanedrín y comparece Pablo ante ese tribunal. El sumo sacerdote Anniah empieza por darle una bofetada y Pablo cuenta lo siguiente: «Me dio una bofetada, pero yo me despaché a gusto.» Sabiendo Pablo que la mitad de sus jueces eran saduceos y la otra mitad fariseos, les habló de este modo: «Soy fariseo y mi padre también lo fue; sólo se me quiere condenar por esperar la resurrección de los muertos». En cuanto Pablo dijo esto se entabló tal discusión entre fariseos y saduceos que hizo disolver la audiencia, porque los saduceos aseguran que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus, y los fariseos sostienen lo contrario.

Es evidente según el texto, que Pablo no era fariseo porque era cristiano, y dijo las mencionadas palabras sólo para enzarzar en disputa a saduceos y fariseos. A eso se llama hablar por economía, por prudencia. O lo que es igual, se trata de una añagaza religiosa que sólo se hubiera atrevido a emplear un apóstol. Del mismo modo, casi todos los padres de la Iglesia hablaron por economía. San Jerónimo desarrolla admirablemente ese método en su carta 54. Sus palabras no tienen desperdicio. Después de afirmar que hay ocasiones en que es menester dar un pan y una pedrada, continúa escribiendo: «Os ruego que leáis a Demóstenes y a Cicerón, y si no os placen los retóricos porque su arte consiste en decir más lo inverosímil que lo verdadero, leed a Platón, Teofrasto, Jenofonte, Aristóteles y a todos los que después de haber bebido en la fuente de Sócrates sacaron de ella diversos arroyos. ¿Se encuentra acaso en ellos candor y sencillez? ¿Qué vocablo no tiene dos sentidos? ¿Cuándo no adoptan el sentido que puede hacerles salir airoso? Orígenes, Metodio, Eusebio y Apolinario, escribieron millares de versos contra Celso y Porfirio. Meditad el artificio y la sutileza con que combaten el espíritu del diablo, diciendo no lo que creen, sino lo que creen necesario decir (Non quod sentiunt, sed quod necesse est dicunt). No voy a ocuparme de los autores latinos Tertuliano, Cipriano Minucius, Victorino, Lactancio e Hilario, porque sólo trato de defenderme, y para esto me bastará referiros el ejemplo del apóstol san Pablo, etcétera».

San Agustín escribe con frecuencia por economía. Se adapta tan bien a los tiempos y a las circunstancias, que en una de sus cartas confiesa que sólo explicó el misterio de la Trinidad porque era preciso que dijera algo. No habló así porque dudara de la Santísima Trinidad, sino que conociendo que ese misterio es inefable quiso satisfacer la curiosidad del pueblo. Este método siempre lo admitió la teología. Contra los eucratitas se empleaba un argumento capaz de reportar la victoria a la causa que defendían los carpocracianos, y cuando disputaban para vencer a los carpocracianos, cambiaban de armas. Tan

pronto dicen que Jesucristo murió para salvar a muchos, cuando quieren excluir a los réprobos, como afirman que murió por todos cuando tratan de poner de manifiesto su bondad universal. En el primer caso, toman el sentido propio por el sentido figurado; en el segundo, toman el sentido figurado por el sentido propio, según exija la prudencia. Esa práctica no la admitiría la justicia. Castigaría al testigo que declarara en pro y en contra en un asunto capital, pero hay infinita diferencia entre los viles intereses humanos, que exigen la mayor claridad, y los intereses divinos, que están ocultos en un abismo impenetrable y emplean con frecuencia la mentira. Los mismos jueces que exigen en la audiencia pruebas convincentes que se aproximen a una demostración, se satisfacen en los sermones con pruebas morales, e incluso con proclamaciones sin pruebas. San Agustín habla por economía cuando dice: «Creo, porque esto es absurdo; creo, porque esto es imposible». Estas palabras, que serían extravagantes en cualquier asunto mundano, son respetables en teología, porque significan que lo que es absurdo e imposible para los mortales, no lo es para Dios; si Dios me reveló esos absurdos y esas imposibilidades, debo creerlos.

A un abogado no le dejarían expresarse de ese modo en la audiencia, y encerrarían en un manicomio a los testigos que dijeran: «Aseguramos que el acusado, estando en la cuna en la Martinica, mató a un hombre en París, y estamos convencidos de tal homicidio porque es absurdo y porque es imposible». San Agustín dice en su carta 53: «Está escrito que el mundo entero pertenece a los fieles; los infieles no tienen un óbolo que posean legítimamente». Si siguiendo ese principio dos depositarios de mis ahorros me aseguran que son fieles, y fiándome de ellos quiebran y me arruinan, serán condenados por los tribunales a pesar de lo que dice san Agustín. San Ireneo sostiene (libro IV, capítulo 25) que no debemos condenar el incesto de las dos hijas de Lot con su padre, ni el de Tamar con su suegro, por razón de que la Santa Escritura no dice expresamente que esa acción sea criminal. Que no lo diga la Biblia no impedirá que las leyes castiguen el incesto.

Todos los primitivos cristianos, sin excepción, pensaban acerca de la guerra como los esenios y los terapeutas, como piensan y obran hoy los cuáqueros y los dumkars, como siempre pensaron y obraron los brahmanes. Tertuliano es quien combate con más ardor esos homicidios legales que nuestra abominable naturaleza hace necesarios «No hay ningún uso, ni ninguna razón, que legitime ese acto criminal». No obstante, después de asegurar que ningún cristiano puede llevar armas, por economía, dice en el mismo libro, tratando de intimidar al Imperio romano: «Nosotros somos de ayer y, sin embargo, llenamos vuestras ciudades y vuestros ejércitos». Esto sólo fue verdad en la época de Constancio, pero la economía exigía que Tertuliano exagerara para hacer temible su partido. Con igual propósito dice que Pilato era cristiano de corazón. Todo su Apologético está henchido de

intenciones parecidas, que aguijoneaban el celo de los neófitos. Concluiremos los ejemplos del método económico, que son innumerables, con el pasaje de san Jerónimo referente a la discusión que tuvo con Joviano sobre las segundas nupcias. «Si los órganos de la generación de los hombres, las partes genitales de la mujer y la diferencia de los dos sexos, creados uno para otro, manifiestan con evidencia que fueron destinados para crear hijos, he aquí lo que os voy a contestar: si eso fuera así, la consecuencia sería que no deberíamos cesar de aparearnos, por miedo a llevar inútilmente los miembros que para eso fueron destinados. ¿Por qué el marido se abstendría entonces de cohabitar con su mujer, por qué la viuda perseveraría en la viudedad? ¿Nacimos destinados a ese acto como los animales? ¿En qué me perjudicaría el hombre que se acostara con mi mujer? Indudablemente, si tenemos dientes para comer, y para que pase al estómago lo que desmenuzan; si no obra mal el hombre que da pan a mi mujer, tampoco obra mal si siendo más vigoroso que yo aplaca su hambre de otra manera y me descansa de fatigas, toda vez que los órganos generativos nos han sido dados para gozar y deben cumplir su destino.» Después de transcribir este pasaje, me parece inútil citar otros. Nótese únicamente que ese método económico, que es afín al estilo de la polémica, debe manejarse con la mayor circunspección, y que no corresponde a los profanos imitar en sus disputas la manera que los santos usan ya impulsados por el ardor de su celo, ya por la candidez de su estilo.

**EDUCACIÓN.** Diálogo entre un consejero y un ex jesuita.

EL EX JESUITA. Podéis comprender la triste situación en que me ha sumido la bancarrota de los dos banqueros La Valette y Lacy. Yo era un pobre sacerdote del colegio de Clermont que se llama de Luis el Grande conocía algo el latín y me sabía al dedillo el catecismo que os estuve enseñando durante diez años gratuitamente. En cuanto salisteis del colegio, con la intención de estudiar Derecho, comprasteis un cargo de consejero del Parlamento y me disteis vuestro voto para que mendigara el sustento fuera de mi patria, o para tener que reducirme a vivir trabajosamente en ella con dieciséis luises y dieciséis francos anuales, que no bastan para alimentarnos y vestirnos mi hermana y yo. Todo el mundo me dice que el desastre que sufrió mi Compañía no lo causó únicamente la bancarrota de La Valette y Lacy, sino también el hermano La Chaise, confesor e intrigante, y el hermano Le Tellier, confesor como aquél de Luis XIV y redomado perseguidor. Pero yo no conocía al uno ni al otro; murieron antes de que yo naciera. Se asegura también que las disputas que tuvieron los jansenitas y los molinistas sobre la gracia versátil y la ciencia media contribuyeron mucho a expulsarnos de nuestras casas, pero yo nunca supe qué es esa gracia. Os hice traducir a la sazón a Cicerón, a Virgilio, a Séneca y a Horacio; en suma, hice cuanto supe por educaros bien y he aquí la recompensa que recibo.

EL CONSEJERO. Indudablemente, sois quien me ha educado, pero cuando entré en el mundo y quise atreverme a hablar se burlaron de mí; podía citar las obras de Horacio y la prosa de algunos autores latinos, pero ignoraba que Francisco I cayó prisionero en Pavía, en dónde estaba situada esa ciudad y desconocía incluso el país donde he nacido. No me enseñasteis las principales leyes que interesan a mi patria, ni una palabra de matemáticas ni de filosofía. Sólo aprendí latín y algunas tonterías más.

EL EX JESUITA. Sólo pude enseñaros lo que a mí me enseñaron. Estudié en el colegio hasta la edad de quince años, y a esa edad un jesuita me sedujo, engañándome. Entré de novicio, me embrutecieron durante dos años y luego me declararon apto para impartir la enseñanza. ¿Cómo queréis que os diera la educación que se recibe en el colegio militar?

EL CONSEJERO. No pretendo semejante cosa, pero sé que cada uno debe aprender desde niño lo que le sirva para desempeñar la profesión que piensa ejercer. Clairant fue hijo de un profesor de matemáticas y así que supo leer y escribir su padre le enseñó su arte, y a los doce años era un excelente geómetra; luego estudió latín, que no le sirvió para nada. La célebre marquesa de Chatelet aprendió bastante bien el latín en un año, y a nosotros nos hacían estar siete años en el colegio para que adquiriéramos algunas nociones de esa lengua muerta. Cuando salíamos de nuestro colegio para estudiar leyes nos sucedía peor aún. A mí, que nací en París, me hicieron estudiar durante tres años las leyes de la antigua Roma que ya no rigen. Por descontado, mi profesor empezó por distinguir la jurisprudencia en el derecho natural y en el derecho de gentes: el derecho natural es común a los hombres y a los animales, en su opinión, y el derecho de gentes es común a todas las naciones, que no están de acuerdo unas con otras. Luego me hicieron aprender de memoria la ley de las Doce Tablas, que derogaron los mismos romanos que la promulgaron; el edicto del pretor, cuando ya no existen pretores; todo lo concerniente a los esclavos, cuando ya no hay esclavos domésticos en toda la Europa cristiana; el divorcio, cuando el divorcio no está admitido en nuestros países, etc. Pronto barrunté que me habían metido en un abismo del que era imposible salir, y me convencí que me habían dado una educación inútil para desenvolverse en el mundo. Pero aún quedé más confuso cuando leí las ordenanzas francesas, capaces de llenar ochenta volúmenes y que se contradicen unas a otras; me vi obligado, cuando asumí el cargo de juez, a aplicar el buen sentido y la equidad de que me dotó la naturaleza y con cuyos apoyos me equivoco casi siempre en todos los fallos. Tengo un hermano que estudia Teología con el propósito de llegar a vicario general y se queja también de la educación que ha recibido. Necesitó seis años largos para llegar a aprender que hay nueve coros de ángeles y en lo que se diferencia un trono de una dominación; si el Pisón en el Paraíso terrenal, estaba a la derecha o a la izquierda del Gedeón si el idioma con que la serpiente departía con Eva era el

mismo que habló la borrica de Balaán; para saber en qué consistió que Melquisedec hubiera nacido sin tener padre ni madre; para saber dónde vive Enoc, que no ha muerto todavía, y dónde están los caballos que transportaron a Elías en un carro de fuego, después que con su manto separó las aguas del Jordán, y en qué fecha debe volver para anunciar el fin del mundo. Hablando con franqueza, debéis convenir conmigo en que para seguir cualquier carrera nos dan una educación muy inadecuada, y que es infinitamente mejor la que reciben quienes se dedican a las artes u oficios.

EL EX JESUITA.--Estamos de acuerdo, pero yo no puedo vivir con mis cuatrocientos francos anuales, mientras algún individuo, cuyo padre era lacayo, tiene treinta caballos en sus caballerizas y cuatro cocineros.

EL CONSEJERO.--Lo único que puedo hacer por vos es regalaros de mi bolsillo cuatrocientos francos. Y esto no lo he aprendido de los autores latinos que a vuestras órdenes aprendí a conocer y traducir.

**EJÉRCITO, ARMAS.** Vaya por delante que existieron y existen sociedades sin ejércitos. Los brahmanes, que gobernaron durante mucho tiempo casi todo el gran quersoneso de la India; los primitivos cuáqueros, que gobernaban Pensilvania; algunas poblaciones de América y del centro de Africa; los samoyedos, y los lapones, jamás han formado al frente de ninguna bandera para ir a guerrear y a destruir los pueblos inmediatos. Los brahmanes constituían el más numeroso de los pueblos pacíficos. Su casta, que es antiquísima, sus buenas costumbres y su religión, estaban de acuerdo en no derramar jamás sangre, ni aún la de los animales más inofensivos. Por eso, siguiendo semejante doctrina, fueron subyugados con facilidad y lo serán siempre.

Los pensilvanios jamás tuvieron ejército y su horror por la violencia fue constante. Numerosas poblaciones de América no sabían qué era un ejército hasta que los españoles fueron allí a exterminarlo todo. Los habitantes del mar Glacial no conocen los ejércitos, ni los dioses de los ejércitos, ni batallones, ni escuadrones. Además de esos pueblos, en ningún otro los sacerdotes llevan armas, al menos cuando son fieles a su institución. Sólo entre los cristianos se han visto sociedades religiosas establecidas para guerrear, como la sociedad de los Templarios, la de los caballeros de la orden de San Juan y la de los Teutones. Esas órdenes religiosas se crearon imitando a los levitas, que combatían como las demás tribus judías.

Ni los ejércitos ni las armas fueron idénticos en todos los pueblos de la Antigüedad. Los egipcios casi nunca tuvieron caballería; era inútil en un país dividido por canales, que estaba inundado cinco veces cada año y lleno de fango durante otras cinco. Los habitantes de gran parte de Asia empleaban las cuádrigas de guerra, que citan los anales de China. Confucio dice que todavía

en su época el gobernador de cada provincia suministraba al emperador mil carros de guerra de cuatro caballos. Los troyanos y los griegos peleaban en carros tirados por dos caballos. La nación judía, situada en terreno montañoso, desconoció la caballería y los carros, y cuando eligió su primer rey sólo tenía jumentos. Treinta hijos de Jair, que eran príncipes de treinta ciudades, según dice el Antiguo Testamento, montaban cada uno en un asno. Los hijos de David huyeron montados en mulas cuando Absalón fue muerto por su hermano Ammón. También Absalón iba montado en una mula en la batalla que libró contra las tropas de su padre, lo que prueba, según el Antiguo Testamento, que ya eran bastante ricos para comprar mulas en los países vecinos.

Los griegos apenas se servían de la caballería. Alejandro ganó principalmente con la falange macedónica las batallas que le dieron el dominio de Persia. La infantería romana conquistó la mayor parte del mundo. En la batalla de Farsalia, César no tenía a sus órdenes más que mil soldados de caballería.

No se sabe con exactitud en qué época los hindúes y los africanos empezaron a poner los elefantes en primera línea de sus ejércitos. Asombra leer que los elefantes de Aníbal pasaron los Alpes, por aquel entonces más impracticables que hoy. Se ha conjeturado mucho sobre cómo se formaban los ejércitos romano y griego, sus armas y sus evoluciones y cada autor ha expuesto su plano de las batallas de Zama y de Farsalia. El comentarista padre Calmet, para explicar mejor los mandamientos de Dios, incluyó en su Diccionario de la Biblia cien grabados con planos de batallas y de sitios. El Dios de los judíos era el dios de los ejércitos, pero Calmet no fue su secretario y sólo pudo saber por revelación cómo los ejércitos de los amalecitas, de los moabitas, de los sirios y de los filisteos, fueron formados en orden de batalla los días de la matanza general. Esos grabados que copian la carnicería que allí hubo hicieron valer su libro cinco o seis luises de oro, pero no consiguieron que fuera mejor. También se pone en duda si los francos, a los que el jesuita Daniel llama franceses con anticipación, se servían de flechas en sus ejércitos y sí llevaban cascos y corazas. Suponiendo que se lanzaran al combate casi desnudos y armados de un hacha pequeña, de una espada y de un cuchillo, se inferirá de esta suposición que los romanos, dueños de las Galias, siendo vencidos tan fácilmente por Clovis, habían perdido su legendario valor, y que los galos prefirieron ser vasallos de un puñado de francos que de un puñado de romanos.

El atuendo de guerra cambió pronto, como cambia todo. En los tiempos de los caballeros y escuderos, sólo se conocía la soldadesca montada en Alemania, Francia, Italia, Inglaterra y España. Esa soldadesca llevaba armadura de hierro. Los soldados de infantería eran siervos, y puede decirse

que asumían las funciones de gastadores más que de soldados. Los ingleses tuvieron siempre entre sus huestes buenos arqueros, que fueron los que consiguieron la victoria en casi todas las batallas. ¿Quién hubiera creído entonces que hoy en día los ejércitos sólo hacen experimentos de física? El milite se quedaría asombrado si un sabio le dijera: «Amigo mío, eres mejor artificiero que Arquímedes. Se preparan cinco partes de salitre, una parte de azufre y otra parte de carbo ligneus, cada uno por separado. Dispuesto el salitre, filtrado, evaporado, cristalizado, removido y seco, se mezcla con el azufre purificado y adquiere un hermoso tono amarillo. Estos dos ingredientes, mezclados a su vez con carbón mineral, forman dos bolas gruesas al echarles un poco de vinagre o disolución de sal amoníaco u orina. Estas bolas se reducen en in pulverem pyrium en un molinillo. El efecto que produce esa mezcla es una dilatación equivalente a cuatro mil veces su volumen, y el plomo que está dentro del tubo que llevas en la mano causa otro efecto, que es el producto de su masa multiplicado por su velocidad. El primero que adivinó en gran parte ese secreto de matemáticas fue el franciscano Rogelio Bacon y quien lo perfeccionó en el siglo XIV un benedictino alemán apellidado Schwartz. Por lo tanto, debes a dos frailes el arte de ser excelente homicida, si la pólvora que gastas es buena. Ducange propugna que en 1338 los registros de la Cámara de Cuentas de París mencionan una Memoria en que se habla de la pólvora de cañón, pero no lo creo. La pólvora de cañón hizo olvidar totalmente el fuego griego, que los moros usan todavía, y te hace depositario de un arte que no sólo imita el fragor del trueno, sino que es más temible que éste». Este parlamento encierra una gran verdad: dos frailes cambiaron la faz de la tierra.

Antes de la invención de los cañones, los países del Norte habían subyugado casi todo el hemisferio y podían haber vuelto otra vez, como lobos hambrientos, a devorar las tierras que antiguamente devoraban sus antepasados. En los ejércitos antiguos, la fuerza corporal, la agilidad, el furor sanguinario y la lucha encarnizada cuerpo a cuerpo, decidían la victoria y, por ende, el destino de las naciones. Los hombres más arrojados se apoderaban con escalas de las ciudades. Había tan poca disciplina en los ejércitos del Norte en tiempos de la decadencia del Imperio romano, como entre las fieras que se lanzan contra su presa. Hoy, una sola ciudadela de la frontera, dotada de cañones, detendría a los ejércitos de Atila y de Gengis. No hace mucho, un ejército de rusos victoriosos se consumió inútilmente ante Crustin, una pequeña fortaleza situada en un pantano.

En las batallas, los hombres más débiles de cuerpo vencen a los más robustos si tienen buena artillería y la dirigen bien. Unos cuantos cañones bastaron en la batalla de Fontenoy para que se batiera en retirada toda una columna inglesa, dueña ya del campo de batalla. Los combates no son ya de hombre a hombre; el soldado carece hoy de ese ardor, ese entusiasmo que

redobla la fogosidad de la acción cuando se lucha cuerpo a cuerpo. La fuerza, la habilidad, e incluso el temple de las armas, resultan inútiles. Sólo en contadas ocasiones durante una guerra se utiliza la bayoneta, aunque ésta sea, sin duda alguna, la más terrible de las armas. En una llanura, muchas veces rodeada de baterías de cañones, dos ejércitos avanzan en silencio uno contra otro: cada batallón lleva consigo cañones de campaña. Las primeras líneas de infantes disparan una contra otra, y una después de otra, y esas líneas son la carne de cañón. Se ve formar en alas los escuadrones que se exponen continuamente al fuego del enemigo, esperando la orden del general. Los primeros que se cansan de esa maniobra, en la que para nada entra el arrojo corajudo, se desbandan y abandonan el campo de batalla. El general acude a rehacerlos si puede, a gran distancia de allí. Los enemigos victoriosos ponen sitio a una ciudad, sitio que les suele costar más tiempo, más hombres y más dinero que varias batallas. Las ventajas que se logran rara vez son rápidas, y al cabo de cinco o seis años los dos ejércitos enemigos quedan en cuadro y se ven obligados a concertar la paz. Así, pues, la invención de la artillería y el método moderno han establecido entre las potencias una igualdad que pone al género humano al abrigo de las antiguas devastaciones y hace las guerras menos funestas, aunque lo son mucho todavía.

Los griegos en todas sus épocas, los romanos hasta los tiempos de Sila y los demás pueblos de Occidente y Septentrión, no tuvieron ejércitos mercenarios permanentes en pie de guerra. Todos los habitantes de esos países eran soldados que empuñaban las armas en tiempo de guerra. Así ocurre hoy en Suiza. Si recorréis esa nación en tiempo de paz no encontraréis en ninguna parte un solo batallón, pero cuando hay guerra veréis cómo se arman de repente ochenta mil soldados. Los que usurparon el poder supremo, desde los tiempos de Sila, tuvieron ya ejércitos permanentes que pagaba el dinero de los ciudadanos, más para sujetarlos que para subyugar a las demás naciones. Hasta el obispo de Roma paga un pequeño ejército. ¿Quién habría podido adivinar en tiempos de los apóstoles, que en el transcurso de los años el servidor de los servidores de Dios tendría regimientos mercenarios y en la misma Roma?

**ELÍAS Y ENOC.** Son dos personajes muy singulares de la Antigüedad, los únicos que no alcanzó la muerte y se vieron transportados fuera del mundo. Un sabio defiende que esos personajes son alegóricos. Los padres de Elías son desconocidos, y dicho sabio cree que Galaad, el país, sólo significa el decurso de los tiempos, haciéndolo derivar del vocablo Galgala que significa revolución. La palabra Elías se parece mucho a la voz Helios, que significa sol. El holocausto que ofrecía Elías, que encendió el fuego del cielo, es una imagen que demuestra el poder que poseen los rayos del sol reunidos. La lluvia que cae después de los grandes calores es también una verdad física. El carro de fuego y los caballos ígneos que elevan a Elías hasta el cielo son la

imagen sorprendente de los cuatro caballos del sol. El regreso de Elías al finalizar el mundo parece estar acorde con la antigua opinión que creía que el mundo se extinguiría en las aguas en medio de la destrucción general que los hombres esperaban. Casi toda la Antigüedad estuvo convencida durante mucho tiempo de que el mundo acabaría pronto. Nosotros hacemos caso omiso de esas alegorías y nos atenemos a lo que dice el Antiguo Testamento.

Enoc es un personaje tan singular como Elías. Únicamente el Génesis nombra a su padre y a su hijo, mientras que la familia de Elías es completamente desconocida. Tanto los orientales como los occidentales han alabado a Enoc. La Sagrada Escritura nos dice que fue padre de Matusalén y no vivió en el mundo más que trescientos sesenta y cinco años, lo que le parece una vida muy breve para uno de los primeros patriarcas. Nos refiere que se marchó con Dios y no volvió más, porque Dios se lo llevó. «Por estas palabras —dice el reverendo Calmet— los padres y numerosos comentaristas aseguran que Enoc vive todavía, que Dios lo transportó fuera del mundo como a Elías. Los dos vendrán antes del Juicio Final a oponerse al Anticristo, Elías a predicar a los judíos y Enoc a los gentiles.» San Pablo, en su carta a los Hebreos dice: «Por su fe fue arrebatado Enoc, para que no conociera la muerte, y ya no le vieron porque el Señor lo transportó». San Justino, o el que tomó su nombre, dice que Enoc y Elías están en el paraíso terrenal esperando el segundo advenimiento de Jesucristo, y san Jerónimo cree, por el contrario, que Enoc y Elías están en el cielo. En tanto, Enoc es el séptimo hombre después de Adán y se supone que escribió un libro que cita san Judas. Tertuliano asegura que esa obra se conservó en el Arca y que el propio Enoc sacó una segunda copia después del diluvio. Esto es lo que la Sagrada Escritura y los padres de la Iglesia nos afirman de Enoc.

Pero los profanos de Oriente nos dicen mucho más. Creen que, efectivamente, existió Enoc y fue el primero que hizo esclavos en la tierra. Unas veces le llamaban Enoc y otras Edris; también dicen que dictó leyes a los egipcios bajo el nombre de Thaut, a quien llamaron los griegos Hermes. Le atribuyen un hijo llamado Sabi que fue el fundador de la religión de los sabeos. Existió una antigua tradición en Frigia sobre Anac, de quien se decía que los judíos habían formado la palabra Enoc. Los frigios tomaron esta tradición de los caldeos o babilonios, que reconocieron también a un Enoc o Anac como inventor de la astronomía. Un día al año lloraron a Enoc en Frigia, como lloraron a Adoni o Adonis los fenicios. El referido sabio que cree que Elías es un personaje alegórico, mantiene la misma opinión sobre Enoc. Cree que la palabra Enoc o Anac significaba año, que los orientales le lloraban lo mismo que Adonis, y que se regocijaban al empezar el año nuevo; que en la Antigüedad no solamente significaba Enoc el principio y el fin del año, sino también el último día de la semana. Es difícil penetrar en los arcanos de la historia antigua, y aun cuando a ciegas descubriéramos la verdad, no

estaríamos seguros de poseerla. Pero al cristianismo le basta con la Biblia.

**ELOCUENCIA.** Nació antes que las reglas de la retórica, así como las lenguas se formaron antes que la gramática. La naturaleza otorga al hombre elocuencia cuando le agitan grandes pasiones o le impulsa un gran interés. Quien está vivamente conmovido ve las cosas desde otro punto de vista que los demás hombres, emplea rápidas comparaciones y felices metáforas sin darse cuenta de ello, animando su discurso y comunicando a sus oyentes parte de su entusiasmo. El filósofo Dumarsais ha observado que hasta el pueblo llano se expresa por medio de figuras y que le son comunes y naturales los giros que denominamos tropos. El hombre elocuente consigue que la naturaleza se refleje en las imágenes con que embellece su disertación. El deseo natural de cautivar a sus maestros y jueces, el recogimiento de su alma profundamente afectada que se dispone a desarrollar los sentimientos que la excitan, son los primeros maestros del arte. Esa misma naturaleza es la que suele inspirar improvisaciones vivas y animadas. Una pasión fogosa, un peligro inminente, hieren de repente la imaginación. Un capitán de los primeros califas, pongo por caso, al ver que los musulmanes huían, les gritó: «¿A dónde huís? Por ese camino no encontraréis a los enemigos». Esa misma frase se ha atribuido a varios caudillos, entre ellos a Cromwell. Las almas esforzadas abundan más que las almas débiles. Rasi, capitán en la época de Mahoma, al ver desconcertados a los árabes por la muerte de su general Derar, caído en el campo de batalla, exclama: «¿Qué importa que haya muerto Derar? Dios está vivo y os contempla; atacad al enemigo». También tuvo un rasgo de elocuencia el marino inglés Jenkis, que hizo decidir la guerra contra España en 1740, quien dijo: «Cuando los españoles, después de mutilarme, querían darme muerte, encomendé mi alma a Dios y mi venganza a la patria».

La naturaleza, pues, es la que da la elocuencia, y aunque se dice que el poeta nace y el orador se hace, esto sólo ocurre cuando la elocuencia se ve obligada a estudiar las leyes, el carácter de los jueces y el método de la época: la naturaleza sólo es elocuente a saltos. Las reglas nacieron siempre después del arte. Tisias fue el primero que recogió las leyes de la elocuencia, de las que la naturaleza dicta las primeras reglas. Más tarde, Platón dijo en su Gorgias que el orador debe tener la sutileza del dialéctico, la ciencia del filósofo, la dicción del poeta y la voz y los gestos del comediante. Aristóteles, después de demostrar Platón que la verdadera filosofía es la guía secreta del espíritu en todas las artes, profundizó los manantiales de la elocuencia en su Retórica poniendo de manifiesto que la dialéctica es la base del arte de persuadir, y ser elocuente es saber demostrar. Distinguió tres géneros en la elocuencia: deliberativo demostrativo y judicial. El primero trata de convencer a los que están deliberando para que se decidan por la guerra o la paz, sobre la administración pública etcétera; el segundo, o sea el demostrativo, se ocupa en demostrar lo que es digno de alabanza o de vituperio, y el tercero, en judicial,

trata de persuadir, absolver o condenar. Es fácil comprender que esos tres géneros no siempre están separados uno de otros. Trata luego de las pasiones y costumbres que todos los oradores deben conocer. Analiza las pruebas que deben aducirse en cada uno de los tres géneros de elocuencia y concluye examinando a fondo la elocución, para que el discurso no languidezca. Recomienda el uso de metáforas a condición de que sean adecuadas y nobles, exigiendo, sobre todo, un lenguaje conveniente y decoroso. Todos sus preceptos traslucen la probidad ilustrada del filósofo y la civilización del ateniense, y al dictar reglas de elocuencia es también elocuente por su sencillez. Es de advertir que Grecia fue entonces la única nación del orbe donde se conocieron las reglas de la elocuencia, porque era la única donde la verdadera elocuencia existió. Rasgos sublimes los hubo en todas partes y en todas épocas, pero sólo los griegos supieron conmover las mentes de una nación civilizada. Los orientales casi todos eran esclavos y el carácter de la servidumbre consiste en exagerarlo todo, por eso la elocuencia asiática fue abrupta. El Occidente era bárbaro en la época de Aristóteles.

En Roma comenzó a conocerse la verdadera elocuencia en tiempos de los Gracos y no se perfeccionó hasta la época de Cicerón. Marco Antonio, Hortensio, Curión, César y muchos otros fueron elocuentes. Su elocuencia pereció con la república al igual que la de Atenas. Dícese que la elocuencia sublime sólo se desarrolla con la libertad porque consiste en atreverse a decir la verdad, en hacer gala de las razones y de las pinturas fuertes. El poderoso casi nunca desea que le digan la verdad, teme las razones y prefiere adulaciones hipócritas a rasgos de elocuencia.

**EMBLEMA** (Representación, alegoría, símbolo, etc.). Todo es símbolo y representación en la Antigüedad. En Caldea pusieron en el cielo un carnero, dos cabritos y un toro, para significar los productos de la tierra en la primavera. En Persia, el fuego fue símbolo de la divinidad; en Egipto, el perro celeste anunciaba las inundaciones del Nilo, y la serpiente que enrosca la cola en la cabeza se convirtió en la imagen de la eternidad. En la India se encuentran todavía algunas estatuas toscas, de las que hemos hablado, que representan la virtud y están provistas de diez brazos para combatir los vicios, y que nuestros inefables misioneros tomaron por retratos del diablo creyendo que todos los que no hablaban francés o italiano adoraban al señor del Infierno. Presentad esos símbolos de la Antigüedad ante un hombre de cortos alcances que nunca haya oído hablar de ellos, y no cabe la menor duda que no los comprenderá porque hablan un lenguaje que es preciso aprender. Los antiguos poetas teístas se vieron en la necesidad de presentar a Dios con figura humana. San Clemente de Alejandría cita unos versos de Jenófanes dignos de atención y que transcribimos traducidos en prosa: « ¡Gran Dios! Por más que queramos idearte, no podemos comprenderte, ni menos describirte. Cada uno te atribuye diversos atributos: las aves dicen que vuelas por los aires, los toros

que tienes cuernos temibles, los leones te confieren dientes desgarradores, y los caballos velocidad en la carrera». De estos versos de Jenófanes se infiere que de antiguo forjan a Dios a imagen y semejanza del hombre. El antiguo Orfeo de Tracia, el primer teólogo de los griegos anterior a Homero, dice, según Clemente de Alejandría: «Sentado en su eterno trono, rodeado de nubes e inmóvil, rige los vientos y las tempestades; sus pies pisan el mundo, y desde lo alto de los aires su mano toca al mismo tiempo las costas de dos mares; es el principio, el medio y el fin de todo». Como todo era representación y símbolo en la Antigüedad, los filósofos, sobre todo los que viajaron por la India, emplearon tal método. Sus máximas eran símbolos, enigmas. «No aticéis el fuego con la espada», es decir no excitéis a los hombres cuando están encolerizados. «No metáis la lámpara en ningún agujero», esto es, no ocultéis la verdad a los hombres. «Absteneos de las habas», huid de las asambleas públicas, que votaban con habas blancas o negras. «No tengáis golondrinas en vuestra casa», no la llenéis de charlatanes. «Durante la tempestad buscad el eco», en las guerras civiles retiraos al campo. «No escribáis sobre la nieve», no enseñéis a las gentes a ser flojas y débiles. «No os comáis el corazón ni el cerebro», no os entreguéis a la pesadumbre ni a empresas demasiado difíciles, etc. Tales son las máximas de Pitágoras, cuyo sentido no es difícil de comprender.

El más sublime de todos los símbolos es el de Dios, que Timeo de Locres representa con esta idea: «Es un círculo cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna». Platón lo adoptó y Pascal lo incluyó entre los materiales que reunió con el título de Pensamientos. En metafísica y en moral, los antiguos lo han dicho todo. Nosotros, coincidimos con ellos o los copiamos. Los libros modernos que tratan de esas materias no son más que repeticiones. Cuando más nos internamos en Oriente, más establecido está el uso de símbolos y representaciones. Pero también van difiriendo, esas imágenes, de nuestros usos y costumbres. Es sobre todo en la India, Egipto y Siria donde encontramos los símbolos más extraños para nosotros. En esos países es donde llevaban respetuosamente en procesión los dos órganos de la generación, los dos símbolos de la vida. Nos burlamos de ellos y los tratamos de ignorantes y bárbaros porque agradecían inocentemente a Dios haber recibido la vida de El. ¿Qué hubieran dicho de nosotros esos pueblos si nos hubieran visto entrar en las iglesias llevando al cinto la espada, instrumento de destrucción? En Tebas, el macho cabrío representaba los pecados del pueblo. En las costas de Fenicia, una mujer desnuda, llevando en la mano una cola de pescado, era el símbolo de la naturaleza. No es de extrañar, pues, que el uso de los símbolos se extendiera entre los judíos cuando constituyeron un pueblo en el desierto de Siria.

Uno de los más hermosos símbolos del Antiguo Testamento es este pasaje del Eclesiastés: «Cuando las obreras del molino sean pocas y estén ociosas,

cuando lo que miran por los agujeros se oscurezca, cuando el almendro florezca, cuando la langosta engorde, cuando las alcaparras caigan, cuando el cordoncillo de plata se rompa, cuando la cintilla de oro se retire y cuando el cántaro se rompa en la fuente...» Todo eso quiere decir que cuando los viejos pierden los dientes, su vista se debilita, sus cabellos blanquean como la flor del almendro, sus pies se hinchan como la langosta, sus cabellos caen como las hojas del alcaparro y ya no son aptos para la generación, entonces es preciso que se preparen para hacer el gran viaje. El Cantar de los Cantares, como sabemos, es un símbolo continuo de la unión de Jesucristo con la Iglesia, y dice así:

«Que me dé un beso con su boca, pues sus pechos son más embriagadores que el vino / Que ponga su mano izquierda bajo mi cabeza y me abrace con la mano derecha. / ¡Qué hermosa eres, querida mía! / tus ojos son de paloma / tus cabellos son como un rebaño de cabras, sin hablarte de lo que ocultas; / tus labios son dos rubíes, tus mejillas como dos medias granadas de escarlata, sin hablar de lo que tú ocultas; / ¡qué hermosa es tu garganta! ¡qué miel destilan tus labios! / Mi querido puso su mano en mi agujero y el vientre se me estremeció a su contacto; / tu ombligo es como una copa hecha a torno; / tu vientre es como un montón de trigo rodeado de flores de lis; / tus dos pechos son como dos cervatillos; / tu cuello es como torre de marfil; / tu nariz es como la torre del monte Líbano; / tu cabeza es como el monte Carmelo; tu tallo es tronco de palmera. Yo he dicho: Subiré a la palmera y recogeré sus frutos. ¿Qué haremos de nuestra hermana pequeña? Todavía no tiene pechos. Si es una pared, edifiquemos encima de ella una torre de plata; si es una puerta, cerrémosla con madera de cedro.»

Sería preciso transcribir todo el cántico para convencerse de que es una alegoría desde el principio hasta el fin. El agudo padre Calmet demuestra que la palmera a donde subió el bien amado es la cruz en que murió nuestro Señor Jesucristo. Debemos confesar, sin embargo, y confesar sinceramente, que la moral pura y sana es preferible a semejantes alegorías.

En el Antiguo Testamento se encuentran muchos símbolos típicos que en la actualidad nos chocan o leemos con incredulidad y con burla, pero que tal vez parecían naturales y sencillos a los pueblos asiáticos. Dios se aparece a Isaías, hijo de Amós, y le dice: «Quítate del cuerpo la vestidura, descálzate; así lo hizo y fue por todas partes desnudo y descalzo. Y Dios dijo: Así como mi siervo Isaías anduvo desnudo y descalzo, en señal de predicción de tres años de guerra contra Egipto y Etiopía, así también el rey de los asirios se llevará delante de sí cautivos a los de Egipto y de Etiopía, jóvenes y viejos, desnudos y descalzos y descubiertas las nalgas, para ignominia de Egipto» (Isaías, cap. XX, vers. 2 y siguientes). Esta última medida no nos parece decente, pero nos resultará menos chocante si nos enteramos de lo que ocurre todavía entre los

turcos, 105 africanos y en la India. Si estudiamos las costumbres de esos países veremos que no es raro encontrar allí santones que van en cueros, que no sólo predicán a las mujeres, sino que se dejan besar las partes genitales por respeto, sin que esos besos inspiren a las mujeres ni a los santones el menor deseo impúdico. Veremos también, estudiando esas costumbres, que en las orillas del Ganges un inmenso gentío de hombres y mujeres desnudos, extendiendo los brazos hacia el cielo, esperan el momento de producirse un eclipse para sumergirse en el río. Jeremías, que era profeta en la época de Joakim, rey de Judá, se puso cadenas y cuerdas por mandato del Señor, y luego las envió a los reyes de Edom, de Moab, de Tiro y de Sidón, por medio de los embajadores que enviaron a Jerusalén, ordenándoles que hablaran del modo siguiente a sus señores:

«Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel, y esto diréis a vuestros señores: yo crié la tierra, y los hombres, y las bestias que están sobre la tierra ... y he dado su dominio a quien me plugo. Al presente, pues, he puesto todos estos países en poder de Nabucodonosor, rey de Babilonia, ministro mío, y le he dado también las bestias del campo para que le sirvan... También le anuncié a Sedecías, rey de Judá, todas estas mismas cosas diciéndole: Doblád vuestra cerviz al yugo del rey de Babilonia, y servidle a él y a su pueblo, y así salvaréis la vida.»

Estas palabras dieron pie para que acusaran a Jeremías de ser traidor a su patria y a su rey, y de profetizar en favor de sus enemigos por recibir dinero, y se asegura que fue apedreado. Es evidente que las cadenas y las cuerdas en cuestión fueron el símbolo de la servidumbre que Jeremías quiso someter a su patria. También Herodoto nos cuenta que un rey de los escitas envió como regalo a Darío, un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Ese símbolo significa que si Darío no huía tan veloz como un pájaro, una rana o un ratón, le matarían las flechas de los escitas. La alegoría de Jeremías era símbolo de la impotencia, y la de los escitas del valor. Dícese que Sexto Tarquinio, habiendo consultado a su padre Tarquinio el Soberbio cómo debía proceder con los gabilenses, éste, sin contestarle y como paseaba por el jardín, tronchó las cabezas de las adormideras más altas. Su hijo, comprendiendo el significado, hizo matar a los principales ciudadanos. Ese fue el emblema de la tiranía. Varios estudiosos creen que la historia de Daniel, del dragón de la fosa de los siete leones, que les daban de comer dos ovejas y dos hombres cada día, y la historia del ángel que agarró a Habacuc por los cabellos para llevar comida a Daniel en la fosa de los leones, sólo son una alegoría, un emblema del celo continuo con que Dios vela por sus servidores. Pero a nosotros nos parece que es más religioso creer que es un suceso verídico, como otros muchos que refiere la Sagrada Escritura. Limitémonos a los símbolos, a las alegorías verdaderas que refiere la Biblia. «El año treinta, el quinto día del cuarto mes, estando yo entre los cautivos junto al río Cobar, los cielos se abrieron y tuve la

visión de Dios. El Señor dirigió su palabra a Ezequiel, sacerdote, hijo de Buzi, en el país de los caldeos, junto al río Cobar; y allí se hizo sentir sobre él la mano de Dios.» Así empieza su profecía Ezequiel tras haber visto un torbellino de fuego y en medio de él las figuras de cuatro animales semejantes al hombre, que tenían cuatro caras y cuatro alas y pies de toro, y una rueda que estaba sobre el mundo y tenía cuatro frentes, y las cuatro partes de la rueda giraban a un tiempo sin retroceder desde que se ponían en movimiento, etc. Dijo: «El espíritu entró en mí, y en seguida el Señor me dijo: Hijo de hombre, come cuanto hallares; come ese libro y ve a hablar a los hijos de Israel. Abrí la boca y diome a comer aquel volumen ... El espíritu entró en mí y me dijo: Vete y que te encierren en tu casa y te aten con estas cadenas. Toma también un cazo de hierro y ponlo como una muralla entre ti y la ciudad; mantente firme y ponte delante de Jerusalén, como si la estuvieras sitiando; esto será una señal para la casa de Israel.» A continuación de esta orden, Dios le manda que duerma trescientos noventa días del lado izquierdo para purgar las iniquidades de Israel, y cuarenta días del lado derecho por las iniquidades de la casa de Judá.

Antes de pasar adelante, transcribiremos las palabras del agudo comentarista Calmet respecto a esa parte de la profecía de Ezequiel, que al mismo tiempo es una verdad y una alegoría, verdad real y símbolo. He aquí cómo la comenta ese sabio benedictino: «Hay quien cree que eso no ocurrió, que sólo fue una visión del profeta, que ningún hombre puede permanecer tanto tiempo acostado de un mismo lado, a no ser por un milagro, que no diciéndonos la Biblia que fue un prodigio no se deben prodigar los actos milagrosos sin necesidad y que Si permaneció acostado trescientos noventa días sólo fue durante las noches, el día lo dedicaba a sus quehaceres. Pero nosotros no vemos la necesidad de recurrir a los milagros, ni buscar tergiversaciones para explicar este hecho. No es del todo imposible que el hombre pueda estar atado con cadenas y acostado del mismo lado durante trescientos noventa días. Todos los días se ven ejemplos que prueban tal posibilidad en los presos, ciertos enfermos y algunas personas de juicio trastornado que por irascibles se las encadena. Prado atestigua que vio y conoció a un loco que estuvo atado y acostado desnudo, siempre del mismo lado durante quince años. Si lo que refiere el profeta sólo fue una visión, ¿cómo es que los judíos cautivos comprendieron lo que les quiso decir Ezequiel? ¿Cómo éste hubiera ejecutado las órdenes de Dios? Lo mismo puede negarse que levantó el plano de Jerusalén, que representó el sitio, que fue atado y que comió pan de diferentes clases.»

Debemos adoptar la opinión del agudo Calmet, que es su mejor intérprete. Es evidente que la Sagrada Escritura refiere el suceso como una verdad y que ésa es el símbolo, el tipo de otra verdad «Toma trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y alverjas y con ello amasa panes para comerlos durante los días que

duermas del lado derecho. Comerás durante trescientos noventa días esos panes como si fueran tortas de cebada, y los cocerás debajo del excremento humano. Los hijos de Israel comerán también así su pan inmundo...» Esa porquería fue tan real que horrorizó a Ezequiel y le hizo exclamar: « ¡Ah, Señor!, mira que mi alma no está contaminada... Y respondiome: He aquí que en lugar de excremento humano te daré estiércol de bueyes, con el cual cocerás tu pan». Como era preciso que el pan del profeta estuviera inmundo para ser un símbolo, lo coció con estiércol de bueyes durante trescientos noventa días, y el hecho fue a la vez una realidad y una figura simbólica.

Del símbolo de Oolla y de Ooliba. La Sagrada Escritura afirma que Oolla es el símbolo de Jerusalén: «Hijo de hombre, haz que Jerusalén conozca sus abominaciones, y dice: Tu origen y tu raza es de tierra de Canaán. Amorreo era tu padre, y Cetea tu madre». A continuación, Ezequiel, sin temor a las interpretaciones malignas ni a burlas, que entonces se desconocían, habla a la joven Oolla en estos términos: «Tus pechos crecieron y tu vello brotó, y tú estabas desnuda y confusa» Al pasar te miré y he aquí que tu edad era la edad de los amores; extendí sobre ti mi manto y cubrí tu desnudez; y dite juramento y fuiste mía. Envanecida empero con tu hermosura, te prostituiste, y te ofreciste lujuriosa a todo el que pasaba, entregándote... en toda encrucijada de camino pusiste la señal de prostitución; y abriste las piernas a todo pasajero y multiplicaste tus fornicaciones. Y pecaste con los egipcios, tus vecinos, que tenían grandes miembros y aumentaste tus fornicaciones para irritarme». El versículo que trata de Ooliba, que significa Samaria, es más osado y está escrito en estilo más indecente. «Desnuda se entregó a las fornicaciones y descubrió sus liviandades, y ardió en amor infame hacia aquellos cuyos miembros son como miembros de asnos y su flujo como flujo de caballos.» Esas imágenes, que hoy nos parecen licenciosas y repugnantes, en aquellos tiempos eran candorosas y sencillas. Hay muchos ejemplos en El Cantar de los Cantares como modelo de la unión más casta. Es de advertir que esas expresiones, esas imágenes, son siempre serias y que en ningún libro de tan remota antigüedad se encuentra nunca una sola burla sobre la generación. Cuando condenan la lujuria lo hacen terminantemente y con palabras propias, pero nunca con la idea de excitar la voluptuosidad ni burlarse. La remota Antigüedad no cuenta con un Marcial, un Catulo, ni un Petronio.

De Oseas y otros símbolos. No se considera como visión ni alegoría, sino como una realidad, la orden que dio el Señor al profeta Oseas de tomar una prostituta y tener tres hijos de ella. Y en efecto, mantuvo trato carnal con Gomer, hija de Evalaim, de la que tuvo dos varones y una niña. Tampoco fue una visión que se amancebara después con una mujer adúltera por mandato del Señor, y que le pagara quince trocitos de plata y una fanega y media de cebada. La primera prostituta personificaba a Jerusalén y la segunda a Samaria. Tampoco fue una visión que el patriarca Salomón se casara con la

prostituta Rahab, abuela de David, ni que el patriarca Judá cometiera incesto con su cuñada Tamar, de cuya relación nació David. Asimismo no lo fue que Rut, otra abuela de David, se acostara con Booz, ni que David hiciera matar a Urías y robara a Betsabé, de quien le nació el rey Salomón, pero todos esos hechos se convirtieron en símbolos cuando se realizaron. Resulta evidente, pues, de la historia de Ezequiel, Oseas, Jeremías y demás profetas de los libros hebraicos, que sus costumbres eran muy distintas de las nuestras y que el mundo antiguo en nada se parecía al nuestro.

**EMPADRONAMIENTO.** Los empadronamientos más antiguos que conserva la historia son los hebreos, de los que no podemos dudar porque constan en el Antiguo Testamento. No se debe contar como censo la huida de los israelitas, en número de seiscientos mil hombres, porque el texto no los especifica tribu por tribu, añadiendo además que un inmenso gentío se unió a ellos. Eso no constituye más que un relato. El primer empadronamiento circunstanciado que conocemos se encuentra en el libro de los Números. Del censo del pueblo que hicieron Moisés y Aarón en el desierto resultó, contando todas las tribus menos la de Leví, que había seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres capaces de empuñar las armas. Si a ellos añadimos la tribu de Leví, suponiendo que tuviera igual número que las demás tribus, resultará que podían contar con seiscientos cincuenta y tres mil novecientos treinta y cinco hombres, a los que hay que sumar otros tantos, entre viejos, mujeres y niños, que dan un total de dos millones seiscientos quince mil setecientas cuarenta y dos personas salidas de Egipto. Cuando David, siguiendo el ejemplo de Moisés, ordenó el recuento de todo el pueblo resultó que había ochocientos mil guerreros de las tribus de Israel y quinientos mil de las de Judá, según el libro de los Reyes, pero según los Paralipómenos se contaron ochocientos mil guerreros en Israel y menos de quinientos mil en Judá. El libro de los Reyes excluye las tribus de Leví y de Benjamín, y el de los Paralipómenos tampoco las cuenta. Si añadimos, pues, esas dos tribus a las otras, guardando una regla de proporción, sumará el total de guerreros trescientos ochenta mil. Es una suma excesiva para el pequeño país de Judea, que estaba poco poblado. Por esto fue un milagro.

No nos incumbe averiguar el motivo que tuvo el Señor de los reyes y de los pueblos para castigar a David por dicho recuento, que ordenó llevara a cabo Moisés, ni mucho menos averiguar por qué estando Dios irritado con David castigó al pueblo por ser empadronado. El profeta Gad mandó al rey, de parte de Dios, que eligiera entre la guerra, el hambre o la peste. David optó por la peste y murieron en tres días seiscientos mil judíos. San Ambrosio, en su libro Penitencia, y san Agustín en la obra que escribió contra Fausto, reconocen que el orgullo y la ambición movieron a David a hacer tal recuento. Su opinión es de peso y nos sometemos a ella, apagando la exigua y engañosa luz de nuestra inteligencia. El Antiguo Testamento refiere un nuevo

empadronamiento en la época de Esdras, cuando los judíos volvieron de su cautividad. «Esa multitud —dicen Esdras y Nehemías— ascendía a cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas.» Los nombra a todos por familias y cuenta en cada una el número de judíos y el de sacerdotes, pero no sólo hay entre esos dos autores diferencia en el número y nombre de las familias, sino error de cálculo en uno o en otro. Según el cálculo de Esdras, en vez de resultar cuarenta y dos mil hombres, sólo son veintinueve mil ochocientos dieciocho, y según el de Nehemías, aparecen treinta y un mil ochenta y nueve.

En vista de tal error aparente debemos consultar a los comentaristas, sobre todo a Calmet, quien, añadiendo a una de las dos cuentas lo que falta en la otra y añadiendo, además, lo que falta a las dos, resuelve la dificultad. A las suposiciones de Esdras y de Nehemías faltan, reprocha Calmet, diez mil setecientas sesenta y siete personas, pero las encuentra en las familias que no pudieron presentar su genealogía; por otro lado, si fue un error del copista ese error no puede perjudicar la veracidad del texto divino. Es de creer que los grandes reyes que se hallaban cercanos a Palestina empadronarían sus pueblos con la mayor exactitud que les fuera posible. Herodoto forma el cálculo de los hombres que acaudillaba Jerjes sin enumerar su ejército naval. Cuenta un millón setecientos diez mil hombres y dice que para contarlos los hacían reunir en divisiones de diez mil hombres en un sitio que no podía contener mayor número. Ese método era muy defectuoso, porque estando más anchos sólo podían caber ocho o nueve mil hombres. Además, ese método es poco guerrero; hubiera sido más fácil computar la suma haciendo marchar a los soldados por filas. Nótese también lo difícil que es mantener tan excesivo número de hombres en el territorio de Grecia, que iban a conquistar. Podemos, pues, dudar de tal cantidad de soldados, la manera de contarlos, los azotes que dieron al Helesponto y del sacrificio de mil bueyes que hizo a Minerva el rey persa, el cual no conoció a esa diosa, pues sólo se veneraba al sol como único símbolo de la divinidad. Más aún, el empadronamiento de tanto millares de hombres era incompleto, según confesión de Herodoto, dado que Jerjes, además de esos soldados, llevó consigo los habitantes de Tracia y Macedonia, a los que obligo a seguirle sin duda para matar de hambre, más pronto, a su ejército. Al llegar a este punto debemos imitar la conducta que siguen los hombres discretos cuando leen historias antiguas e incluso modernas: dejan en suspenso su fallo y dudan.

El primer empadronamiento que conservamos de las naciones profanas es el de Servio Tulio, sexto rey de Roma. En él constan, según Tito Livio, ochenta mil guerreros, todos ellos ciudadanos romanos. Este cálculo supone una población de trescientos veinte mil ciudadanos cuando menos, contando viejos, mujeres y niños, a los que debemos sumar veinte mil criados, entre esclavos y libres. Se puede dudar, lógicamente, de que el pequeño estado romano de la época de los reyes constara de esa multitud de habitantes.

Rómulo sólo extendió su reinado sobre tres mil bandidos que habitaban una aldea situada entre montañas. Esa aldea sólo podía disponer de un territorio muy reducido, tan exiguo que apenas tenía tres mil pasos de circuito. Servio era el sexto jefe o rey de aquella población naciente. La regla de Newton, que es indudable cuando se trata de monarquías electivas, concede a cada rey veintiún años de reinado y contradice a los antiguos historiadores, que no observaron el orden de los tiempos ni nos han transmitido ninguna fecha exacta. Los cinco reyes de Roma, anteriores a Servio Tulio, debieron reinar unos cien años. Por tanto, es contrario al orden de la naturaleza que un terreno tan exiguo, menos de cinco leguas de longitud y tres de latitud, que debió perder muchos habitantes en las continuas guerras que sostuvo pudiera contar con trescientas cuarenta mil almas. La mitad de esos habitantes no existe hoy en el territorio de Roma, que es la metrópoli del orbe cristiano y en la cual la afluencia de extranjeros y embajadores de todas las naciones hacen más populosa la ciudad, a la que va a parar el oro de Polonia, Hungría, la mitad de Alemania, España y Francia, y que debe aumentar la población si otras circunstancias la hacen disminuir.

La historia de Roma no se escribió hasta quinientos años después de su fundación. Por lo tanto, no debe sorprender que los historiadores concedieran generosamente ochenta mil guerreros a Servio Tulio, en vez de ocho mil, por excesivo patriotismo. Habrían dado prueba de mayor celo por ella si hubieran confesado el débil comienzo de su república. Es más digno de alabanza haberse elevado desde tan bajo origen a la cumbre de la grandeza, que suponer que contaban con doble número de combatientes que tuvo Alejandro para conquistar quince leguas de territorio en cuatrocientos años. En Roma sólo se formaba el censo de los ciudadanos romanos. Dícese que en la época de Augusto ese censo totalizó cuatro millones sesenta y tres mil individuos de tal clase, veintinueve años antes de nuestra era. Así lo asegura Thillemont, que es bastante exacto, pero nos dice citando a Diógenes Casio, que no lo es. Lorenzo Echard afirma que el año 14 de nuestra era resultaron en el empadronamiento cuatro millones ciento treinta y siete mil ciudadanos romanos, y el mismo Echard habla de otro empadronamiento general del imperio confeccionado en el primer año de la era cristiana, sin citar ningún autor romano que lo confirme, ni hace el cálculo de ciudadanos. Thillemont tampoco habla de ese censo. Asimismo, se cita a Tácito y Suetonio al hablar de esta materia, pero lo hacen inoportunamente. El censo de que trata Suetonio no es un empadronamiento de ciudadanos, sino una lista de aquellos que surten de trigo al pueblo. Tácito habla en el libro II de un censo que se hizo en las Galias para sacar mayores exacciones. Augusto no efectuó el empadronamiento de los vasallos de su imperio porque no pagaban la capitación, que sólo impuso en las Galias. Tácito asegura que Augusto conservaba un Memorandum, escrito por propia mano, en el que figuraban las

rentas del imperio, las flotas y los reinos tributarios, pero no habla de ningún empadronamiento. Dión Casio menciona un censo, pero no expresa cantidades. Flavio Josefo, en Antigüedades, dice que en 750, en Roma (que corresponde al año 11 de la era romana), Cirenio, entonces gobernador de Siria, ordenó que formaran una lista de todos los bienes que poseían los hebreos, lo que provocó una rebelión. Esto no tiene nada que ver con el empadronamiento general, pero prueba que Cirenio fue gobernador de Judea (entonces una provincia de Siria), diez años después del nacimiento de Jesucristo, no cuando nació éste.

He aquí todo lo recogido de los autores profanos con respecto a los empadronamientos atribuidos a Augusto. Si hemos de darles crédito, nuestro Salvador nació durante el gobierno de Varo, no durante el gobierno de Cirenio, y no se hizo ningún empadronamiento general. Pero san Lucas, cuya autoridad debe prevalecer sobre las de Josefo, Suetonio, Tácito y Dión Casio, afirma que hubo un empadronamiento universal y que Cirenio era gobernador de Judea cuando nació Jesucristo. Además, no nos han concedido el Antiguo y el Nuevo Testamento para aclarar dudosos sucesos de historia, sino para anunciarnos verdades saludables, ante las que deben desaparecer hechos y opiniones. Esto es lo que respondemos a los cálculos inexactos, contradicciones absurdos, errores garrafales de Geografía, Cronología y Física, e incluso de sentido común, que los filósofos encuentran en la Sagrada Escritura. No nos cansaremos de decir que en dicho libro no debemos buscar la razón, sino la devoción y la fe.

**ENCANTAMIENTO** (Magia, evocación, sortilegio, etc.). Es inverosímil que esos degradantes absurdos tengan por origen, como dice Pluche, las hojas con que antiguamente coronaban las frentes de Isis y Osiris. ¿Qué relación podían tener éstas con el arte de encantar serpientes, resucitar muertos matar hombres por medio de palabras, inspirar amor o transformar hombres en animales? La mayor parte de las supersticiones absurdas tienen su origen en hechos naturales observados por los hombres. Algunos animales se han acostumbrado a acudir en busca del alimento cuando oyen tocar una flauta o cualquier otro instrumento. Orfeo tocaba mejor la flauta que los demás pastores, acompañando con ella su canto, y los animales domésticos iban detrás de él. De esta realidad pasaron a suponer que también encantaba a los osos y tigres y le seguían. Y ya puestos a admitir, creyeron sin gran esfuerzo que Orfeo hacía bailar las piedras y los árboles. Y de hacer bailar a rocas y árboles pasaron a edificar ciudades al son de la música, y los sillares se colocaban en su sitio al oír el canto de Amfión. Desde entonces, sólo necesitaron un violín para construir una ciudad y una trompeta para destruirla.

El encantamiento de las serpientes debe tener todavía un origen más raro. La serpiente no es un animal voraz, ni dañino; es tímido, como todos los

reptiles. Cuando la serpiente ve un hombre corre a esconderse en el primer agujero que encuentra, como un lagarto o un conejo. El hombre tiene el instinto de correr tras lo que huye y de huir de lo que corre tras él, menos cuando está armado, porque entonces tiene conciencia de su poder. La serpiente, lejos de querer devorar carne, se alimenta de hierbas y pasa mucho tiempo sin comer; se traga algunos insectos, al igual que los lagartos y camaleones, y nos presta un gran servicio. Todos los viajeros coinciden en que existen serpientes muy largas y gruesas, pero estas especies no las conocemos en Europa, en la que no atacan a ningún hombre ni niño, porque los animales sólo atacan para devorar y los perros sólo muerden a los viandantes para defender a sus amos. ¿Por qué había de atacar la serpiente a un niño?, ¿qué placer le causaría morderle? Apenas podría tragarse su dedo meñique. Las serpientes muerden y las ardillas también, pero sólo cuando se les hace daño. No dudo que existan monstruos en la especie de las serpientes como los hay en la especie de los hombres. Quiero creer que el ejército de Régulo se armase en Africa para ir a combatir con un dragón, y que más tarde un normando peleara contra un grifo, pero hay que convenir que esos casos son raros. Las dos serpientes que fueron expresamente desde Ténedos para devorar a Laocoonte y sus dos hijos ante el ejército de Troya son un hermoso prodigio digno de ser transmitido a la posteridad en versos exámetros y en magníficas estatuas que representen a Laocoonte como un gigante y a sus hijos como unos pigmeos. Concibo que ese hecho debió tener lugar en la época que se tomaban las ciudades fundadas por los dioses con un caballo grande de madera, cuando los ríos retrocedían hasta sus fuentes, cuando las aguas se convertían en sangre y el sol y la luna se detenían con el menor pretexto. Todo lo inventado acerca de las serpientes debió ser probable en los países en que Apolo descendió del cielo para matar a la serpiente Pitón. También pasaron las serpientes por ser muy discretas, pero su prudencia consiste en no correr tanto como nosotros y en dejarse cortar a pedazos. Las mordeduras de serpiente y de víbora sólo son peligrosas cuando su furor hace fermentar el pequeño depósito de un jugo extremadamente acre que tienen debajo de las encías. Excepto en ese caso, la serpiente no es más peligrosa que un águila. Muchas damas han atrapado, domesticado y alimentado serpientes, y las han enroscado en sus brazos.

Los negros de Guinea adoran una serpiente que no hace daño a nadie. Hay reptiles de muchas clases, unos más peligrosos que otros, en los países cálidos, pero por regla general la serpiente es un animal temeroso y no es raro ver que maman de las vacas. Los primeros hombres que vieron a otros más atrevidos amansar y alimentar serpientes, y acudir éstas silbando al llamamiento de aquéllos creyeron que quienes hacían semejante cosa eran hechiceros. El encantamiento de las serpientes fue siempre una verdad incuestionable. Hasta la Biblia, que participa siempre de nuestras debilidades, se digna estar de acuerdo con esta idea popular: «El áspid sordo se tapa los oídos para no oír la

voz del sabio encantador» (Salmo LVIII, vers. 5 y 6). «Enviaré contra vosotros serpientes que resistirán a los encantamientos» (Jeremías, cap. VII, vers. 17). «El maldiciente se parece a la serpiente que no cede al encantador» (Eclesiastés, cap. X). El encantamiento posee a veces tanta fuerza que revienta las serpientes. Según la antigua física, ese reptil es inmortal. Si algún campesino encontraba en el camino una serpiente muerta era porque algún encantador la había privado del derecho a la inmortalidad: *Frigidus in pratis cantando rumpitur anguis* (Virgilio, *Égloga VIII*, 71). Encantamiento de los muertos o evocación. Encantar un muerto, resucitarlo o concretarse a evocar su espectro para hablarle era la cosa más sencilla del mundo. Ordinariamente, soñando conseguimos ver muertos, hablarles y que nos contesten. Si los vemos durmiendo ¿por qué no los hemos de ver despiertos? Basta estar dotado de un espíritu de adivinación que obre sobre un espíritu débil; es decir, ser más granuja que la persona a quien se trata de persuadir, y nadie negará que esas dos cosas son bastante comunes.

La evocación de los muertos era uno de los misterios más sublimes de la magia. Unas veces hacían pasar ante los curiosos alguna figura grande y negra que se movía por medio de resortes en un sitio oscuro, otras el hechicero o hechicera aseguraba que había visto pasar el espectro y lo creían bajo su palabra. Esto se llama nigromancia. La famosa pitonisa Eudor fue un motivo serio de discusión entre los padres de la Iglesia. El sabio Theodoret, en su comentario al libro de los Reyes, asegura que los muertos tenían la costumbre de aparecerse cabeza abajo y que asustó a la pitonisa que Samuel se presentara con la cabeza hacia arriba. San Agustín, al preguntarle Simpliciano, contesta en el segundo libro de sus cuestiones que no es extraordinario que una pitonisa haga aparecer un espectro, ni que el diablo se lleve a Jesucristo desde lo alto del templo hasta la montaña. De otros sortilegios. Cuando se tiene bastante habilidad para evocar a los muertos por medio de palabras, con más razón puede hacerse morir a los vivos o al menos amenazarles, como el Médico a palos, de Moliere, amenaza a Lucas con darle calenturas. Al menos es innegable que los hechiceros poseían el poder de hacer morir a las bestias, y era preciso oponer sortilegio a sortilegio para proteger al ganado. Pero no nos burlemos de los antiguos, dado que nosotros todavía somos unos ignorantes que acabamos de salir del estado de barbarie. No hace cien años todavía veíamos quemar brujos en las hogueras en toda Europa, y también en 1750 han quemado una bruja en Wurtzburg. Verdad es que pronunciar ciertas palabras y hacer ciertos conjuros bastan para que se destruya un rebaño de corderos, si a todo ello se añade una buena dosis de arsénico.

Es singular la Historia crítica de las ceremonias supersticiosas, debida a la pluma de Le Brun. En ella quiere ridiculizar los sortilegios e incurre en el ridículo de creer en ellos. Sostiene que Marie Bucaille, que era bruja estando presa en Valogne se apareció al mismo tiempo a unas leguas de distancia de su

prisión, según consta en el testimonio jurídico del juez de Valogne. También menciona el famoso proceso incoado a los pastores de Brie, sentenciados por el Parlamento de París, en el año 1691, a la horca y a ser quemados en la hoguera. Estos pastores fueron lo bastante necios para creerse brujos y lo suficientemente perversos para efectuar sus hechicerías con veneno. El bueno de Le Brun protesta de ese fallo diciendo que hubo algo sobrenatural en sus actos, y como consecuencia fueron ahorcados. Pero el fallo del Parlamento afirma lo contrario: «El tribunal declara a los acusados convictos y confesos de ser supersticiosos, impíos, sacrílegos, profanadores y envenenadores». El fallo no dice que las profanaciones mataran a los animales, sino simplemente que los mataron los envenenamientos. Los hombres pueden ser sacrílegos y envenenadores sin ser brujos. Ciertamente que otros jueces condenaron a la hoguera al sacerdote Gaufridi y creyeron firmemente que el diablo le hizo gozar en todas las torturas que sufrió. Pero eso ocurrió en 1611, época en que la mayor parte de las provincias eran tan ilustradas como los caribos y negros. Aún quedan en nuestros días algunos individuos de esa calaña, como los jesuitas Girard y Duplesi, y los ex jesuitas Nonotte y Malagrida. Pero la especie se va extinguiendo poco a poco.

En cuanto a que los hombres se metamorfosean en lobos por encantamiento debemos decir que bastaría que un pastor joven, después de matar un lobo, se vistiera con la piel de éste e hiciera miedo a las viejas para que corriera la voz por toda la provincia de que un pastor se había convertido en lobo, y la noticia corriera de provincia en provincia. Ver un hombre convertido en lobo es cosa curiosa, pero es algo todavía más extraño y, sobre todo, bello ver almas. ¿Los monjes de Montecassino no vieron el alma de san Benito? ¿Los de Tours no vieron el alma de san Martín? ¿Los de San Dionisio no vieron el alma de Carlos Martel? Encantamientos para hacerse amar. Los había para los mozos y las mozas. Los judíos vendían esos encantamientos en Roma y Alejandría, y todavía los venden hoy en Asia. Encontraréis algunos de esos secretos en el Petit-Albert, pero os enteraréis mejor en la Oratio de Magia que compuso Apuleyo cuando un cristiano, padre de la joven con quien casó, le acusó de haberla hechizado por medio de filtros. Su suegro Emiliano sostenía que Apuleyo, para conseguirlo, se había valido de ciertos pescados, apoyando su opinión en que por haber nacido Venus del mar los pescados debían excitar prodigiosamente a las mujeres al amor.

Para elaborar los filtros amorosos se echaba mano de ingredientes tales como la verbena, el tenía y el hipomanes de la yegua, que es el fluido mucoso que sale de la vulva de las yeguas cuando están en celo, y a un pajarillo que en latín se llama motacilla. Pero a Apuleyo le acusaron de haber empleado mariscos, patas de cigala, erizos marinos, ostras y calamares, que se cree tienen poder afrodisíaco. Apuleyo da a entender que fue muy otro el verdadero filtro que hizo que se le entregara Pudentilla. Ciertamente que confiesa en la citada

obra que su mujer le llamó un día mago, a lo que replica diciendo: «Y eso qué tiene que ver. ¿Si me hubiera llamado cónsul, sería cónsul por eso?» Los griegos y romanos creían que la hierba satirión era el filtro más poderoso y la llamaban planta afrodisíaca y raíz de Venus. Añadiéndole el jaramago es el eruca de los latinos. La mandrágora ha pasado ya de moda. Algunos vejetes putañeros usan de moscas cantáridas que obran sobre las partes genitales, pero también actúan desastrosamente en la vejiga, pues la escorían y hacen orinar sangre. Esos viejos son cruelmente castigados por haber querido llevar el arte demasiado lejos. La juventud y la salud son los verdaderos filtros amorosos. Durante mucho tiempo se creyó que el chocolate reanimaba el vigor dormido de nuestros padres que habían envejecido prematuramente. Pero ¡ay!, ni veinte tazas seguidas de chocolate son capaces de reanimar al que perdió las fuerzas.

**ENTERRAMIENTO.** Leyendo por casualidad los cánones de un Concilio de Braga, celebrado en 563, me llamó la atención el canon 15, que prohíbe inhumar en las iglesias. Algunos estudiosos aseguran que en otros concilios se hizo la misma prohibición. Infiero de esto que, desde los primeros siglos de nuestra era, algunos tuvieron la vanidad de convertir los templos en osarios para pudrirse en ellos de un modo más distinguido que los demás mortales. Con riesgo de equivocarme, afirmo que no conozco ningún pueblo de la Antigüedad que haya elegido los lugares sagrados, donde adoraba a la divinidad, para transformarlos en cloacas de muertos. Los egipcios convertían en momias a su parentela difunta, y es digno de elogio que tuvieran el gusto de conservar una serie de antepasados en carne y hueso en sus estancias. Dícese que hasta empeñaban, en casa de los usureros, el cuerpo del padre o del abuelo. En la actualidad, no hay país en el mundo que den un solo ochavo por semejantes prendas. Pero, ¿cómo es posible que dejaran en garantía la momia del padre si fueron a enterrarle a la otra parte del lago Moeris, transportándola en la barca de Caronte, después que cuarenta jueces decidieron que la momia había vivido como persona honrada y era digna de pasar, mediante la entrega del óbolo que llevaba en la boca? El muerto no puede estar al mismo tiempo paseándose por la laguna y en el gabinete de su heredero, o en casa del usurero. El respeto que profesamos a la Antigüedad nos impide examinar detenidamente estas pequeñas contradicciones. Sea como fuere, lo cierto es que ningún templo del mundo fue manchado por los cadáveres, porque ni siquiera enterraban a nadie en las ciudades. Muy pocas familias gozaron en Roma del privilegio de erigirse mausoleos, transgrediendo la ley de las Doce Tablas, que expresamente lo prohibía.

En los tiempos actuales, algunos papas están enterrados en la basílica de San Pedro. Pero no dan mal olor a la iglesia porque sus cadáveres están bien embalsamados, dentro de ataúdes de plomo y encerrados en gruesas tumbas de mármol, a través de las que es imposible rezumar. Ni en Roma, ni en el resto de Italia, existen esos abominables cementerios que rodean a las iglesias; no se

encuentra allí la infección al lado de la magnificencia, ni los vivos andan sobre los muertos. Ese horror sólo se consiente en los países esclavizados por los usos más indignos, que permiten que subsista ese resto de barbarie que avergüenza a la humanidad. Cuando entráis en la catedral de París vuestros pies caminan por deterioradas losas mal unidas y desniveladas. Es porque las han quitado múltiples veces para enterrar bajo ellas a nuevos inquilinos. Llevan a una legua de la ciudad las inmundicias de los retretes, y en cambio amontonan en la ciudad misma, desde hace doscientos años, los despojos mortales que produjeron esas mismas inmundicias.

**ENTUSIASMO.** Esta palabra, derivada del griego, significa emoción de las entrañas, agitación interior. Los griegos, ¿inventaron esta palabra para expresar las sacudidas de los nervios, la dilatación y el encogimiento de los intestinos, las contracciones violentas del corazón, la oleada de llamaradas que desde las entrañas sube al cerebro cuando nos afectamos violentamente? ¿O bien en un principio dieron el nombre de entusiasmo, de perturbación de las entrañas, a las contorsiones de la sacerdotisa que en el trípode del templo de Delfos recibía el espíritu de Apolo por una parte que parece formada únicamente para recibir cuerpos? ¡Qué matices tan diferentes tienen nuestras afecciones! Aquiescencia, sensibilidad, emoción, perturbación, sobresalto, pasión, arrebato, demencia, furor, ira, son estados por los que puede pasar el alma humana. El espíritu de partido predispone al entusiasmo; no existe ningún partido que no tenga sus energúmenos. El hombre apasionado que habla, incluso con los ademanes, tiene en los ojos, en la voz y en los gestos, un veneno sutil que lanza como un venablo a sus partidarios. Por esta razón la reina Isabel, con el fin de conservar la paz del reino, prohibió que se predicara durante seis meses en Inglaterra sin permiso firmado de su mano. San Ignacio, hombre de acalorada imaginación, leyó la vida de los padres del desierto después de haber leído novelas caballerescas, y sintió un doble entusiasmo. Se convirtió en caballero de la Virgen María, veló sus armas, y quiso batirse por su dama. Tuvo visiones en que se le apareció la Virgen y le recomendó a su Hijo, diciéndole que su Compañía debía tomar por nombre el de Jesús. Ignacio comunicó su entusiasmo a otro español llamado Javier y éste se fue a las Indias sin comprender el idioma de aquellos países; de allí pasó al Japón sin saber el japonés, pero su entusiasmo contagió la imaginación de algunos jesuitas jóvenes que se dedicaron a estudiar la lengua del Japón. Dichos jesuitas, tras el fallecimiento de Javier, sostuvieron que éste había obrado más milagros que los apóstoles y había resucitado siete u ocho muertos cada mes. El entusiasmo de esos jesuitas fue tan epidémico que consiguieron implantar en el Japón lo que llamaron una cristiandad, cristiandad que terminó con una guerra civil en la que murieron degollados cien mil hombres, porque el entusiasmo llegó entonces a su último grado de paroxismo, es decir, al fanatismo, y éste se convirtió en desatado furor.

Es cosa muy difícil que la razón y el entusiasmo vayan aunados. La razón lo ve todo como es. El hombre embriagado se expresa con incoherencia porque está privado de la razón. El entusiasmo es como el vino: provoca tal tumulto en los vasos sanguíneos y sacudidas tan violentas en los nervios que obnubilan la razón. Puede producir sólo ligeras excitaciones cuyo efecto no pasa de dotar al cerebro de mayor actividad. Es lo que sucede al hombre cuando tiene las grandes inspiraciones de elocuencia en la poesía sublime. El entusiasmo razonable es patrimonio de los poetas, la perfección de su arte, lo que la Antigüedad creyó que inspiraban los dioses a los poetas. Esto no se ha dicho nunca de los demás artistas. ¿Cómo puede la razón dirigir el entusiasmo? El poeta empieza por dibujar el cuadro que piensa describir y la razón dirige su lápiz. Pero quiere animar sus personajes dotándolos de los caracteres de las pasiones, y para ello la imaginación se calienta y el entusiasmo obra. Este es un corcel que le arrastra en su carrera, pero la carrera que sigue la tiene trazada de antemano el poeta. El entusiasmo va como anillo al dedo a todos los géneros de la poesía en que toma parte el sentimiento. Algunas veces es lícito en la égloga, como lo usa Virgilio en su Égloga X. Las odas son verdaderos cantos en que domina el entusiasmo. El estilo de las epístolas y el de las sátiras rechaza el entusiasmo, por eso no se encuentra en las obras de Boileau ni de Pope.

**ENVENENAMIENTOS.** Es conveniente desmitificar lo que en la Antigüedad creyeron que eran verdades. Siempre hubo menos envenenamientos de los que propaló la voz pública. Se han imputado muchos de estos crímenes y sólo se han cometido algunos; prueba de ello es que durante mucho tiempo se consideró veneno lo que no era. ¡Cuántos príncipes se libraron de quienes les eran sospechosos haciéndoles beber sangre de toro! ¡Y cuántos bebieron dicha sangre para no caer en manos de sus enemigos! Los historiadores antiguos, incluyendo a Plutarco, lo aseguran. Tantos cuentos de esos me refirieron durante la niñez, que me indujeron a sangrar uno de mis toros y la bebí, como Atrea y Gabriela de Vergy. Me causó tanto daño como la sangre de caballo causó a los tártaros, y como nos produce el pastel que comemos todos los días. ¿Por qué ha de ser veneno la sangre de toro, cuando es un remedio la sangre de cabra montés? Los campesinos de mi cantón beben sangre de buey todos los días, y la de toro no debe ser más peligrosa. Estad seguros, lectores, de que Temístocles, aunque bebió una copa llena de sangre de toro, no se envenenó.

Algunos chismosos de la corte de Luis XIV aseguraban que la cuñada del monarca, Enriqueta de Inglaterra, fue envenenada con polvos de diamante que le pusieron en un tazón de fresas, en vez de azúcar molido, pero ni el polvo impalpable del vidrio de diamante, ni ningún producto de la naturaleza que no sea venenoso por sí mismo puede ser nocivo. Sólo las puntas agudas, activas y cortantes, pueden convertirse en venenos violentos. El célebre médico Mead,

de Londres, examinó a través del microscopio el flúido que contienen las encías de las víboras y afirma que están llenas de láminas cortantes y puntiagudas, cuyo infinito número desgarran y rompe las membranas internas. La cantarella, sustancia que se cree usaban el papa Alejandro VI y su hijo el duque de Borgia para envenenar, dicen que era el espumarajo de un cerdo que hacían rabiar colgándole por los pies, cabeza abajo, y apaleándole hasta matarlo. Era un veneno tan rápido como el del áspid. Un boticario muy instruido me asegura que Tofana, célebre envenenadora de Nápoles, empleaba esa sustancia. Quizás todo eso no sea verdad. Además, es una ciencia que conviene ignorar.

Los venenos que coagulan la sangre, en vez de desgarrar las membranas, son el opio, cicuta, beleño, acónito y otros muchos. Los atenienses llevaron su refinamiento en esta materia hasta el extremo de quitar la vida con esos venenos fríos a los compatriotas que condenaban a la pena capital. Un boticario era el verdugo de la república. Dícese que Sócrates murió tan apaciblemente como si quedara dormido, pero me cuesta trabajo creerlo. He notado en el Antiguo Testamento que en aquel país nadie murió envenenado. Perecieron asesinados numerosos reyes pontífices, y su historia es una larga cadena de asesinatos y bandidaje, pero en toda ella sólo se encuentra un hombre que muriera envenenado, y no era judío. Era sirio, se llamaba Lisias y desempeñaba el cargo de general de los ejércitos de Antíoco. El segundo libro de los Macabeos dice que se envenenó, pero ya sabemos que dichos libros son sospechosos. Lo que más extraña en la historia de las costumbres de los antiguos romanos es la conspiración de las mujeres para que murieran envenenados, no sus maridos, sino los principales ciudadanos. Esto ocurrió, según Tito Livio, en el año 423 de la fundación de Roma, cuando reinaba la virtud más austera, no se había presentado ningún caso de divorcio, aunque la ley lo autorizaba, ni las mujeres bebían vino ni salían de sus casas más que para ir a los templos. ¿Cómo comprender, pues, que de repente se interesaran por los venenos, se reunieran para componerlos y que, sin ningún interés específico, dieran muerte a los principales ciudadanos de Roma? Lorenzo Echard, en su compilación abreviada, se limita a decir que «la virtud de las damas romanas se desmintió de manera extraña en aquella ocasión, que ciento setenta de ellas, además de ser envenenadoras, trataban de reducir ese arte a preceptos, que a todas las acusaron a un tiempo, y quedaron convictas y castigadas». Tito Livio no dice que redujeran ese arte a preceptos porque eso significaría que tenían escuelas y profesaban tal ciencia, y esto es ridículo. Tampoco habla de ciento setenta profesoras versadas en sublimado corrosivo y cardenillo, pero afirma que entre las esposas de los senadores y patricios no hubo ninguna envenenadora. He aquí lo que dice Tito Livio del suceso: «El año 423 debe contarse entre los desgraciados: hubo gran mortalidad causada por la infición del aire o la malicia humana. Quisiera afirmar con otros autores

que la insalubridad del aire causó esta epidemia y no atribuir la muerte de muchísimos romanos a los estragos del veneno, como escriben con falsía los historiadores con el único fin de desacreditar ese año». Luego escribieron falsamente, según palabras de Tito Livio, que las damas romanas fueron envenenadoras. Aparte de que no lo creo, ¿qué interés tenían los autores que lo dijeron en desacreditar ese año? Es lo que ignoro. «Voy a referir el hecho como me lo han contado», continúa Tito Livio. Así no habla un hombre convencido; además, ese hecho se parece mucho a una fábula. Una esclava acusa a setenta mujeres, algunas de ellas patricias, de haber introducido la peste en Roma con determinados venenos. Algunas acusadas piden permiso para ingerir sus drogas y mueren en el acto. Sus cómplices son condenadas a muerte, sin especificar en qué clase de suplicio. Me atrevo a opinar que esta historieta, que Tito Livio duda en creer, merece el mismo crédito que la del bajel que una vestal atrajo al puerto con su cinturón, que la de Júpiter deteniendo la fuga de los romanos, que la del Castor y Pólux yendo a pelear a caballo y que la de Simón Barjona, por sobrenombre Pedro, disputando hacer milagros con Simón el Mago.

Puede evitarse el efecto de los venenos combatiéndolos en el acto. No hay medicina que no sea veneno cuando se administra en dosis excesivas. Cada indigestión es un envenenamiento. El médico ignorante o sabio que no estudia al enfermo es con frecuencia un envenenador, y un buen cocinero, a la larga, os envenena si sois intemperante en la comida.

**ENVIDIA.** Ya conocemos todo lo que dijo la Antigüedad acerca de una pasión tan vergonzosa, y lo que los modernos han repetido. Hesíodo fue el primer autor clásico que trató este tema, y dijo: «El alfarero envidia al alfarero, el artesano al artesano, el músico al músico, el poeta al poeta y hasta el pobre envidia al pobre». Mucho antes que Hesíodo, Job había dicho: «la envidia consume al codicioso». Mandeville, autor de Fábula de las abejas, trató de probar que la envidia es conveniente y una pasión útil. Dice de ella que es tan natural en el hombre como el hambre y la sed, y que se descubre en los niños, los caballos y los perros. Si queréis que vuestros hijos se odien, mimad más a uno que a otro y lo conseguiréis. Asevera que lo primero que hacen dos mujeres jóvenes cuando se conocen es buscarse mutuamente la parte ridícula, y lo segundo adularse recíprocamente. Afirma que sin la envidia las artes no se habrían perfeccionado tanto, y que Rafael no habría sido tan egregio pintor si no hubiera envidiado a Miguel Ángel. El referido autor, a decir verdad, confunde la emulación con la envidia, pero quizá la emulación no es más que la envidia contenida en los límites del decoro. Miguel Ángel podía decir a Rafael: «Por tenerme envidia me habéis aventajado, me desacreditaste hablando con el Papa y le indujiste a que me excomulgara porque puse tuertos y cojos en el paraíso, y orondos cardenales con hermosas mujeres desnudas como la mano en el infierno de la obra del Juicio Final. Y

todo por envidia, pero vuestra envidia es loable; seamos buenos amigos». Ahora bien, si el envidioso es un miserable sin talento, celoso del mérito de los demás, como los pobres tienen celos de los ricos, y si apremiado por ganarse el pan o por indignidad del carácter escribe El novelero del Parnaso, Las cartas de la señora condesa o Los años literarios, entonces es un mastuerzo que hace alarde de una envidia que no sirve para nada y Mandeville no se atreverá a hacer su apología. Dícese que los antiguos creían que los ojos de los envidiosos hechizaban a quienes se fijaban en ellos. Yo creo que los hechizados son los envidiosos. Descartes dice que la envidia arroja la bilis amarilla que proviene de la parte inferior del hígado, y la negra proviene del bazo y se esparce en el corazón a través de las arterias. Pero como en el bazo no se forma ninguna clase de bilis, al aseverar Descartes tal cosa no merece que envidiemos su física. Moliere tiene razón cuando dice: «Los envidiosos mueren, pero no muere la envidia». Un excelente adagio que debemos seguir aconseja que vale más causar envidia que lástima. Causemos, pues, envidia hasta donde nos sea posible.

**EPIFANÍA.** No alcanzo a comprender la relación que pueda tener esa palabra con los tres reyes o tres magos que vinieron de Oriente guiados por una estrella. A esa estrella brillante, sin duda, debió dicho día el nombre de Epifanía. ¿De dónde venían esos tres reyes? ¿En qué sitio se dieron cita? Dícese que uno de ellos venía de Africa, por tanto, no venía de Oriente. Se dice también que sólo vinieron tres magos, pero el pueblo ha preferido siempre que fueran reyes y celebran en todas partes la fiesta de los reyes y en ninguna la de los magos. Por otro lado, como traían gran cantidad de oro, incienso y mirra, debieron ser ricachos señorones y los magos de aquella época tenían poco dinero. Tertuliano fue el primero en decir que esos tres viajeros eran reyes. San Ambrosio y san Cesáreo son del mismo parecer, citando como pruebas estos pasajes del Salmo LXXI: «Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecieron regalos. Los reyes de Arabia y de Sala le trajeron presentes». Unos llaman a esos reyes Magalat, Galgalat y Saraim, otros les llamaron Athos, Satos y Paratoras y los católicos los conocen por los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar. El obispo Osorio asegura que un rey de Granganor emprendió ese viaje con dos magos y al regresar a su país fundó una capilla consagrada a la Santa Virgen. ¿Qué cantidad de oro dieron a José y María? Muchos comentaristas aseguran que les hicieron riquísimos regalos fundándose en el Evangelio de la Infancia (de Jesús), que dice que dos hombres, Tito y Dumaco, robaron en Egipto a José y María, añadiendo que no los habrían robado de no haber tenido mucho dinero. Más tarde ahorcaron a esos ladrones que fueron el buen y el mal ladrón. El Evangelio de Nicodemo les da otros nombres: Dimas y Gestas. El mismo Evangelio de la Infancia dice que eran magos, no reyes, los que fueron a Belén, y que innegablemente los guió una estrella, pero cuando ésta se ocultó al llegar al pesebre se les apareció

un ángel en forma de estrella para sustituir a la extinguida. Dicho Evangelio afirma que Zoroastro profetizó la visita de los tres magos. El jesuita Suárez trata de averiguar qué se hizo del oro que ofrendaron los tres reyes o magos. Supone que debió sumar una cantidad enorme, porque tres reyes no debían hacer regalos mezquinos; dice que entregaron aquel dinero a Judas, que asumiendo la administración se hizo un truhán y robó todo el tesoro.

Todas estas puerilidades no perjudican a la fiesta de la Epifanía, que instituyó la Iglesia griega, lo mismo que su nombre, y luego celebró la Iglesia latina.

**EQUIVOCO.** Por no definir bien los términos y, sobre todo, por falta de claridad, casi todas las leyes, que deberán ser exactas como un postulado de matemáticas, son oscuras como logogrifos. Desgraciada prueba de ello es que todos los procesos se fundan en el sentido de las leyes, que siempre entienden de distinta manera los que pleitean, los abogados y los jueces. El Derecho público de Europa tuvo por origen los equívocos, empezando por la ley sálica. La hija no heredará en tierra sálica. Pero ¿qué quiere decir en tierra sálica?, ¿cómo no heredará si pueden legarle un collar valiosísimo y una gran cantidad de dinero contante y sonante que valga más que la tierra? La ciudadanía de Roma saludaba a Carlos, hijo de Pepino el Breve, con el nombre de emperador. ¿Querían indicar con este título que le otorgaban todos los derechos que tuvieron Octavio, Tiberio, Calígula y Claudio, o todos los países que éstos poseyeran? Esto último no podía ser porque no eran dueños de ellos, ejerciendo dominio apenas en su ciudad. Nunca se ha visto palabra tan equívoca; lo era antiguamente y lo sigue siendo. Las cosas más respetables, las más sagradas y las más divinas, las han oscurecido los equívocos de los idiomas. Si se pregunta a dos cristianos a qué religión pertenecen responderán que son católicos y se creerá que los dos pertenecen a la misma confesión; sin embargo, uno está afiliado a la Iglesia griega y el otro a la latina, y son enemigos irreconciliables. El alma de san Francisco de Asís está en el cielo, en el paraíso; la primera palabra significa aire y la otra jardín.

El equívoco es un vicio tan común en todas las lenguas conocidas que el propio Ser Supremo, en el que radican la claridad y la verdad, se dignó ajustarse al modo de hablar de su pueblo predilecto. Así que en algunas partes la palabra Eloín significa jueces, en otras dioses, y a veces ángeles. La frase «Tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia» sería un equívoco en cualquier lengua tratándose de un asunto profano. Pero esos términos adquieren un sentido divino en boca del que las pronuncia y según al asunto a que se aplican. «Yo soy el Dios de Abraham de Isaac y de Jacob»; por tanto, Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. En el sentido ordinario, esas palabras pueden significar: Yo soy el mismo Dios que adoraron Abraham y Jacob, como la tierra que sustentó a Abraham, a Isaac y a Jacob sustenta

también a su posteridad el sol que brilla hoy es el que brillaba en tiempos de Abrahán, de Isaac y de Jacob; la ley de sus descendientes es su ley. No significa que Abrahán Isaac y Jacob vivan todavía. Pero cuando habla el Mesías desaparece el equívoco; el sentido es tan claro como divino. Es evidente que Abrahán, Isaac y Jacob no deben colocarse entre los muertos porque viven en la gloria, ya que el Mesías pronunció ese oráculo, pero debía haberlo dicho. Todos los oráculos de la Antigüedad eran equívocos. Uno de ellos vaticinó a Creso que perecería un poderoso imperio. Pero ¿era el suyo o el de Ciro? Otro oráculo predijo a Pirro que los romanos podían vencerle y él podía vencer a los romanos. Un oráculo así no podía equivocarse nunca. Cuando Septimio Severo, Pescenio Niger y Claudio Albino se disputaban el imperio, consultaron el oráculo de Delfos y éste les respondió: «El moreno es muy bueno, el blanco no vale nada y el africano es pasable». Así, ese oráculo se puede interpretar de muchas maneras. Cuando Aurelio consultó al dios de Palmira, éste le contestó que las palomas temen al gavián, y ante cualquier cosa que acaeciera el dios quedaba bien. El que venciera siempre sería el gavián, y los vencidos las palomas.

Algunas veces, los monarcas emplearon el equívoco al igual que los dioses. No recuerdo qué tirano, después de haber prometido a un prisionero que no le mataría, ordenó que no le dieran de comer, diciendo que prometió no matarle, pero no había prometido contribuir a que viviera.

**ESCÁNDALO.** Sin averiguar si el escándalo fue originariamente una piedra que hacía tropezar y caer a las gentes, una disputa o una seducción, me limitaré a tratar del significado que tiene en la actualidad. Escándalo es una indecencia grave y se aplica principalmente a los eclesiásticos. Los Cuentos de La Fontaine son libertinos y muchos pasajes de Sánchez, Tambourin y Molina, son escandalosos. Podemos ser escandalosos en los escritos y en la conducta. El sitio que sostuvieron los agustinos contra los arqueros de la ronda en época de la Fronda fue escandaloso. La bancarrota del jesuita La Valette fue más escandalosa todavía. El proceso incoado en 1764 a los reverendos capuchinos de París fue un escándalo muy divertido. Vamos a decir algo de este proceso para edificación de nuestros lectores. Los reverendos padres capuchinos riñeron y llegaron a las manos en el convento. Unos habían escondido dinero y otros se habían apoderado de él. Hasta aquí no fue más que un escándalo privado, una piedra que sólo podía hacer caer a los capuchinos, pero cuando este asunto se llevó al Parlamento el escándalo trascendió a la calle. En el proceso se dice que el convento de san Honorato necesita mil doscientas libras de pan cada semana, carne, vino y leña en proporción, y que existían allí cuatro colectores titulares encargados de cobrar las contribuciones a la ciudad. ¡Qué escándalo! ¡Mil doscientas libras de carne y de pan cada semana para mantener unos cuantos capuchinos, cuando hay tantos obreros viejos y viudas honradas expuestos todos los días a morir de inanición! El reverendo padre

Doroteo se las ingenió para tener tres mil libras de renta a expensas del convento y, por ende, a expensas del pueblo. Esto, además de producir escándalo, fue un robo manifiesto a la clase más indigente de París, porque son los pobres quienes pagan la tasa impuesta por los frailes mendicantes. La ignorancia y la debilidad del pueblo le hacen creer que no ganará el cielo más que dando lo que es necesario y que para esos frailes constituye lo superfluo. Fue preciso, pues, que el padre Doroteo arrancara veinte mil escudos a los pobres de París para proporcionarse mil de renta.

Meditad bien, queridos lectores, que hechos como éste no son raros en nuestro siglo XVIII, que, sin embargo, ha producido muy buenos libros. Pero, como he dicho, el pueblo no lee. El capuchino, el recoleto, el carmelita que confiesa y predica, es capaz de causar por sí solo más daño que beneficios pueden proporcionar los mejores libros. Me atrevería a proponer a los hombres honrados que esparcieran por las capitales un número considerable de anticapuchinos, antirrecoletos y anticarmelitas, que fueran de casa en casa a recomendar a los padres y madres que sean virtuosos, guarden el dinero para gastarlo en sus familias y les sirva de sostén en la vejez, o para aconsejarles que amen a Dios de todo corazón y no den nada a los frailes. Pero volvamos al asunto. En el proceso de los capuchinos se acusa al hermano Gregorio de haber tenido un hijo con una mujer apodada Brazo de Hierro y de haberla casado después con Montard el zapatero. No se dice si el hermano Gregorio dio la bendición nupcial a su querindanga y al marido de ésta. Si la dio, fue el escándalo máximo que pudo cometerse porque aún la fornicación, el robo, el adulterio y el sacrilegio. Digo fornicación porque el hermano Gregorio fornicó con la Brazo de Hierro cuando ésta no tenía más que quince años. Digo robo porque regaló el ajuar de boda a la mentada mujer y es evidente que robó al convento para adquirirlo, pagar los gastos del parto y la leche de la nodriza. Digo adulterio porque ese hermano rijoso continuó acostándose con la mujer de Montard. Digo sacrilegio porque confesaba a la mujer en cuestión y si fue capaz de casarla, podéis pensar qué clase de hombre es el hermano Gregorio.

**ESCLAVOS.** No se comprende por qué llamamos esclavos a quienes los romanos llamaban servi. Esta etimología es defectuosa y Bochart no se atreverá a decir que esa voz proviene del hebreo.

La mención más antigua que tenemos de la palabra esclavo figura en el testamento de Ermangant, arzobispo de Narbona, que lega al obispo Fredelón su esclavo Anaf, Anaphum slavonium. Anaf debió de ser muy dichoso perteneciendo sucesivamente a dos obispos. Es verosímil que los eslavos vinieran del confín del Norte con otros pueblos menesterosos y conquistadores a apoderarse de lo que el Imperio romano había robado a las demás naciones, sobre todo de Dalmacia e Iliria. Los italianos llamaron schiatu a la desgracia de caer en sus manos, y schiavi a los que aquellos bárbaros tenían cautivos. Lo

que cabe deducir del fárrago de la Historia de la Edad Media es que en la época de los romanos el universo conocido se dividía en hombres libres y esclavos. Cuando los esclavos, alanos, hunos, vándalos, lombardos, visigodos, francos y normandos se repartieron los despojos del mundo, no por eso disminuyó la cantidad de esclavos. Los antiguos señores se vieron condenados a la esclavitud. Los menos subyugaron a los más, como acontece en las colonias que emplean negros en el trabajo. Los autores antiguos nada dicen de los esclavos que tenían los asirios y egipcios. La *Ilíada* es el primer libro que habla de esclavos. La hermosa Chireseis es esclava en casa de Aquiles. Los troyanos, sobre todo las princesas, temen ser esclavas de los griegos.

La esclavitud es tan antigua como la guerra, y ésta tan antigua como la naturaleza humana. Tan acostumbrada se hallaba a semejante degradación, que Epicteto, que innegablemente valía más que su dueño, no extrañó nunca ser esclavo. Ningún legislador de la Antigüedad intentó abolir la esclavitud; al contrario, los pueblos más afectos a la libertad, los atenienses, lacedemonios, romanos y cartagineses, decretaron las leyes más crueles respecto a la esclavitud. Los dueños tenían derecho de vida y muerte sobre los esclavos. ¿Quién creería que los hebreos, que parecen nacidos para servir sucesivamente a las demás naciones, tuvieran también esclavos? En sus leyes consta que pueden comprar a sus hermanos por seis años y a los extranjeros para siempre. Se decía que los hijos de Esaú tenían que ser siervos de los hijos de Jacob; pero luego, bajo otro régimen, los árabes, que se creían hijos de Esaú, redujeron a la esclavitud los hijos de Jacob.

Los Evangelios no ponen en boca de Jesucristo ni una sola palabra que recuerde al género humano su libertad primigenia, para la cual parece que haya nacido. Nada dice el Nuevo Testamento del estado de oprobio y aflicción a que fue condenada la mitad del género humano, ni tampoco los escritos de los apóstoles y padres de la Iglesia; ni aquél, ni éstos, hablan de otra esclavitud que la del pecado. Es difícil comprender cómo pudieron decir los judíos a Jesús en el Evangelio de Juan: «No hemos servido nunca a nadie», cuando entonces eran vasallos de los romanos, cuando fueron esclavizados después de la toma de Jerusalén, cuando diez de sus tribus, que esclavizó Salmanazar, desaparecieron de la faz de la tierra y las otras dos estuvieron cautivas en Babilonia durante setenta años, cuando fueron reducidos a la esclavitud siete veces en la tierra prometida, según propia confesión, cuando en todos sus escritos hablan de su servidumbre en Egipto, en ese Egipto que aborrecían y al que acudieron para ganar dinero cuando Alejandro les permitió afincarse en dicha nación. El reverendo padre Calmet dice que se trataba de una servidumbre intrínseca, que aún es más difícil de entender. En Italia, las Galias, España y parte de Alemania se establecieron extranjeros que se convirtieron en señores, mientras los naturales de dichos países llegaron a ser sus esclavos. Cuando don Opas, obispo de Sevilla, y el conde don Julián

recabaron la ayuda de los mahometanos para que combatieran contra los reyes cristianos visigodos que reinaban en España, los mahometanos, queriendo implantar allí sus costumbres, propusieron al pueblo que se hiciera circuncidar, se batiera con ellos, o les pagara un tributo en dinero y mujeres. Vencieron al rey don Rodrigo y no hubo en España más esclavos que los prisioneros de guerra; los nativos conservaron su religión y sus bienes, pagando. De la misma manera procedieron, más tarde, los turcos en Grecia, pero impusieron un tributo de hijos. Los varones, para ser circuncidados y servir en el cuerpo de jenízaros; las hembras, para educarlas en los serrallos. Pero luego, con dinero, los griegos se libraron del tributo. Los turcos, para las labores caseras, no tienen más esclavos que los que compran en Circasia, Mingrelia y Tartaria.

Entre los africanos musulmanes y los europeos cristianos perduró la costumbre de saquear y hacer esclavos a todos los hombres que vencían en el mar. Son aves de presa que se echan unas sobre otras. Argelinos, tunecinos y marroquíes viven de la piratería. Los religiosos de Malta, sucesores de los de Rodas, juran saquear y encadenar a los musulmanes. Las galeras del papa van a robar a los argelinos o son apresadas en las costas septentrionales de Africa. Los blancos van a comprar negros baratos para revenderlos en América. Sólo los naturales de Pensilvania han renunciado solemnemente, desde hace poco, a dedicarse a ese indigno trafico, por creerlo deshonesto.

He leído un libro, publicado en Pans, tan lleno de talento como de paradojas. Su autor se apellida Linguet y la obra se titula Teoría de las leyes civiles. En ella el autor declara que prefiere la esclavitud a la domesticidad, y sobre todo al estado libre de un peón de albañil. Compadece la malhadada suerte de los desgraciados hombres libres que, si bien pueden ganarse la vida donde quieran mediante el trabajo, para el que nació el hombre y es guardián de su inocencia y consuelo de su vida, nadie se encarga de alimentarles ni de protegerles, mientras que los dueños de los esclavos los mantienen y cuidan lo mismo que a sus caballos. Esto es verdad, pero la especie humana prefiere proveerse por sí misma de lo necesario a depender de los demás, y los caballos que nacen en las praderas prefieren éstas a las lujosas cuadras. Añade que los trabajadores pierden muchos días, en los que no pueden ganar el jornal; pero esto no se debe a su condición de libres, sino a que nos rigen unas leyes ridículas y tenemos demasiadas fiestas. Dice, con razón, que la caridad cristiana no rompió las cadenas de la servidumbre; esa caridad lo que hizo fue apretarlas durante doce siglos. Y aún podía añadir que en las naciones cristianas hasta los mismos frailes, que deben ser hijos de la caridad, poseen todavía esclavos reducidos a un afligente estado bajo las denominaciones de siervos sujetos a feudo, de manos muertas y de siervos de la gleba. Advierte otra verdad: que los príncipes cristianos sólo concedieron la libertad a sus esclavos por avaricia. En efecto, con objeto de apoderarse del oro reunido por

esos desdichados les firmaron las patentes de manumisión. No les dieron la libertad, se la vendieron. El emperador Enrique V empezó a hacer este negocio manumitiendo a los siervos de Spira y de Worms en el siglo XII; los reyes de Francia imitaron su proceder. Buena prueba de lo preciosa que es la libertad es que hombres tan rudos e ignorantes la compraron muy cara. Téngase en cuenta, además, que el peón de albañil puede llegar a arrendar tierras y convertirse en propietario. En Francia, puede ascender hasta consejero del rey; en Inglaterra puede ser nombrado diputado del Parlamento, y en Suecia ser miembro de los Estados de la nación. Esas perspectivas son preferibles a la de morir abandonado en un rincón de las caballerizas del dueño. Puffendorf afirma que la esclavitud se estableció «por libre consentimiento de las dos partes y por medio de contrato». Creeré a dicho autor cuando me enseñe ese primitivo contrato. Crotius pregunta si el hombre que cae prisionero en la guerra tiene derecho a huir, y se contesta diciendo que no. ¿Por qué no dice también que cuando resulta herido no tiene derecho a que le curen? La naturaleza, decididamente, está contra Crotius. Montesquieu, en su *Espíritu de las leyes*, después de pintar la esclavitud de los negros con el pincel de Moliere, se atreve a decir: «Mr. Perry dice que los moscovitas se venden con facilidad. Sé por qué, porque su libertad no vale nada». El capitán Perry, un inglés que escribió en 1714 la obra *Estado actual de Rusia*, no dice lo que *Espíritu de las leyes* le atribuye. Las pocas palabras que se encuentran en el libro referentes a la esclavitud de los rusos son estas: «El zar mandó en sus Estados que desde entonces nadie se llamara esclavo, sino vasallo. Pero esa nación no ha conseguido ninguna ventaja real, porque aún hoy es verdaderamente esclava». Montesquieu añade a lo dicho que, según refiere Guillaume Dampier, «todo el mundo desea venderse en el reino de Achem». Eso producirá allí un extraño comercio. Leído el *Viaje de Dampier*, no he encontrado esa afirmación. Es lástima que un hombre de talento como es dicho autor se atreva a exponer ideas tan aventuradas y a insertar citas falsas.

Generalmente se dice que en Francia no hay esclavos. Que éste es el reino de los francos y esclavo y franco son vocablos contradictorios. Ahora bien, ¿cómo es posible compaginar tanta libertad con tantas clases de servidumbre, la de las manos muertas, por ejemplo? Más de una encopetada dama de París, que viste lujosamente y ocupa un palco en la Opera, ignora que descende de una familia de Borgoña, del Franco-Condado o de Auvernia, y que su familia está todavía en la esclavitud de las manos muertas. Esta clase de esclavos, unos están obligados a trabajar tres días a la semana para su señor, y otros, dos días. Si fallecen sin descendencia sus bienes los hereda el señor. Si dejan hijos, el señor toma sus más pingües animales y sus mejores muebles, teniendo derecho de elección en más de una región. En algunas partes, si el hijo de familia sujeta a mano muerta no estaba en la casa paterna un año y un día antes del fallecimiento del padre pierde todos sus bienes y continúa siendo

esclavo. Eso quiere decir que si adquiere unos bienes con el producto de su trabajo, pertenecerán a su señor. Pero lo más curioso y hasta edificante de esa legislación es que los frailes son señores de la mitad de los bienes de manos muertas. Si por casualidad un príncipe de sangre real, un ministro o un canciller leyera este artículo, sería conveniente que recordara que el rey de Francia declaró ante la nación, en la ordenanza publicada el 18 de mayo de 1731, que «los frailes y los beneficiados poseen más de la mitad de los bienes del Franco-Condado». Cuantas veces hemos protestado de la extraña tiranía que ejercen las personas que juraron a Dios pobreza y humildad, se nos ha contestado: «Si hace seiscientos años que gozan de ese derecho, ¿cómo vamos a quitárselo?» Y nosotros replicamos, humildemente: «Hace treinta o cuarenta mil años, poco más o menos, que las garduñas se nos comen las gallinas, pero a pesar de eso nos dan permiso para matarlas siempre que podamos». Si come una onza de cordero el cartujo peca gravemente, pero puede con tranquilidad de conciencia comerse la subsistencia de toda una familia. Puedo afirmar que los cartujos de mi vecindad heredaron cien mil escudos de uno de sus esclavos, que había hecho esa fortuna en Francfort dedicándose al comercio. Aunque es verdad que la familia despojada consiguió permiso para pedir limosna a la puerta del convento. Todo debe decirse.

**ESENIOS.** Cuanto más supersticiosa y bárbara es una nación y más se empeña en la guerra, cuando más se divide en partidos y fluctúa entre la monarquía y la teocracia, ebria de fanatismo, más fácilmente es posible hallar en ella un número de ciudadanos que se reúnan para vivir en paz. Cuando sobreviene una epidemia de peste acontece que un pequeño cantón evita comunicarse con las grandes ciudades para preservarse del contagio, pero es víctima de otras enfermedades. Para vivir en paz se reunieron los gimnosofistas en las Indias, algunas sectas de filósofos en Grecia, los pitagóricos en Italia y los terapeutas en Egipto, y así también hicieron los paleocristianos que vivieron reunidos lejos de las ciudades. Ninguna de esas sectas conoció la costumbre de ligarse mediante juramento a la forma de vida que iban a adoptar, ni la costumbre de atarse con votos perpetuos, ni la de renunciar por religión a la naturaleza humana, cuyo primer atributo es la libertad. San Basilio fue quien inventó lo que llamamos votos, ideando así un juramento de esclavitud, introduciendo un nuevo azote en el mundo y convirtiendo en veneno lo que había inventado como remedio.

En Siria hubo sectas parecidas a las de los esenios. Así nos lo dice el filósofo judío Filón en el Tratado de la libertad de las gentes de bien. Siria fue siempre un país supersticioso y levantisco al que continuamente oprimieron los tiranos. Los sucesores de Alejandro la convirtieron en escenario de horrores, no siendo de extrañar que al sufrir tantas desventuras unos hombres más humanos y discretos que los demás huyeran del trato con las grandes ciudades, con el fin de retirarse a vivir en comunidad y en honesta pobreza,

lejos de la tiranía. En Egipto, numerosas personas se refugiaron en asilos parecidos durante las guerras civiles de los últimos Tolomeos, y cuando las legiones romanas subyugaron Egipto los terapeutas se establecieron en un desierto inmediato al lago Moeris. Al parecer, hubo allí terapeutas griegos, egipcios y judíos. Filón, tras elogiar a Anaxágoras, Demócrito y demás filósofos que abrazaron este género de vida, en su *De la vida contemplativa* escribe: «Hubo esa clase de sectas en varias naciones. Grecia y otras podrían disfrutar de la vida tranquila y contemplativa, muy común en las provincias de Egipto y sobre todo en Alejandría. Las gentes honradas y austeras se retiraron a las inmediaciones del lago Moeris, un lugar desierto, pero cómodo, que forma suave pendiente. Allí el aire es saludable y existen muchos poblados en la vecindad del desierto.» Es innegable, pues, que se establecieron sectas con la idea de huir del furor de los partidos, de la arbitrariedad y codicia de los opresores. Todas ellas, sin excepción, tenían horror a la guerra, execrándola como nosotros el robo y asesinato en los caminos reales. Parecida a esas sectas fue la sociedad de los hombres de letras que se unieron en Francia y fundaron la Academia, huyendo del furor de los partidos y de los desmanes que perturbaron el reinado de Luis XIII, y la de los hombres ilustrados que formaron la Sociedad Real de Londres, cuando los bárbaros locos que se llaman puritanos y episcopales se degollaban unos a otros discutiendo los pasajes de tres o cuatro libros viejos e ininteligibles.

Algunos estudiosos creen que Jesucristo, que se dignó aparecer algunos momentos en Cafarnaún, Nazaret y otras localidades de Palestina, era uno de esos esenios que huían del tumulto de las ciudades, a fin de practicar tranquilamente la virtud. Pero ni en los cuatro Evangelios canónicos, ni en los apócrifos, ni en los Hechos de los Apóstoles, se le llama esenio. Aunque no le denominen así, en el fondo se parece a los esenios en muchos puntos: en la confraternidad, en los bienes comunes, en la vida austera, en rechazar las riquezas y honores, y en tener horror a la guerra. Estos principios los puso tan en práctica Jesucristo, que al recibir una bofetada en una mejilla manda que presentéis la otra, y que entreguéis la túnica cuando os roben el manto. Por estos principios se rigieron los cristianos durante los dos primeros siglos, sin altares, templos, ni magistrados, desempeñando todos los oficios y llevando una vida retirada y apacible. Los textos de los primitivos cristianos nos confirman que no se les permitía llevar armas, pareciéndose en esto a los pensilvanos y anabaptistas modernos, que se jactan de seguir el Evangelio al pie de la letra. Aunque en éste hallamos ciertos pasajes que, interpretándolos torcidamente, pueden inspirar la violencia, y aunque se lean máximas que parezcan contrarias al espíritu pacífico, otras muchas nos mandan sufrir y no pelear. No es extraño, por tanto, que los cristianos abominaran de la guerra durante doscientos años. Razón tuvo el gran filósofo Bayle para decir que un cristiano de los primitivos tiempos sería un mal soldado y que un soldado de

aquel entonces sería un mal cristiano. El dilema parece no admitir réplica, y esta parece ser la diferencia existente entre el antiguo cristianismo y el antiguo judaísmo. La ley de los primitivos hebreos decía expresamente: «En cuanto entréis en el territorio del país que vais a apoderaros, entrad a sangre y fuego, degollad sin compasión a ancianos, mujeres y niños de pecho, matad hasta los animales, saqueadlo y quemadlo todo: Dios os lo manda». Esta doctrina, que no se anuncia una sola vez, se proclama muchas y la siguen al pie de la letra.

Perseguido Mahoma por los habitantes de la Meca se defiende de ellos como un valiente, y venciendo a sus perseguidores les obliga a arrodillarse a sus pies y a convertirse en prosélitos suyos, instaurando su religión con su palabra y su espada. Jesús, a caballo entre los tiempos de Moisés y de Mahoma, desde un rincón de Galilea predica el perdón de las ofensas, la paciencia, la mansedumbre y el sufrimiento, muriendo en el más infamante de los suplicios y queriendo que mueran también así sus primeros discípulos. Ahora pregunto, de buena fe, si a san Bartolomé, san Andrés, san Mateo o san Bernabé, les hubieran admitido en la guardia imperial del emperador de Alemania. El propio san Pedro, aunque cortó la oreja a Malco, ¿hubiera sido un buen jefe de legión? Quizá san Pablo, que antes de ser cristiano se acostumbró a la masacre y tuvo la desgracia de ser perseguidor sanguinario, es el único que hubiera podido comportarse como un buen guerrero. La impetuosidad de su temperamento y el calor de su imaginación le hubieran podido convertir en capitán temible, pero aun poseyendo esas cualidades no trató de vengarse de su maestro Gamaliel con las armas. No hizo como Judas, ni como Teudas, que sublevaron tropas; siguió los preceptos de Jesús y consintió en que le decapitaran. Era imposible, pues, formar en los tiempos primitivos un ejército de cristianos. Por lo tanto, es indudable que los primeros cristianos no fueron soldados del imperio hasta que perdieron el espíritu que primitivamente les animaba. En los dos primeros siglos miraron con horror los templos, altares, cirios, inciensos y el agua lustral. Porfirio los compara con la zorra de la fábula, que viendo demasiado altas las uvas, exclama: están verdes. Y les dice: «Si hubierais podido tener magníficos templos brillantes de oro y pedrería, y sustanciosas rentas para sus servidores, profesaríais cariño apasionado a los templos». Al verse pobres —porque se habían dado unos a otros lo que ahorran—, aunque detestaban el oficio de las armas tuvieron que ir a la guerra. Desde la época de Diocleciano, los seguidores de Cristo fueron tan diferentes de los cristianos del tiempo de los apóstoles, como nosotros de los cristianos del siglo III.

No alcanzo a comprender que un talento tan lúcido y audaz como el de Montesquieu rechazara severamente a otro genio más metódico que el suyo y combatiera esta verdad que asentó Bayle, «que una sociedad de verdaderos cristianos podía ser feliz haciendo vida común, pero no sabría defenderse de los ataques del enemigo». «Esa sociedad —dice Montesquieu— se

compondría de ciudadanos con clara noción de sus obligaciones y gran celo para cumplirlas; por lo tanto conocería también los derechos de la defensa legítima, y cuanto más creyera deber a la religión más creería deber a la patria. Los principios del cristianismo, grabados en el corazón, serían mucho más fuertes que el falso honor de las monarquías, las virtudes humanas de las repúblicas y el temor servil de los estados despóticos.» No cabe duda que el autor de El Espíritu de las leyes no recordaba las palabras del Evangelio cuando dice que los verdaderos cristianos conocerían bien los derechos de la defensa legítima, y se olvidaba del mandato de Jesucristo de dar la túnica cuando nos roban el manto y de presentar la otra mejilla cuando nos dan una bofetada. He aquí anulados los principios de la defensa legítima. Los cuáqueros no han querido nunca batirse, y los habrían aplastado en la guerra de 1756 si no los hubieran defendido los demás ingleses, que obligaron a que les dejaran. Está claro que los que piensan como mártires no sirven para batirse como ganaderos. Todo lo que dice el capítulo de El espíritu de las leyes que combato, me parece falso. «Los principios del cristianismo, grabados en el corazón, serán mucho más fuertes, etc.» Sí, más fuertes para impedirles que manejen la espada, para que tiemblen a la sola idea de que han de derramar la sangre de su prójimo y para hacer que consideren la vida como un peso, cuya felicidad para ellos consiste en descargarse de él. «Irían cabizbajos —dice Bayle— como ovejas entre lobos, si les ordenaran rechazar ejércitos veteranos de infantería, o cargar contra escuadrones de coraceros.» Bayle tenía razón, y Montesquieu no se dio cuenta de que al refutarle se refería sólo a los cristianos mercenarios y sanguinarios de la actualidad, haciendo caso omiso de los primitivos. Parece que trató de evitar las injustas acusaciones que contra él urdieron los fanáticos sacrificándoles a Bayle, y no lo pudo conseguir. Esos dos grandes hombres, que parecen de encontrado parecer, habrían estado siempre de acuerdo si hubieran sido igualmente libres. «El falso honor de las monarquías, las virtudes humanas de las repúblicas, el temor servil de los estados despóticos...», nada de esto consigue hacer buenos soldados, como afirma El espíritu de las leyes. Cuando se recluta un regimiento, del cual la cuarta parte deserta a los quince días ni uno solo de los alistados piensa en el honor de la monarquía; no saben qué es eso. Los soldados mercenarios de la república de Venecia conocen muy bien la soldada, pero no la virtud republicana, de la que nunca se habla en la plaza de San Marcos. En resumen, no creo que un solo hombre en el mundo se aliste en el ejército por virtud. Los turcos y los rusos no se baten con el encarnizamiento y el furor de los leones y tigres por temor servil. No se es arrojado por temor. Tampoco los rusos derrotaron por devoción a los ejércitos de Mustafá. Sería mejor que un hombre inteligente como es Montesquieu tuviera más empeño en dar a conocer la verdad que en manifestar su talento, que hay que olvidar cuando se trata de instruir a los hombres, y no tener otro guía que la verdad.

**ESPACIO.** ¿Qué es el espacio? Leibnitz dijo que no existe, como no existe el vacío después de haberlo admitido, aunque cuando lo admitió no había reñido con Newton. En cuanto disputaron, para Leibnitz ya no hubo vacío ni espacio. Afortunadamente, cualquiera que sea la opinión de los filósofos acerca de estas cuestiones insolubles, aceptemos la opinión de Epicuro, Gassendi, Newton, Descartes o Roahud, las reglas del movimiento siempre serán las mismas y se practicarán las artes mecánicas ya en el espacio puro, ya en el espacio material. Y si bien no concebimos cómo estando todo lleno puede moverse algo, esto no es obstáculo para que nuestros barcos vayan a las Indias, ni para que los movimientos se efectúen con regularidad. Decís que el espacio puro no puede ser materia ni espíritu, y deducís de esto que el espacio no existe. Pero, ¿quién nos ha dicho que no hay más que materia y espíritu, a nosotros que conocemos tan imperfectamente ambas cosas? Esto equivale a decir que no existen en la naturaleza más que dos cosas que conocemos. Al menos Moctezuma razonaba mejor en la tragedia inglesa de Dryden, cuando preguntaba: «¿Qué venís a decirme en nombre del emperador Carlos V si en el mundo no hay más que dos emperadores, el del Perú y yo?» Moctezuma hablaba de lo que conocía, pero nosotros hablamos de lo que no tenemos ni idea exacta.

Somos átomos dignos de lástima. Nos forjamos a Dios con un espíritu como el nuestro, y porque denominamos espíritu a la facultad que el Ser Supremo, universal, eterno y omnipotente, nos ha concedido de combinar algunas ideas en nuestro cerebro, imaginamos que Dios es un espíritu de la misma clase, haciéndole a nuestra imagen y semejanza. Ahora bien, si existieran millones de seres que fueran de algo diferente a nuestra materia, de la que sólo conocemos las apariencias, y de otra cosa que nuestro espíritu, que desconocemos del todo, ¿quién podría asegurarme que no pudieran existir esos millones de seres? ¿Y quién puede negarme que Dios, que está demostrado que existe por sus efectos, no es infinitamente diferente de todos esos seres, y que el espacio no es uno de éstos? Nunca osaremos decir, como Lucrecio, que excepto el cuerpo y el vacío, no existe nada en el mundo. Pero, ¿nos atreveremos a creer con él que existe el espacio infinito? Pudo alguno contestar a su argumento: «Si disparáis una flecha desde los límites del mundo, ¿caerá allá en la nada?» Clarke, hablando en nombre de Newton, afirma que el espacio tiene propiedades, es extenso y es medible; luego, existe. Pero si se les dijera que pusieran algún objeto donde no hay nada, ¿qué contestarían Newton y Clarke? Newton cree que el espacio es el sensorium de Dios. De joven creí comprender esa palabra, pero ahora que soy viejo no la entiendo, como no entiendo las explicaciones que da del Apocalipsis. No sé qué quiere decir que el espacio es el sensorium, el órgano interior de Dios, y él tampoco lo entiende. Creyó, refiriéndose a Locke, que se podía explicar la creación suponiendo que Dios por un acto de su voluntad y su poder había

hecho el espacio impenetrable. Es lástima que un genio de la magnitud de Newton diga cosas tan ininteligibles.

**ESPÍRITUS FALSOS.** Conocemos ciegos, tuertos, bizcos, bisojos, présbitas, miopes, de buena vista o confusa, débiles e infatigables. Ello constituye una imagen bastante fiel de nuestro entendimiento; ahora bien, no se conocen apenas «vistas falsas». Apenas se encontrarían hombres que confundan un gallo con un caballo, ni un orinal con una casa. Entonces, ¿por qué encontramos a menudo tantos espíritus, sensatos por otra parte, pero absolutamente falsos en las cosas importantes? ¿Por qué ese siamés, que nunca se dejará engañar cuando se trate de contar tres rupias, cree a pie juntillas en las metamorfosis de Sammonocodom? ¿Por qué extraño capricho tantos hombres sensatos se parecen a Don Quijote, que creía ver gigantes donde otros hombres no veían más que molinos de viento? Incluso Don Quijote sería más merecedor de disculpa que el siamés que cree que Sammonocodom ha venido varias veces a la tierra, o que el turco que está persuadido de que Mahoma ha puesto la mitad de la luna en su manga, puesto que Don Quijote, obsesionado por la idea de que debe combatir a los gigantes, puede figurarse que un gigante ha de tener el cuerpo tan grande como un molino. Pero, ¿de qué supuesto puede partir un hombre sensato para estar convencido de que la mitad de la luna cabe en una manga, o de que un Sammonocodom ha descendido del cielo para venir a jugar a cometas en Siam, talar un bosque o dedicarse al timo de los viajes?

Los mayores genios pueden padecer un falso espíritu acerca de un principio aceptado sin examen. Newton mostró un falso espíritu cuando comentaba el Apocalipsis. Lo que desean tanto tiranos de almas es que los hombres a quienes educan tengan falso el espíritu. Un faquir enseña a un niño que promete mucho, dedica cinco o seis años a meterle en la cabeza que el dios Fo se apareció a los hombres montado en un elefante blanco y persuade al muchacho de que será azotado después de su muerte, durante quinientos mil años, si no cree en esas metamorfosis. Añade también que al fin del mundo el enemigo del dios Fo vendrá a combatir a esta divinidad. El niño estudia y se convierte en un prodigio, argumenta a base de las lecciones de su maestro y considera que Fo no ha podido cambiarse más que en elefante blanco porque éste es el más bello de los animales. Y dice: «Los reyes de Siam y de Pégu se han hecho la guerra por un elefante blanco; ciertamente, si Fo no hubiera permanecido oculto bajo ese elefante tales monarcas no hubieran sido tan insensatos para luchar por la posesión de un simple animal». «El enemigo de Fo vendrá a desafiarle al fin del mundo; tal enemigo será por fuerza un rinoceronte, pues el rinoceronte combate al elefante». Así razona en la edad madura el sabio alumno del faquir y llega a ser una de las lumbreras de la India; cuanto más sutil es su espíritu, más falso lo tiene y elabora espíritus posteriores tan falsos como aquél. Se les muestra a todos estos energúmenos

un poco de geometría y la aprenden con bastante facilidad, pero ¡cosa rara! su espíritu no logra enderezarse; comprenden las verdades de la geometría, pero no aprenden de ningún modo a pesar las probabilidades. Han tomado su partido, razonan al revés toda su vida y, por mi parte, estoy disgustado por ellos.

**ESTADOS, GOBIERNOS.** En lo que llevo de vida no he conocido ningún hombre que haya gobernado un Estado. Y con esto no hago referencia a los ministros que gobiernan de hecho la nación dos o tres años, seis meses o seis semanas; me refiero únicamente a esos personajes ilustres que desde el fondo de su gabinete desarrollan su sistema de gobierno reforman el ejército, la Iglesia, la magistratura y la Hacienda. El abad Bourzeis, más conocido en el mundo político por el cardenal Richelieu, empezó a gobernar Francia en el año 1645 y escribió en Testamento político —que ya hemos mencionado— que pretendía alistar a la nobleza en la caballería haciéndola servir tres años, que pagaran la contribución de la talla la Cámara de las Cuentas y los parlamentos, y privar al rey del producto de esa contribución, asegurando además que para entrar en campana con cincuenta mil hombres debe hacerse por economía un reclutamiento de cien mil. Afirma que Provenza tiene más y mejores plazas fuertes que España e Italia juntas. El abad Bourzeis no había viajado. Además, su obra está llena de anacronismos y de errores. En ella el autor afirma como nunca afirmó y habla como jamás habló. Emplea todo un capítulo para decir que la razón debe ser la regla del Estado y en probar este descubrimiento. Esa obra engendrada en las tinieblas, ese hijo bastardo del cardenal Richelieu, pasó durante mucho tiempo por ser hijo legítimo suyo, y todos los académicos, en sus discursos de recepción, elogiaban hiperbólicamente esa obra cumbre de la política. Gatien de Courtilz, al ver el éxito conseguido por el Testamento político de Richelieu, imprimió en La Haya, en 1693, el Testamento de Colbert, en el que incluyó una carta que este célebre ministro dirigió al rey. Es obvio que si el citado ministro hubiera dictado dicho testamento debía haberse prohibido su publicación; sin embargo, algunos autores citan el libro. Un desaprensivo, de nombre desconocido, inventó también el Testamento de Louvois, más torpe todavía si cabe que el de Colbert, y un abate de Chevreumont hizo testar al duque de Lorena, publicando el libro Testamento político de Carlos V, duque de Lorena y de Var, en favor del rey de Hungría. Hay, además, los testamentos políticos del cardenal Alberoni, del mariscal Belle-Isle y de Mandrin.

Bois-Guillebert, autor del Detalle de Francia, impreso en 1695, publicó el proyecto inviable del diezmo real, tomando el nombre del mariscal Vauban. Un desquiciado apellidado La Fouchere, hundido en la miseria, ideó en 1720 un proyecto de Hacienda que escribió en cuatro volúmenes y que algunos ignorantes han creído era del tesorero general La Fouchere, pensando que un tesorero no puede escribir un mal libro de Hacienda. A pesar de lo dicho,

hemos de reconocer que hombres muy instruidos, y muy dignos tal vez de gobernar una nación, han escrito sobre la administración de los Estados en Francia, España e Inglaterra. Sus libros han reportado beneficios, no por haber enmendado la plana a los ministros que gobernaban cuando sus libros aparecieron, porque un ministro ni da su brazo a torcer ni se le puede corregir, pues en cuanto se ve encumbrado no admite instrucciones, ni consejos, ni tiene tiempo para oírlos, le arrastra la corriente de los asuntos de Estado, pero esos buenos libros forman la juventud destinada a ocupar los altos destinos, reforman los principios e instruyen a la segunda generación.

En los últimos tiempos se ha examinado detenidamente el lado fuerte y el lado débil de todos los gobiernos. Lector que has viajado, has leído y has visto mundo: dime en qué Estado y bajo qué gobierno desearías haber nacido. Presumo que a un señor terrateniente en Francia le gustaría haber nacido en Alemania y ser soberano en vez de ser vasallo. El par de Francia quedaría muy satisfecho si disfrutara de los privilegios de los pares ingleses, porque sería legislador. El magistrado y el hacendista se encontraría mejor en Francia que en ninguna parte; pero ¿qué patria debe elegir el hombre ilustrado, libre, de fortuna parca y sin prejuicios?

Un miembro del Consejo de Pondichery, bastante sabio, regresó a Europa por tierra con un brahmán más instruido que los de su categoría. El consejero le preguntó:

— ¿Qué os parece el gobierno del Gran Mogol?

— Abominable —respondió el brahmán—. ¿Cómo es posible que sea feliz un Estado si lo gobiernan los tártaros? Los rajas están satisfechos de ese gobierno, pero no los ciudadanos, y millones de ciudadanos merecen que se les atienda.

El consejero y el brahmán, en amigable conversación, atravesaron toda el Asia Alta.

— Estoy viendo —exclamó el brahmán— que no hay una sola república en esta vasta parte del mundo.

— Antiguamente existió la república de Tiro —le contestó el consejero— pero duró poco. Había también otra en la Arabia Pétreá, en un pequeño territorio llamado Palestina, si se puede dar el nombre de república a una horda de ladrones y usureros que ya los gobernarán jueces, reyes o grandes pontífices, fue esclava siete u ocho veces y, por último la expulsaron del país que había usurpado.

— Me figuro —repuso el brahmán— que en el mundo debe haber pocas repúblicas, porque los hombres rara vez son dignos de gobernarse por sí mismos. Esa dicha sólo deben disfrutarla los pequeños pueblos que se ocultan

en las islas o entre montañas, como los conejos que se esconden de los animales carnívoros, pero que a la larga los descubren y los devoran.

Cuando los dos viajeros llegaron al Asia Menor, el brahmán dijo al consejero:

— Cuesta trabajo creer que existiera una república establecida en un rincón de Italia que durara quinientos años y poseyera el Asia Menor, Africa, Grecia, las Galias, España y toda Italia.

— Es verdad —repuso el otro—, pero ese imperio se derrumbó y de continuo se escriben libros tratando de averiguar las causas de su decadencia y caída.

— Trabajo inútil —apostilló el hindú—. Ese imperio cayó por haber existido, porque es preciso que todo caiga, como un día caerá el imperio del Gran Mogol.

— ¿Creéis que es el honor lo que falta en un estado despótico, y la virtud lo que más necesita la república? —le preguntó el europeo.

El indio, tras hacerse explicar lo que entendía por honor, le contestó que el honor es más necesario en la república, y que se necesitaba mayor virtud en el estado monárquico, añadiendo que el hombre que aspire a ser elegido por el pueblo no lo conseguirá si está deshonrado. En cuanto a la virtud, dijo que se necesitaba mucha para atreverse a decir la verdad en la corte. El hombre virtuoso se encuentra mejor en la república, porque en esa clase de gobierno no necesita adular a nadie.

— ¿Creéis —preguntó el europeo— que las leyes y las religiones se acomodan en su formación a los climas como es preciso abrigarse en Moscú y llevar vestiduras ligeras en Delhi?

— Indudablemente —le contestó el hindú—, todas las leyes relativas a la física están calcadas en el meridiano que habitamos; el alemán no necesita tener más que una mujer, y los persas necesitan tres o cuatro. De la misma naturaleza son los ritos de la religión. Si yo fuera cristiano ¿cómo decir misa en mi país, si no hay pan ni vino? Por lo que hace a los dogmas, es diferente; el clima no influye para nada. Vuestra religión, que empezó en Asia, fue expulsada de allí y hoy existe en las inmediaciones del Báltico, donde fue desconocida en los primeros tiempos.

— ¿En qué estado y bajo qué gobierno preferiríais vivir? —le preguntó el consejero.

— En cualquier parte menos en mi país, y muchos siameses, persas y turcos dicen lo mismo.

— Contestadme categóricamente —le apremió el consejero—, ¿qué estado

preferiríais?

— Donde no se obedeciera más que a las leyes —contestó el brahmán.

— Esta respuesta es muy ambigua.

— Pero no es mala.

— Sin embargo, ¿dónde está ese país?

— Es preciso buscarlo.

**EUCARISTÍA.** La mitad de Europa anatematizó a la otra mitad por mor de la Eucaristía, y la sangre corrió desde las orillas del Báltico hasta la falda de los Pirineos durante doscientos años por una palabra que significa dulce caridad. Veinte países, en esta parte del mundo, tienen horror a la doctrina de la transustanciación católica y declaran que ese dogma es el último esfuerzo de la locura humana. Dan validez al famoso pasaje de Cicerón que dice que habiendo agotado los hombres todas las vehemencias imaginables todavía no ha ideado comerse el dios que adoran. Esos países dicen que casi todas las opiniones populares se fundan en equívocos y en el abuso de las palabras, y que los católicos, apostólicos y romanos, han fundado también la doctrina de la Eucaristía y de la transustanciación en otro equívoco, puesto que han tomado en sentido propio lo que sólo puede decirse en sentido figurado, y que el mundo desde hace seiscientos años se ha ensangrentado por logomaquias y equivocaciones. Los predicadores en los púlpitos, los sabios en los libros y los pueblos en sus discursos, repiten sin cesar que Jesucristo no tomó su cuerpo con las dos manos para dárselo a comer a los apóstoles y que un cuerpo no puede estar en mil partes a un tiempo, en el pan y en el cáliz. En el pan que se convierte en excrementos, y en el vino que se convierte en orines, no puede estar el Dios creador del universo, que esa doctrina expone la religión cristiana a la irrisión de los ignorantes y al desprecio y execración del género humano. Eso afirman Tillotson Smalridge, Turretin, Claude, Daille, Amyrault, Mestrezat, Dumoulin, Biondel y los numerosos reformadores del siglo XVI, mientras que el mahometano, apacible señor de Africa y de la parte más hermosa de Europa y Asia, se burla desdeñosamente de nuestras disputas, y el resto del mundo las ignora.

No quiero mezclarme en la controversia. Creo con fe cristiana todo cuanto la religión católica y apostólica nos enseña respecto a la Eucaristía, pero sin comprender una sola palabra. He aquí mi único objetivo. Se trata de poner a los crímenes el mayor freno posible. Los estoicos decían que llevaban a Dios en su corazón. Son palabras de Marco Aurelio y de Epicteto, los hombres más virtuosos del mundo, y querían significar que llevaban dentro de sí la parte del alma divina y universal que anima todas las inteligencias. La religión católica va más allá y dice a los hombres: Tendréis físicamente en vosotros lo que los

estoicos sólo tenían metafísicamente. No tratéis de saber qué os doy a comer y beber; creed únicamente que os doy a Dios, y que entra en vuestro estómago. No le manche, pues, vuestro corazón con injusticias y liviandades. He aquí, pues, cómo los hombres reciben a Dios en una ceremonia solemne, al resplandor de cien cirios, al son de una música que encanta sus sentidos y al pie de un altar resplandeciente. La imaginación queda subyugada y el alma conmovida; nos desligamos de los lazos terrestres al unirnos con Dios, que penetra en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá desde ese momento a cometer una sola falta, ni mucho menos a concebirla? Sin duda, es imposible imaginar un misterio que contenga mejor la virtud de los hombres. Así razona la religión católica.

Pese a ello, Luis XI, al recibir a Dios, envenena a su hermano; el arzobispo de Florencia dando la comunión, y los Pazzi recibéndola, asesinan a los Médicis dentro de la catedral. El papa Alejandro VI, al salir del lecho de su hija bastarda, da la comunión a su otro hijo bastardo César Borgia, y padre e hijo matan en la horca, con la espada o con el veneno, al que posea dos bancales de tierra que les interesa adquirir. Julio II da y recibe a Dios, pero con la coraza en el pecho y el casco en la cabeza se mancha de sangre y de mortalidad. León X recibe a Dios en el estómago, a sus queridas en los brazos, y el dinero que arranca con las indulgencias en sus cofres y en los de su hermana. Troll, arzobispo de Upsala, manda llevar a su presencia a los senadores de Suecia para prestar obediencia a la bula del Papa que lleva en la mano. Van Galen, obispo de Munster, declara la guerra a los pueblos vecinos y llega a ser famoso por sus rapiñas. ¿Qué podemos deducir de semejantes contradicciones? Que todos los personajes mencionados no creían verdaderamente en Dios, ni mucho menos que comieran su cuerpo y bebieran su sangre. Porque si lo hubieran creído no habrían cometido tantos crímenes premeditados. Luego debemos deducir que el freno más fuerte para evitar las atrocidades de los hombres ha sido ineficaz.

No sólo los grandes criminales que han gobernado, o han tenido parte en él, no han creído recibir a Dios, sino que no han creído en El. Como les importaba una higa los sacramentos que conferían, despreciaban al mismo Dios. ¿Qué recurso pues, nos queda para evitar la insolencia, la violencia, la calumnia y la persecución? Convencer al poderoso que oprime al débil de que existe Dios. Por lo menos no se reirá de esta opinión, y si no cree que Dios está en su estómago podrá creer que está en la naturaleza. Si no quiere someterse a la opinión del sacerdote que le dice: «Soy un hombre consagrado que tengo permiso para poner a Dios en tu boca», no resistirá al contemplar los astros y todos los seres animados a oír la voz interna que le grita: «Dios nos ha creado».

**EVANGELIO.** Resulta difícil averiguar cuáles son los primeros

Evangelios. Hoy no ofrece la menor duda que ninguno de los primeros padres de la Iglesia, hasta Ireneo, cita pasaje alguno de los cuatro Evangelios canónicos. Por el contrario, hay algunos que no reconocen el Evangelio de Juan, y hablan de él despectivamente, como san Epifanio en su Homilía 34. Los enemigos de la religión católica no sólo advierten que los primitivos padres de la Iglesia nunca citan los Evangelios reconocidos, sino que refieren pasajes de los evangelios apócrifos, no admitidos por los cánones. San Clemente, pongo por caso, refiere que habiendo interrogado al Señor sobre la época en que tendría lugar el advenimiento de su reinado respondió: «Cuando dos no sumen más que uno, cuando lo de fuera se parezca a lo de dentro, cuando no haya macho ni hembra». Hay que confesar que este pasaje no se encuentra en ninguno de los cuatro Evangelios. Otros muchos ejemplos que corroboran esta verdad pueden leerse en el Examen crítico de Fleret, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Letras de París.

El sabio Fabricios se tomó el trabajo de reunir los antiguos Evangelios que se conservan. El primero de ellos es el de Santiago, conocido con el nombre de primer Evangelio. Conservamos el relato de la pasión y resurrección que se supone escribió Nicodemo. El Evangelio de Nicodemo lo citan san Justino y Tertuliano, y figuran los nombres de los acusadores de Jesús: Annás, Caifás, Datam, Summas, Gamaliel, Judas, Levi y Leiftalim. La enumeración de esos nombres da cierta apariencia de candor a la obra. Nuestros adversarios deducen que habiendo sido supuestos varios Evangelios falsos, que en principio se reconocieron como verdaderos, pueden ser supuestos también los que admitimos hoy como auténticos. Insisten en pregonar la fe de los primitivos herejes que murieron defendiendo los Evangelios apócrifos, añadiendo que hubo entonces falsarios, embaucadores y embaucados que murieron defendiendo el error, y por lo tanto no prueba la verdad de nuestra religión que haya habido mártires que murieran por ella. Más aún, dicen que nunca se preguntó a los mártires si creían en el Evangelio de Juan o en el Evangelio de Santiago. Los gentiles no podían apoyar sus interrogatorios en libros que no conocían. Los magistrados castigaron injustamente a algunos cristianos, como perturbadores del orden público, pero no les preguntaron nunca sobre los cuatro Evangelios que no conocieron los romanos hasta el imperio de Diocleciano y sólo tuvieron alguna publicidad a fines del reinado de éste. Para el cristiano constituía un crimen abominable enseñar los Evangelios a un pagano. Tanto es así, que no encontramos la palabra Evangelio en ningún autor profano. Los sectarios socinianos consideran nuestros divinos Evangelios como obras clandestinas, escritas un siglo después de la muerte de Jesucristo y ocultas a los paganos durante otro siglo. Se trata, en su opinión, de textos compuestos por hombres toscos que durante mucho tiempo las dedicaron al populacho de su partido. No queremos repetir aquí sus demás afirmaciones. Esta secta, aunque bastante diseminada, está tan

escondida en la actualidad como lo estuvieron los primeros Evangelios, y es muy difícil convertir a los socinianos, que no creen más que en su razón. Los demás cristianos sólo se pelean con ellos por la fe que profesan a la Sagrada Escritura, por lo que, siendo siempre enemigos, es imposible que unos y otros puedan llegar a reconciliarse.

Nosotros continuaremos teniendo fe en los cuatro Evangelios como la tiene la Iglesia infalible y reprobamos los cincuenta evangelios que ella reprobó, sin considerar siquiera por que permitió Jesucristo que se escribieran cincuenta evangelios falsos, esto es, cincuenta historias falsas de su vida, y como corderos nos sometemos a nuestros pastores, que son los únicos a quienes el Espíritu Santo inspira en el mundo.

**EXAGERACIÓN.** Exagerar es una propiedad del espíritu humano. Los escritores más antiguos hiperbolizaron la longevidad de los primeros hombres, atribuyéndoles una vida diez veces más larga que la nuestra. Supusieron que las cornejas vivían trescientos años, los ciervos novecientos y las ninfas tres mil. Si Jerjes pasa a Grecia, lleva tras él a cuatro millones de soldados. Cuando una nación gana una batalla, tiene casi siempre pocas bajas y mata gran cantidad de enemigos. Tal vez por eso en los Salmos se lee: *Omnis homo mendax*. Todo el que sugiere algo debería ser escrupuloso en lo que dice, y sin embargo, siempre exagera para que le oigan con más interés quienes le escuchan. Este defecto ha desacreditado a los viajeros y por eso se desconfía de ellos. Cuando un viajero ve una col grande como una casa, otro viajero ha visto la olla para cocer esa col, como en una de sus fábulas dice La Fontaine. Sólo la coincidencia de testimonios válidos pone sello de probabilidad a los relatos extraordinarios. La poesía, sobre todo, se halla como pez en el agua en la exageración. Todos los poetas han tratado siempre de atraer la atención de los hombres mediante imágenes sorprendentes. Cuando un dios camina en la *Ilíada* alcanza el fin del mundo en cuatro zancadas. Antiguamente no valía la pena hablar de montañas para dejarlas en su sitio; era preciso hacerlas saltar como cabras o fundirlas como si fueran de cera. En todas las épocas, la oda se consagró a la hiperbolización. Cuanto más piensa una nación, más pierden en ella su valor las odas henchidas de entusiasmo, que nada enseñan al hombre.

**EXPIACIÓN.** La más acertada de las instituciones de la Antigüedad acaso sea esa ceremonia solemne que reprimía los crímenes, advirtiéndoles que serían castigados, y sosegaba la desesperación de los culpables haciéndoles rescatar sus culpas con una serie de penitencias. Lo que es indudable es que los remordimientos deben haber precedido a las expiaciones, porque las enfermedades son más antiguas que la medicina y las necesidades han existido antes que los medios de satisfacerlas. A todos los cultos debió preceder, pues, la religión natural, que perturbaría el corazón del hombre cuando por ignorancia o arrebató perpetrara un acto inhumano. El que en una disputa mata

a su amigo, el amante celoso que quita la vida a la mujer sin la cual no podía vivir, y el jefe de un país que condena a la pena capital al hombre virtuoso que es un ciudadano útil, son hombres que quedan sumidos en la desesperación si están dotados de naturaleza sensible. Les persigue su conciencia y esta persecución es el colmo de la desgracia. No les queda más que una alternativa: la reparación o la reincidencia en el crimen. Las almas sensibles adoptan la primera; los monstruos eligen la segunda. En cuanto se instituyeron las religiones, empezaron a conocerse las expiaciones, si bien practicadas con ceremonias ridículas, Si no, ¿qué relación puede haber entre el agua del Ganges y un homicidio, ni cómo el hombre puede repararlo bañándose? En el artículo Bautismo ya hicimos ver que era demencia y absurdo pensar que lo que lava el cuerpo lava el alma y borra las manchas que dejan las malas acciones. Poco después, el agua del Nilo poseyó la misma virtud que la del Ganges y a esas purificaciones añadieron otras ceremonias, más absurdas todavía. Los egipcios sorteaban dos machos cabríos para ver cuál de ellos debía ser inmolado, arrojándole a un precipicio cargado con los pecados de los culpables. Dieron a ese macho el nombre de Azazel, esto es, expiador. ¿Podéis decirme qué relación hay entre los machos cabríos y los crímenes de los hombres? Con los años permitió Dios que santificaran esa ceremonia los hebreos, que copiaron muchos ritos egipcios, pero fue sin duda el arrepentimiento, y no el macho cabrío, que purificó el alma de los judíos.

Jasón, que asesinó a su cuñado Absirto, se presentó con Medea, más culpable que él, ante Circe, reina y sacerdotisa de Ea, que luego adquirió fama de notable hechicera. Circe los absolvió, sirviéndoles un cerdo cebado con leche y tortas saladas. Con esos ingredientes pueden condimentarse sabrosos platos, pero no devolver la vida a Absirto, ni dar honradez a Jasón ni a Medea. La expiación de Orestes, que mató a su padre por el asesinato de su madre, consistió en robar una estatua a los tártaros de Crimea. Para las expiaciones se inventaron más tarde los misterios. Los culpables recibían en ellos la absolución, sufriendo pruebas penosas y jurando que llevarían nueva vida. En el artículo Bautismo dijimos que los catecúmenos cristianos no se llamaban iniciados hasta que recibían el agua lustral. Es indudable que en esos misterios sólo el juramento de ser virtuoso lavaba las faltas. Tanto es así, que el hierofante, en los misterios de Grecia, al término del oficio, pronunciaba estas dos palabras egipcias: Koth omfeth (velad, sed puros), lo que a la vez es prueba de que los misterios provienen de Egipto y se inventaron para mejorar la condición del hombre.

En todas las épocas, los sabios hicieron lo posible para inspirar la virtud y así la debilidad humana no cayera en la desesperación. Pero se llevaron a cabo crímenes horribles que ningún misterio podía evitar. Nerón, pese a ser poderoso emperador, no pudo conseguir que le iniciaran en los misterios de Ceres. Constantino, según refiere Zósimo, no pudo obtener el perdón de sus

crímenes, pues se manchó con la sangre de su esposa, su hijo y sus parientes. El interés del género humano exigía que esos horrendos delitos no pudieran expiarse, que su absolución no incitara a cometerlos, y que el horror universal pudiera detener alguna vez a los malvados. La religión católica tiene sus expiaciones, que se denominan penitencias. En el artículo Austeridades queda constancia del abuso que se hizo de tan saludable institución. Las leyes de los bárbaros que destruyeron el Imperio romano disponía que los crímenes se expiaran con dinero: doscientos sueldos al que mataba un sacerdote, y cuatrocientos a un obispo. Vemos, pues, que un obispo equivalía a dos sacerdotes. Después de comportarse de ese modo con los hombres, trataron de hacer lo mismo con Dios cuando se fue estableciendo la confesión. El papa Juan XII, que en todo buscaba el lucro, redactó la tarifa exacta de los pecados. La absolución de un incesto costaba al hombre y a la mujer que habían cometido el incesto, dieciocho libras cuatro ducados y nueve carlinos. La sodomía y la bestialidad también fueron tasadas: se pagaban noventa libras, doce ducados y seis carlinos. Es difícil creer que León X cometiera la imprudencia de imprimir esa tarifa en 1514, como se asegura. No obstante, debe tenerse en cuenta que entonces aún no saltaba ninguna chispa del incendio que provocaron los reformistas, que la Curia de Roma estaba satisfecha de la credulidad de los pueblos, y ni siquiera trataba de cubrir con un ligero velo sus rapiñas. La venta pública de indulgencias, que tuvo lugar al poco tiempo, prueba que la Santa Sede no adoptaba ninguna precaución para ocultar las infamias a que estaban acostumbradas las naciones. En cuanto afloraron las quejas contra los abusos de la Iglesia romana, ésta hizo lo posible por evitarlas, pero no logró conseguirlo.

Mi opinión acerca de la mencionada tarifa es que las ediciones que se han hecho no son fieles, porque los precios no están proporcionados, ni son los mismos que inserta D'Aubigné, abuelo de Madama de Maintenon, en la Confesión de Sancí. Convengo con los que dicen que se estableció una tarifa para los que iban a Roma en busca de la absolución o a comprar las dispensas, pero también creo que los enemigos de Roma añadieron mucho a la tarifa con el fin de aumentar su odiosidad. Lo que no ha lugar a dudas es que esas tarifas no las autorizó ningún Concilio, fueron hijas del más enorme de los abusos que inventó la codicia, y que respetaron los que tenían interés en que no se abolieran.

EZEQUIEL. Ezequiel, esclavo en Caldea, tuvo una visión junto al río Cobar, afluente del Éufrates. No debe sorprendernos que viera animales de cuatro caras y cuatro alas, con pies de becerro, ni ruedas que girasen solas animadas del espíritu de la vida. Estos símbolos únicamente satisfacen a la imaginación, pero varios críticos se indignan ante la orden que le dio el Señor, de comer durante trescientos noventa días pan de cebada, trigo y mijo cocido debajo de excrementos humanos. Resistiéndose, el profeta contestó a ese

mandato: « ¡Ah, Señor! Mira que mi alma no está contaminada... y respondiome: He aquí que en lugar de excremento humano te daré estiércol de bueyes, con el que cocerás tu pan.» Como no es costumbre comer pan cocido con semejante porquería, la mayor parte de los hombres creen que ese mandato es asqueroso e indigno de la Majestad Divina. No obstante, debemos confesar que la boñiga de buey y los diamantes del Gran Mogol son perfectamente iguales, no sólo ante los ojos del Ser Divino, sino también ante los ojos del verdadero filósofo, y en cuanto a los motivos que Dios tuvo para ordenar semejante condumio a su profeta no nos incumbe averiguarlos. Nos basta hacer ver que ese mandato, que nos parece extraño, no lo pareció tanto a los hebreos. Es cierto que la Sinagoga no permitía en la época de san Jerónimo la lectura de Ezequiel a los jóvenes hasta que cumplieran los treinta años. Ahora bien, estaba prohibida porque en el capítulo XVIII dice el profeta que el hijo no será responsable de las iniquidades del padre, y no se dirá: «Los padres han comido racimos verdes y los hijos tendrán denteras». Ello está en contradicción con Moisés, que en el capítulo XXVIII de los Números afirma que los hijos participarán de la iniquidad de los padres hasta la tercera y cuarta generaciones. Ezequiel, en el capítulo XX, hace decir al Señor que dio a los judíos preceptos que no son buenos. Por esto la Sinagoga prohibía a los jóvenes una lectura que podía poner en duda las leyes de Moisés.

Los críticos de nuestros días extrañan más aún el capítulo XVI de Ezequiel, por la manera que el profeta trata de dar a conocer las abominaciones de Jerusalén, a la que describe el Señor como una prostituta: «Tus pechos crecieron, y tu vello brotó y tú estabas desnuda y confusa. Al pasar te miré y he aquí que tu edad era la edad de los amores: extendí sobre ti un manto y cubrí tu desnudez; y dite juramento y fuiste mía. Te lavé, te perfumé, te vestí y te calcé bien; te di un manto, te puse brazaletes y un collar, pendientes en las orejas y corona en la cabeza. Envanecida con tu hermosura, te prostituiste y te ofreciste lujuriosa a todo el que pasaba; en toda encrucijada de camino pusiste tú la señal de prostitución y abriste las piernas a todo pasajero, y pecaste con los egipcios; no satisfecha con esto, has pagado a tus amantes y les has hecho regalos, y pagando en vez de ser pagada obraste al revés que las demás prostitutas.» Los críticos se indignan aún ante lo que dice Ezequiel en el capítulo XXIII. Una madre tenía dos hijas que perdieron su virginidad prematuramente; la mayor se llamaba Oolla y la menor Ooliba: «Oolla se holgaba con los señores jóvenes, los magistrados y los varones de viso, y se acostaba con los egipcios desde su adolescencia. Ooliba fornicó más con oficiales, magistrados y caballeros de poderoso miembro, y era tan libidinosa que iba buscando el abrazo de quienes tenían el miembro tan grande como los asnos y eyaculaban tanto semen como los caballos». Estas descripciones, que indignan a los espíritus mojigatos, sólo son alegorías de las iniquidades de Jerusalén y de Samaria. Esta forma de expresarse que hoy nos

parece libre, entonces no lo era. Similar candidez se encuentra en muchos pasajes de la Biblia. Los vocablos utilizados para describir el coito de Booz con Rut, y de Judá con su cuñada, no son deshonestos en hebreo; en cambio, lo serían en las lenguas modernas. No nos cubrimos con manto si no nos avergüenza nuestra desnudez. ¿Cómo era posible, en aquellos tiempos, ruborizarse al pronunciar la palabra testículos cuando tocaban los de las personas a quienes hacían una promesa, cuando era una muestra de respeto y símbolo de fidelidad, como antiguamente entre nosotros los antiguos señores feudales ponían las manos entre las del soberano?

Las naciones modernas traducen los testículos por piernas: Eliazar pone la mano en la pierna de Abrahán, y José pone la mano en la pierna de Jacob. Esta costumbre era muy antigua en Egipto. Los egipcios ni por asomo creían que era indecente lo que nosotros no nos atrevemos a nombrar ni enseñar; llevaban en procesión un miembro viril de gran tamaño que llamaban falo, para dar gracias a los dioses de haberles dotado de ese miembro para la propagación del género humano. Ello prueba que nuestra decencia no es la misma de los pueblos antiguos, y que es preciso dejar de lado los prejuicios cuando leemos autores antiguos o viajamos por naciones remotas. La naturaleza es la misma en todas partes, pero los usos y costumbres son distintos.

Un día me encontré en Amsterdam con un rabino que se sabía la Biblia al dedillo, y hablando conmigo me dijo: «Amigo mío, os debemos estar agradecidos por haberos ocupado de la sublimidad de la ley mosaica, del condumio de Ezequiel y sus edificantes actitudes sobre el costado izquierdo. Oolla y Ooliba son dos tipos admirables y simbolizan que un día el pueblo judío será dueño del mundo. Mas, ¿por qué habéis omitido otros tipos que son poco más o menos de la misma fuerza? ¿Por qué no habéis descrito al Señor cuando dijo al sabio Oseas, desde el segundo versículo del primer capítulo: «Oseas, toma una prostituta y hazle hijos». Estas son sus palabras. Oseas cohabitó con la joven y tuvo dos varones y una hembra. Más aún, el Señor, en el tercer capítulo, le dice: «Busca una mujer que no sólo sea disoluta, sino adúltera». Oseas obedeció, pero la obediencia le costó quince escudos y fanega y media de cebada, porque ya sabéis que en la tierra prometida había poco trigo. ¿Podéis explicarme lo que todo eso simboliza?» No, le contesté. Un sesudo sabio que nos oyó hablar, se acercó y dijo que todo eran ficciones ingeniosas y agradables. Un joven muy instruido, dirigiéndose a él, le replicó: «Si os gustan las ficciones, creedme, debéis dar preferencia a las de Homero, Virgilio y Ovidio, pues al que le gusten las profecías de Ezequiel merece participar de su condumio».

**EZUR-VEIDAM.** El Ezur-Veidam, que está en la biblioteca del rey de Francia, es el comentario que un brahmán compuso en tiempos remotos, antes de la época de Alejandro, sobre otro Veidam que era menos antiguo que el

libro del Chasta. No me cansaré de insistir que debemos respeto a los hindúes como pueblo antiquísimo que inventó el juego del ajedrez y enseñó a los griegos la geometría. El Ezur-Veidam lo tradujo un brahmán, corresponsal de la desafortunada compañía de las Indias. Me trajeron esa traducción al monte Krapack, donde residí algún tiempo, y lo regalé a la Biblioteca Real de París, porque está mejor que en mi casa. Quienes lo consulten se enterarán por dicho libro que, después de muchas revoluciones que obró el Eterno, le plugo crear un hombre que se llamó Adimo y una mujer cuyo nombre significaba vida. ¿Esta narración hindú está tomada de los libros hebreos, o los hebreos la copiaron de los indios? ¿Puede decirse que es original de unos y otros, y que las imaginaciones coinciden muchas veces? Los hebreos no pueden creer que sus antecesores copiaran nada de los brahmanes, de los que nunca habían oído hablar. No nos es lícito creer respecto a Adán más de lo que creen los hebreos; por lo tanto, callo y no pienso.

## F

**FÁBULA.** Es probable que ciertas fábulas del tipo de las atribuidas a Esopo, aunque más antiguas que éste, las inventaran en Asia los primeros pueblos que fueron subyugados. Los hombres libres no tienen necesidad de encubrir la verdad y a los tiranos sólo se les puede hablar valiéndose de parábolas, y aun este recurso es peligroso. También es verosímil que, sabiendo que el hombre gusta de imágenes y cuentos, las personas de ingenio se entretuvieran en reproducirlos sin más intención que ésta. Sea como fuere, la pura fábula es más antigua que la historia. Los hebreos, que podemos decir constituyen una población reciente si los comparamos con Caldea y Tiro, pero muy antigua si lo hacemos con nosotros, tienen fábulas semejantes a las de Esopo desde la época de . los Jueces, o sea dos mil ciento treinta y tres años antes de nuestra era.

En el libro de los Jueces se dice que Gedeón tuvo sesenta hijos «porque tuvo muchas mujeres», y además tuvo de una esclava otro hijo llamado Abimelech. Éste mató con la misma piedra a sesenta y nueve hermanos suyos, y los judíos, sintiendo respeto y admiración por Abimelech, le eligieron rey y le coronaron debajo de una encina cerca de la localidad de Mello, desconocida en la historia de Johatán, el más joven de sus hermanos y el único que escapó de la matanza (como ocurre siempre en las historias antiguas). Abimelech arengó a los judíos y les dijo que los árboles se reunieron andando para elegirse rey. Nadie creerá que los árboles puedan andar, pero si hablan también se les puede permitir que den pasos. Primeramente se dirigieron al olivo, y le dijeron: «Reina tú». El olivo les respondió: «No quiero privarme de hacer

aceite para reinar sobre vosotros». La higuera les contestó que prefería sus higos a las inquietudes del poder supremo. La vid también prefirió sus racimos. Finalmente, los árboles ofrecieron la corona al zarzal y éste les respondió: «Reinaré y me comprometo o ofreceros mi sombra, pero si os conjuráis contra mí del zarzal saldrá fuego y os devorará». Aunque esta fábula es falsa en el fondo, porque el fuego no sale de las zarzas, demuestra su antigüedad.

La del estómago y los miembros, que sirvió para apaciguar una sedición en Roma, hace unos dos mil trescientos años, es ingeniosa y sin defecto. Más antiguas son las fábulas, y más alegóricas. La antigua fábula de Venus, que refiere Hesíodo, ¿no es una alegoría de la naturaleza entera? El semen genital cae del éter a orillas del mar y Venus nace de esa preciosa simiente. Su primer nombre es Philometes, que significa amante del órgano de la generación. ¿Puede haber imagen más sensible? Venus es la diosa de la belleza, pero la belleza no es apetecible si no la acompañan las gracias. La belleza hace nacer el amor y el Amor tiene flechas que hieren los corazones: lleva una venda que oculta los defectos de la persona amada, está dotado de alas, acude con rapidez y huye con velocidad. El cerebro del señor de los dioses, Júpiter, concibe la sabiduría bajo el nombre de Minerva; el alma del hombre es un fuego divino que Minerva entrega a Prometeo, quien se sirve de él para animar al hombre.

Es imposible no reconocer en esas fábulas la pintura de la naturaleza entera. Otras muchas sólo son la deformación de historias antiguas o puros caprichos de la imaginación. Con las fábulas antiguas pasa lo mismo que en los cuentos modernos: las hay morales que encantan, y las hay inmorales completamente insulsas. Las fábulas de los pueblos antiguos que eran ingeniosas fueron toscamente imitadas por pueblos rudos. Por ejemplo, las de Baco, Hércules, Prometeo, Pandora y tantas otras que constituían la división del mundo antiguo. Los bárbaros, que oyeron hablar confusamente de ellas, las incluyeron en su mitología salvaje presumiendo de haberlas inventado. La fábula más hermosa de los griegos es la de Psiquis, y la más graciosa la de la matrona de Éfeso. La más ingeniosa entre las modernas es la de la Locura, que luego de sacar los ojos al Amor se vio condenada a servir de guía.

Las fábulas atribuidas a Esopo son alegorías o instrucciones dadas a los débiles para que se preserven de los fuertes, y las han agotado todos los países instruidos. La Fontaine, que las reviste del mayor gracejo, ha escrito unas ochenta que son obras maestras de ingenuidad, gracia, agudeza y, algunas veces, de poesía. La Fontaine es uno de los escritores más notables del siglo de Luis XIV, y su reputación ha eclipsado a los demás fabulistas franceses.

**FALSEDAD DE LAS VIRTUDES HUMANAS.** Cuando el duque de La Rochefoucauld hubo escrito sus pensamientos sobre el amor propio y puesto al descubierto este resorte del hombre, un señor Espíritu, del Oratorio, escribió

un libro capcioso titulado De la falsedad de las virtudes humanas. Ese Espíritu dice que no existe absolutamente ninguna virtud pero tiene la gracia de terminar cada capítulo remitiendo a la caridad cristiana. De este modo, según opina el señor Espíritu, ni Catón, ni Aristides, ni Marco Aurelio, ni Epicteto, eran buenas gentes y no se las puede hallar más que entre los cristianos. Además, en los cristianos sólo existe la virtud entre los católicos, y aun entre éstos habría que exceptuar a los jesuitas, enemigos de los oratorianos; en consecuencia, la virtud sólo puede encontrarse entre los enemigos de los jesuitas. Ese tal señor Espíritu empieza por decirnos que la prudencia no es una virtud y lo justifica diciendo que a menudo se equivoca. Es como si dijéramos que César no era un gran capitán porque fue vencido en Dyrrachium. Si el señor Espíritu fuese un filósofo no hubiera considerado la prudencia como una virtud, sino como un talento, como una cualidad útil feliz, pues un loco puede ser muy prudente y yo los he conocido de esta especie. O la furia de pretender que: « ¡Nadie tendrá virtud sino nosotros y nuestros amigos!» ¿Qué es la virtud, amigo mío? Es hacer el bien. Pues nos lo hace y ello es suficiente. Entonces, te disculparíamos el motivo. Si no, ¿qué? Según tú, no habría diferencia alguna entre el presidente De Thou y Ravailac, entre Cicerón y ese Popilio a quien había salvado la vida y le cortó la cabeza por dinero. ¿Y declararás tú que Epicteto y Porfirio fueron unos bribones por no haber seguido nuestros dogmas? Una insolencia tal, subleva. Y no digo más porque me indignaría.

**FANATISMO.** Es el efecto de una conciencia falsa que somete la religión a los caprichos de la fantasía y al desorden de las pasiones. Por lo general, proviene de que los legisladores han tenido miras mezquinas, o de que se excedieron de los límites establecidos por ellos. Sus leyes sólo eran adecuadas para una sociedad elitista. Extendiéndolas por celo a todo un pueblo, y llevándolas por ambición de un clima a otro debían haberlas corregido y acomodado a las circunstancias de los lugares y personas. Más, en realidad, sucedió que ciertos espíritus de carácter más acomodado al de la muchedumbre para la que se decretaron, recibíéndolas con gran entusiasmo se convirtieron en apóstoles e incluso en mártires de ellas, antes que dejar de cumplirlas al pie de la letra. Otros caracteres, por el contrario, menos fogosos, o más aferrados a los prejuicios de su educación, lucharon contra el nuevo yugo y sólo consintieron adoptarlos modificándolos. De aquí nació el cisma entre los rigoristas y los mitigados, que hace furiosos a unos y otros, a los primeros en favor de la esclavitud, y los segundos en favor de la libertad.

Figuraos una inmensa rotonda, un panteón con mil altares situados bajo la cúpula y dentro de ese inmenso edificio imaginaos un fiel de cada credo, extinguido o en vigor, a los pies de la Divinidad, honrando a su manera y en todas las formas caprichosas que la imaginación pudo crear. A la derecha hay un contemplativo, tendido sobre una estera, esperando con el ombligo al aire

que la luz celeste penetre en su alma; a la izquierda, un energúmeno prosternado golpeando el suelo con la frente, para que salga la tierra con abundancia. Aquí, un saltimbanqui que baila sobre la tumba del difunto que invoca; allá se divisa un penitente inmóvil y mudo como la estatua ante la que se humilla. Uno enseña lo que el pudor oculta, para que Dios no se ruborice de su semejanza; otro se tapa el rostro como si el Obrero tuviera horror de su obra. Este vuelve la espalda hacia Mediodía porque por esa parte sopla el viento del demonio; aquél tiende los brazos hacia Oriente, por donde Dios enseña su faz esplendorosa. Jóvenes doncellas, llorando, se arañan la carne todavía inocente para aplacar al demonio de la concupiscencia, de una manera capaz de excitarla; otras jóvenes, en posición del todo opuesta, solicitan aproximarse a la Divinidad. Un joven, con la idea de apaciguar el instrumento de la virilidad, lo oprime con anillos de hierro de un peso aproximado a sus fuerzas; otro, detiene la tentación en su origen mediante inhumana amputación y cuelga en el altar los despojos de su sacrificio. Salen del templo llenos del Dios que les agita y difunden el pavor y la ilusión por todo el orbe; se reparten el mundo y el fuego que los anima se enciende en sus cuatro extremidades. Los pueblos oyen y los reyes tiemblan. El imperio que el celo de un solo hombre ejerce sobre la multitud que le ve o le oye, el calor que las imaginaciones reunidas se comunican, los movimientos tumultuosos que acrecientan la perturbación de cada uno contagian el vértigo general a todos. Basta que un pueblo encantado vaya detrás de algunos impostores para que la seducción multiplique los prodigios y se extravíe todo el mundo. El espíritu humano, cuando sale una vez de las vías luminosas de la naturaleza, no vuelve a entrar en ellas; vaga errante en derredor de la verdad sin encontrar más que resplandores que, confundiéndose con las falsas claridades con que la superstición la rodea, acaban por sumergirle en las tinieblas.

Nos horroriza examinar cómo la creencia de apaciguar al cielo con la muerte, cuando se introdujo, se esparció universalmente por casi todas las religiones, que multiplicaron los motivos de llevar a cabo el sacrificio con el fin de que nadie escapara de la inmolación. Unos pueblos inmolaban sus enemigos a Marte exterminador, como los escitas que degollaban en sus altares uno de cada cien prisioneros; en otros pueblos sólo se hacían la guerra para capturar víctimas destinadas a los sacrificios. Unas veces, el dios bárbaro pedía que sacrificaran a los hombres justos y los getas se disputaban el honor de llevar a Zamolxis los deseos de la patria: el que tenía la suerte feliz de ser destinado al sacrificio se arrojaba sobre unas lanzas plantadas en el suelo. Si resultaba herido mortalmente al caer sobre ellas, indicaba un buen augurio para la negociación, pero si sobrevivía a las heridas era un malvado, del que dios no debía hacer caso.

Otros pueblos sacrificaban a los niños porque sus dioses pedían la vida que le acababan de dar. Sacrificaban su propia sangre. Los cartagineses inmolaban

sus hijos a Saturno, como si el tiempo no los devorara demasiado pronto. Ofrecían un sacrificio sangriento, como el de Amestris, que ordenó enterrar doce hombres vivos para obtener de Plutón más larga vida. La misma Amestris sacrificó además a la insaciable divinidad catorce niños de las principales familias de Persia, porque los sacrificadores siempre hicieron creer a los hombres que debían ofrecer en los altares lo que más apreciaban. Fundándose en este principio, algunos pueblos inmolaban a los primogénitos y otros los rescataban con ofrendas, que reportaban más utilidad a los ministros del sacrificio. Esto fue sin duda, lo que hizo implantar en Europa la costumbre que duró unos siglos de consagrar al celibato los niños desde la edad de cinco años, y la de destinar al claustro a los hermanos del príncipe heredero, en vez de degollarlos como en Asia. Los hindúes, el pueblo más hospitalario del mundo, se preciaban de matar a los extranjeros virtuosos y sabios que llegaban a su país, con objeto de que quedaran allí sus virtudes y su talento, con lo que derramaban la sangre más pura. Entre los pueblos idólatras, los sacerdotes desempeñaban en el altar el oficio de verdugos, y en Siberia mataban a los sacerdotes para que fueran al otro mundo a rezar por el pueblo, pensando que vertían la sangre más sagrada. Todavía se perpetraron locuras más horribles. Para ir a Asia los europeos pasaban por un camino de los judíos inundado de sangre, quienes con sus manos se degollaban para no caer en poder de sus enemigos. Esa locura despobló la mitad del mundo habitado: reyes, pontífices, mujeres, niños y ancianos, todos se entregaron al vértigo sagrado que hizo degollar durante dos siglos a innumerables pueblos sobre el sepulcro de un Dios de paz. Fue entonces cuando aparecieron oráculos falsos, ermitaños guerreros, monarcas en los púlpitos y prelados en los campos, borrándose todos los estamentos y confundándose entre la plebe insensata. Salvaron montañas y mares, y abandonando legítimas posesiones fueron en pos de conquistas que no eran la tierra prometida. Se corrompieron las costumbres bajo cielos extranjeros, y los príncipes, tras esquilmar sus reinos para rescatar un país que nunca les había pertenecido, acabaron por arruinarlos. Millares de soldados, descarriados bajo la égida de muchísimos jefes, acabaron por no reconocer a ninguno y desertando apresuraron su derrota. Esa terrible demencia fue sustituida por un contagio más horrible todavía.

El fanatismo mantenía el furor de conquistas lejanas, y apenas Europa se había restablecido de sus pérdidas cuando el descubrimiento de un nuevo mundo aceleró la ruina del nuestro. Con la terrible divisa de Conquistad y sojuzgad, desolaron América y exterminaron a sus habitantes; en vano se afanan Africa y Europa para repoblarla, porque habiendo agitado a los hombres el veneno del oro y del placer, el mundo fue quedando desierto y se vio amenazado de estarlo más cada día por las continuas guerras que movió en nuestro continente la ambición de conquista en aquellos territorios extranjeros. Recordemos los millares de esclavos que hizo el fanatismo en Asia donde

llamarse cristiano era un crimen, y en América, donde el pretexto del bautismo ahogó a la humanidad. Rememoremos los millares de hombres que murieron en los patíbulos en siglos de persecución, o en guerras civiles a mano de sus conciudadanos, o a sus propias manos mediante excesivas maceraciones. Recorramos la superficie de la Tierra y tras echar una ojeada a los diversos estandartes desplegados en nombre de la religión, en España contra los moros, en Francia contra los turcos, en Hungría contra los tártaros, tras examinar las diferentes órdenes militares establecidas para combatir infieles a sablazo limpio, fijemos nuestra mirada en ese tribunal siniestro instituido contra los inocentes y los desgraciados para juzgar a los vivos, como Dios ha de juzgar a los muertos, pero con muy distinta balanza. En resumen, examinemos todos los horrores perpetrados durante quince siglos, renovados muchas veces en uno solo; los pueblos sin defensa degollados al pie de los altares, los reyes muertos por el veneno o el puñal, un vasto estado reducido a la mitad por sus ciudadanos, la espada desenvainada entre el padre y el hijo, los usurpadores, los tiranos, los verdugos, los parricidas y los sacrílegos conculcando todas las convenciones divinas y humanas por espíritu de religión y tendremos escrita la historia del fanatismo y sus hazañas.

La palabra fanático tenía distinta acepción en un principio. Fanáticus fue un título honorífico: significa servidor o bienhechor de un templo. Según dice el Diccionario de Trévoux, los arqueólogos han encontrado inscripciones en que los romanos importantes usaban el título de fanaticus. En la alocución de Cicerón pro domo sua, figura un pasaje en el que la voz fanaticus me parece difícil de explicar. El sedicioso Clodio, que hizo desterrar a Cicerón por haber salvado a la república, no sólo saqueó y derribó las casas que poseía aquel gran hombre, sino que con la idea de que éste no volviera a entrar nunca en su casa de Roma declaró sagrado el terreno que aquélla ocupaba, y los sacerdotes edificaron en él un templo a la Libertad, o mejor, a la esclavitud, en la que César, Pompeyo, Craso y Clodio tenían entonces sumida a la república. ¡De esa manera en todas las épocas sirvió la religión para perseguir a los hombres! En fin, cuando en días más felices levantaron el destierro a Cicerón éste abogó ante el pueblo para conseguir que le devolvieran el terreno que ocupaba su casa y que edificaron a expensas del pueblo romano. He aquí cómo se expresa en su parlamento contra Clodio (Oratio pro domo sua, cap. XL): «Aconsejad, pontífices, a ese hombre religioso; persuadidle de que hasta la misma religión tiene sus límites, y que no deben ser tan celosos. ¿Qué necesidad tenéis, vos que sois consagrador, vos que sois fanático de recurrir a supersticiones de vieja beata para asistir a un sacrificio que tenía lugar en una casa extraña?»

El vocablo fanaticus, empleado como hace Cicerón, ¿significa insensato y abominable fanático, como lo entendemos hoy, o también consagrador, devoto y bienhechor de los templos? Esa palabra, ¿expresa aquí una injuria o una alabanza irónica? No sé lo suficiente para decidirlo. Cicerón alude en ese

pasaje a los misterios de la buena diosa que Clodio profanó, disfrazado de mujer y acompañado de una vieja, entrando en casa de César con el fin de acostarse con la esposa de éste. Por tanto, es evidente que empleó esa palabra con ironía. Antes llamó a Clodio hombre religioso; la ironía, pues, debe ser mantenida en todo ese pasaje. Cicerón se vale de términos honoríficos para mejor hacer sentir la vergüenza de Clodio. El Diccionario de Trévoux dice también que las antiguas crónicas de Francia llamaban a Clovis fanático y pagano. El lector tal vez desearía que nos hubieran señalado esas crónicas. Confieso que no he podido encontrar dichos calificativos aplicados a Clovis en los pocos libros que tengo en el monte Krapack, en donde me hallo.

Por fanatismo se entiende hoy una locura religiosa, sombría y cruel. Es una enfermedad del espíritu que se contrae como la viruela. Los libros la contagian menos que las asambleas y los discursos. Rara vez nos acaloramos leyendo, porque entonces estamos sosegados. Pero cuando el hombre ardiente e ingenioso se dirige con exaltación a imaginaciones débiles, sus ojos centellean y el fuego de sus miradas, de su voz y de sus ademanes se comunica y desata los nervios del auditorio. Exclama: Dios os está mirando, sacrificadle lo que es humano; combatid los combates del Señor, y lanza a la lucha a sus oyentes. El fanatismo es a la superstición lo que el delirio a la fiebre, lo que el furor a la cólera. El que tiene éxtasis, visiones, el que toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías, es un entusiasta; el que sostiene su locura por medio del asesinato es un fanático. Juan Díaz, luterano afincado en Nuremberg, convencido de que el papa era el Anticristo, sólo era un entusiasta; su hermano, Bartolomé Díaz, que salió de Roma para asesinar por el amor de Dios a su hermano, y que efectivamente le mató, fue uno de los fanáticos más abominables que la superstición jamás pudo formar. Poliecto, que en un día de solemnidad religiosa se presenta en el templo para derribar y destruir las estatuas de los dioses, es un fanático menos horrible que Díaz, pero tan necio como él. Los asesinos del duque Francisco de Guisa, de Guillermo, príncipe de Orange, de los reyes Enrique III y Enrique IV y de otros personajes, fueron energúmenos afectos de la misma rabia que Díaz. El ejemplo más horrendo de fanatismo que ofrece la historia fue el que dieron los habitantes de París la noche de San Bartolomé, despedazando, degollando y arrojando por las ventanas a sus conciudadanos que no iban a misa.

También hay fanáticos que conservan la sangre fría. Pertenecen a esa clase los jueces que condenan a muerte a quienes no han cometido más delito que no pensar como ellos. Y son más culpables y dignos de que los excrete el género humano porque no obran ofuscados y por un arrebató de furor, como Clement, Chatel, Ravailac, Gérard y Damiens, sino por no escuchar la voz de la razón. Cuando el fanatismo gangrena el cerebro, la enfermedad es casi incurable. He visto fanáticos que al hablar de los milagros de un santo les centellean los ojos, les tiemblan las extremidades, el furor les desfigura el

rostro y matarían al que se atreviera a contradecirles. El único remedio para curar esa enfermedad epidémica es un espíritu razonador que, difundándose cada día más, suavice las costumbres humanas y evite los accesos del mal, porque desde que esa enfermedad hace progresos es preciso huir de ella y esperar a que el aire se purifique. Las leyes y la religión son insuficientes para frenar la peste de las almas; la religión, en vez de ser para ellas un alimento saludable, se torna en veneno en los cerebros inficionados. Esos miserables tienen siempre en la memoria el ejemplo de Aod, que asesina al rey Eglón; el de Judit, que corta la cabeza a Holofernes, estando acostado con él; el de Samuel que descuartiza al rey Agag... No consideran que esos ejemplos, todo lo respetables que se quiera en la Antigüedad, son detestables en la época actual, y sacan sus furiosos de la religión que los condena. Las leyes todavía son más impotentes contra los accesos de rabia; es como si leáis un decreto del consejo a un frenético. Los fanáticos están convencidos de que el Espíritu Santo, que los inspira, es superior a las leyes, y que el entusiasmo es la única ley que debe dirigirles. ¿Qué se puede responder al hombre que dice que prefiere obedecer a Dios que a los hombres, y que, por consiguiente, está seguro de merecer el cielo degollándoos? Casi siempre los ladinos guían a los fanáticos y ponen el puñal en sus manos. Se parecen al Viejo de la Montaña, que hacía, dicese, gozar las alegrías del paraíso a los imbéciles y les prometía una eternidad de placeres, del que había hecho concebir el deleite anticipado, bajo la condición de que asesinaran a las personas que nombrara. Sólo hay una religión en el mundo a la que no ha manchado el fanatismo: la de los hombres ilustrados de China. Las sectas de los filósofos no sólo estuvieron libres de esa peste, sino que fueron un remedio eficaz contra ella, porque el objeto de la filosofía es otorgar tranquilidad al alma, y el fanatismo es incompatible con la tranquilidad. Si ese furor infernal inficionó con frecuencia nuestra santa religión, sólo debe achacarse a la locura humana.

Los fanáticos no siempre participan en los combates del Señor, ni siempre asesinan reyes y príncipes. Algunos de ellos son tigres, pero la mayoría son zorros. Los fanáticos de la Curia de Roma tejieron una trama de necedades y calumnias contra los fanáticos afectos al credo de Calvino, y los jesuitas contra los jansenistas, et vicissim, y si nos remontamos más alto, veremos que la historia eclesial, que es la escuela de las virtudes, es también la de las maldades que cometieron unas confesiones contra otras. Todas ellas tienen en los ojos la misma venda, ya cuando se trata de incendiar las ciudades y burgos de sus adversarios, ya cuando se trata de degollar a los habitantes, ya cuando sencillamente se proponen engañar, enriquecerse y dominar. Las ciega el mismo fanatismo y creen que obran bien. Leed, si es posible, los cinco o seis mil volúmenes de reproches que los jansenistas y los molinistas se hicieron unos a otros durante cien años acerca de sus granjerías, y os convenceréis de que dejan chiquitos a Scapin y a Trivelin. Una de las bribonerías teológicas es,

en mi opinión, la que hizo un obispo vizcaíno, según el relato (algún día encontraremos su nombre y obispado). Parte de su diócesis pertenecía a Vizcaya y parte a Francia. En territorio francés había una parroquia que habitaron antiguamente algunos moros de Marruecos. El señor de la parroquia no era mahometano, sino un buen católico, como todo el universo debe serlo, pues el vocablo católico significa universal. Al obispo en cuestión se le hizo sospechoso aquel pobre señor que sólo el bien se ocupaba de hacer, de abrigar malas ideas y malos sentimientos, de ser hereje. Le acusó de haber dicho, en broma, que lo mismo había personas honradas en Marruecos que en Vizcaya, y que el marroquí honrado no podía ser enemigo del Ser Supremo, que es padre de todos los hombres. El fanático obispo escribió una carta muy larga al rey de Francia soberano del pobre señor de la parroquia, suplicándole que trasladara la residencia de aquella oveja infiel a Bretaña o Normandía, donde quisiera Su Majestad, para que no continuara inficionando a los vascos con sus ofensivas burlas. El rey de Francia y su consejo se burlaron, como merecía, del obispo extravagante. El prelado vizcaíno, que se enteró tiempo después que su oveja francesa estaba enferma, prohibió al cura de la parroquia que le administrara la comunión si el enfermo no firmaba una cédula de confesión en que constara que no estaba circuncidado, condenaba de corazón la herejía de Mahoma y demás herejías, y pensaba en todo como el obispo vizcaíno. Las cédulas de confesión estaban de moda en aquella época, pero el moribundo llamó a su casa al cura, que era un borracho imbécil, y le amenazó con hacerle ahorcar por el Parlamento de Burdeos si no le daba inmediatamente el Viático, que necesitaba sin pérdida de tiempo. El cura tuvo miedo y lo administró, y el moribundo, tras la ceremonia, declaró ante testigos que el obispo le había calumniado ante el rey acusándole de ser afecto a la religión musulmana, cuando él era buen cristiano y el obispo un calumniador; luego firmó esta declaración ante notario y se sintió mejor, recobrando a poco la salud hasta que la tranquilidad de su conciencia le curó del todo. Resentido el obispo de que un viejo moribundo se burlara de él, resolvió vengarse y he aquí lo que hizo. Al cabo de quince días hizo falsificar una profesión de fe del ex enfermo que el cura aseguraba haberle oído, la firmó e hizo firmar a tres o cuatro campesinos que no habían asistido a la administración del sacramento. El acta que extendió, en la que no constaba la firma de la parte interesada, firmada por desconocidos y que desautorizaron testigos verdaderos, era visiblemente un delito de falsedad, y como se perpetraba en materia de fe pudo muy bien llevar al cura y a los falsos testigos a las galeras en este mundo, y al infierno en el otro. El señor de la parroquia, que era un guasón, pero no tenía mala idea se compadeció del alma y del cuerpo de aquellos miserables y en vez de hacerles comparecer ante la justicia humana se contentó con ponerlos en ridículo, declarando que haría imprimir, para que se publicara después de su muerte, toda la intriga del obispo, acompañada de las pruebas, para que sirviera de

diversión a los lectores que gustan de las anécdotas. Pero volvamos al fanatismo.

La rabia del proselitismo y el furor de convertir a los incrédulos fue lo que llevó a los jesuitas Castel y Routh junto al lecho del célebre Montesquieu, cuando éste se hallaba moribundo. Estos dos energúmenos se jactaron de haberle convencido de los méritos de la contrición y de la gracia suficiente. «Le hemos convertido —decían ellos—. En el fondo era un bendito y amaba mucho a la Compañía de Jesús. Nos ha costado trabajo hacerle reconocer ciertas verdades fundamentales, pero como en semejantes momentos se tiene siempre el espíritu más claro, terminamos por convencerle.» Este fanatismo de convertidor es tan fuerte que el fraile más disoluto dejará su querida para ir a convertir un alma al otro extremo de la ciudad. Ludlow, más entusiasta de la libertad que fanático de la religión, y que odiaba más a Cromwell que a Carlos 1, refiere que las milicias del Parlamento siempre eran derrotadas por las tropas del rey al principio de la guerra civil. Cromwell le dijo al general Fairfax: «¿Cómo queréis que mozos de cuerda y jóvenes tenderos indisciplinados resistan a soldados pertenecientes a la nobleza, animados por el fantasma del honor? Presentémosles el fanatismo, que es un fantasma mayor que aquél. Si nuestros enemigos pelean por el rey, convencemos a nuestras gentes que combaten por Dios. Si me autorizan, levantaré un regimiento de hermanos asesinos y os garantizo que haré de ellos fanáticos invencibles». Efectivamente, formó un regimiento compuesto de hermanos sanguinarios, locos melancólicos, e hizo de ellos tigres obedientes. El mismísimo Mahoma lo hubiera querido así. Mas para inspirar semejante fanatismo es preciso que acompañe el espíritu de la época. En vano el Parlamento de París trataría hoy de levantar un regimiento de soguillas y menestrales; ni siquiera podría contar con diez verduleras. Sólo los hábiles pueden hacer fanáticos y dirigirlos; no basta con ser bribón y audaz.

**FE.** Un día, el príncipe Pico de la Mirándola se encontró con el papa Alejandro VI en casa de la cortesana Emilia. En aquellos días, Lucrecia, hija del pontífice, guardaba cama después de haber dado a luz mientras aún no se sabía en Roma si el niño era hijo del papa o del vástago de éste el duque de Valentinois, o del marido de Lucrecia, Alfonso de Aragón que según fama era impotente. La conversación que medió entre ambos fue muy amena y el cardenal Bembo nos refiere parte de ella. «Príncipe Pico —le dijo el Papa—, ¿quién crees que es el padre de mi nieto?» «Creo que es vuestro yerno», respondió el príncipe. «¿Cómo puedes creer semejante tontería?» «La fe me lo hace creer.» «¿Ignoras que el impotente no puede tener hijos?» «La fe consiste —replicó el príncipe— en creer cosas imposibles; además, el honor de vuestra casa exige que el hijo de Lucrecia no se considere como fruto de un incesto. Misterios más incomprensibles me habéis hecho creer. ¿No debo convencerme de que habló una serpiente, que desde entonces quedó la humanidad

condenada, que la borrica de Balaán habló con elocuencia y que las murallas de Jericó cayeron al suelo por el son de las trompetas?» El príncipe recitó a continuación un rosario de todas las cosas admirables que creía y Alejandro se dejó caer en un sofá, sin poder contenerse de risa. «Creo todo eso como tú —decía, sin cesar de reír—, porque sé muy bien que si no me salva la fe no me salvarán mis buenas obras.» « ¡Ah, Santo Padre! —le contestó el príncipe—. No necesitáis buenas obras ni fe, esto sólo lo necesitan los pobres profanos como yo. Vos, que sois el representante de Dios, podéis creer y hacer lo que os plazca, tenéis las llaves del cielo, y no cabe duda de que san Pedro no os dará con la puerta en las narices. Pero yo confieso que necesitaría poderosa protección si, siendo un pobre príncipe, me hubiera holgado con mi hija y hubiera usado el puñal y el veneno con tanta frecuencia como Vuestra Santidad.» Alejandro VI, dejando de reír, dijo al príncipe: «Hablemos seriamente. Decidme, ¿qué mérito puede tener decir a Dios que estamos convencidos de cosas que es imposible convencernos? Entre nosotros, decir que creemos lo imposible de creer es mentir». Pico de la Mirándola, al oír esto, se persignó, exclamando: «Vuestra Santidad me perdone, pero no sois cristiano». «No lo soy», dijo el Papa. «Me lo figuraba», repuso el príncipe.

¿Qué es la fe? ¿Es creer lo que parece evidente? No, a mí me parece evidente que existe un Ser necesario, eterno, supremo e inteligente, pero esto no es fe, es raciocinio. No tengo ningún mérito en pensar que ese Ser eterno, infinito, que es la virtud y la bondad, quiere que yo sea virtuoso y bueno. La fe consiste en creer, no lo que parece verdad, sino en lo que parece falso a nuestro entendimiento. Los asiáticos sólo por la fe pueden creer el viaje que hizo Mahoma por los siete planetas, las encarnaciones del dios Fo, las de Visnú, las de Xaca, de Brahma, etc., y someten su entendimiento, tienen miedo de examinar y, como no quieren ser empalados, ni quemados, dicen: «Creo:D. Lo mismo sucede a los cristianos: su fe en las cosas que no entienden se funda en las cosas que entienden; tienen motivos de credibilidad. Si Jesucristo obró milagros en Galilea, luego debemos creer lo que dijo, y para saber lo que dijo es preciso consultar la Iglesia. Esta ha decretado que los libros que hablan de Jesucristo son auténticos, por tanto es preciso creer esos libros. Ellos nos dicen que quien no escucha a la Iglesia debe ser considerado como publicano o pagano; así, debemos escuchar a la Iglesia para no ser desterrados como intendentes generales prevaricadores y debemos someterle nuestra razón, no por credulidad infantil o ciega, sino por la creencia dócil que la misma razón autoriza. Tal es la fe cristiana y sobre todo la fe romana, que es la fe por excelencia. La fe luterana, calvinista y anglicana, son execrables.

**FIGURA EN TEOLOGÍA.** Es innegable, y convienen en ello muchos hombres devotos, que el uso de figuras y alegorías en esta materia se ha llevado demasiado lejos, o se ha abusado de ellas. Es indudable que decir, como aseguran algunos padres de la Iglesia, que el trozo de tela roja que puso

en su ventana la meretriz Rahab para avisar a los espías de Josué simboliza la sangre de Jesucristo, es un abuso del espíritu religioso, que en todo quiere encontrar misterio. Es cierto que san Ambrosio, en su libro De Noé y del Arca, emplea con escaso gusto la alegoría cuando dice que la portezuela del arca tenía la figura del ano, por el que salen los excrementos. Las personas sensatas se extrañan de que hayan tratado de probarnos que los vocablos hebreos maher-salat-hasbas (tomad pronto los despojos), representen la figura de Jesucristo; que Moisés, tendiendo las manos hacia el cielo durante la batalla contra los medianitas, simbolice también a Jesús; que Judá, atando su asno a la vid y lavando su mano con vino represente también una figura alegórica; que Rut, acostada con Booz, sea una representación de la Iglesia; que Sara y Raquel figuren ser la Iglesia, y Agar y Lía la Sinagoga, y que los besos de la Sulamita en la boca figuren el desposorio de la Iglesia. Podríamos escribir un volumen de símbolos parecidos que muchos teólogos modernos califican de fantasiosos más que de edificantes. El peligro de este abuso lo reconoce categóricamente el abate Fleury en su Historia eclesiástica. Este abuso es una reminiscencia del rabinismo defecto en el que nunca incurrió el sabio san Jerónimo. Este abuso se parece a la interpretación de los sueños, a la quiromancia. Cuando una doncella, soñando, veía agua turbia y burbujeante, era augurio de que su matrimonio sería desgraciado, y cuando la veía clara, que encontraría un buen marido; la aparición de una araña auguraba tener dinero... ¿Podrá creer la posteridad ilustrada que durante cuatro mil años se han estado haciendo estudios serios sobre la interpretación de los sueños?

Figuras simbólicas. Todas las naciones las han utilizado, pero, ¿cuál de ellas fue la primera? No es fácil que fueran los egipcios, pues más de una vez hemos probado que Egipto no es un país muy antiguo y necesitó siglos para preservar su territorio de las inundaciones y hacerlo habitable. Es imposible que los egipcios idearan los signos del Zodíaco, porque las figuras que designan las épocas de nuestras sementeras y siegas no coinciden con las suyas. Cuando segamos las mieses, su región está llena de agua, y cuando nosotros sembramos, ellos están próximos a recoger las cosechas. El toro de nuestro Zodíaco y la hija cargada de espigas no pueden tener su origen en Egipto. Eso es prueba evidente de la falsa teoría que afirma que los chinos son una colonia egipcia. Sus caracteres son diferentes. Los chinos marcan el curso del sol mediante veintiocho constelaciones, y los egipcios, copiándolo de los caldeos, contaban doce al igual que nosotros. Las figuras que designan a los planetas son, en China y las Indias, distintas de las de Egipto y Europa, como es diferente la manera de llevar la mano cuando escribimos. Por tanto, es pura quimera pretender que los egipcios fueron a poblar China. Todas las fundaciones fabulosas que tuvieron lugar en épocas también fabulosas, hicieron perder un tiempo precioso a muchísimos sabios, que se han perdido en laboriosas indagaciones y que hubieran podido ser útiles al género humano

dedicándose al estudio de las artes verdaderas.

Pluche, en su historia, o mejor, en su fábula del cielo, nos asegura que Cam, hijo de Noé, fue a reinar a Egipto, donde no había nadie; que su hijo Menes fue el mayor de los legisladores y Thaut su primer ministro. Según dicho autor, Thaut, u otro ministro, instituyó las fiestas en honor del diluvio, y que el grito de júbilo Io Bacché, tan famoso entre los griegos, era grito de lamentación entre los egipcios. Bacché derivaba del vocablo Beke, que significa sollozos, y este origen se atribuye en una época en que el pueblo hebreo aún no existía. Ciñéndonos a su explicación, diremos que júbilo quiere decir tristeza, y cantar significa llorar. Los iroqueses, más sensatos, no han tratado de informarse de lo que aconteció en el lago de Ontario hace unos miles de años y se dedican a la caza en vez de entregarse a exponer sistemas. Los mismos autores aseguran que las esfinges que adornaban Egipto significan superabundancia, porque los intérpretes han aseverado que el vocablo hebreo spang significaba exceso, como si la lengua hebraica, que en gran parte deriva de la fenicia, hubiera servido de módulo a Egipto. Además, ¿qué relación hay entre la esfinge y la abundancia de agua? Los intérpretes futuros pueden sostener un día con tanta verosimilitud como los intérpretes del pasado, que los mascarones que adornan la clave de las cimbras de nuestras ventanas son alusiones a nuestras mascaradas, y que dichos adornos anunciaban que se daban bailes en todas las casas que decoraban.

**FILIBUSTEROS.** No sabemos la etimología de filibusteros no obstante, la generación pasada nos ha referido las hazañas que realizaron y estamos hablando de ellos todos los días. En vista de esto, hay que desconfiar de los orígenes y las etimologías que creemos haber encontrado. Los filibusteros empezaron a aparecer en la época del cardenal Richelieu, cuando españoles y franceses aún se aborrecían porque Fernando el Católico se había burlado de Luis XII y porque Francisco I fue hecho prisionero en la batalla de Pavía, cuando ese odio era tan intenso que el falso autor de la historieta política, que tomó el nombre de cardenal Richelieu, se atrevió a llamar a los españoles «nación insaciable y pérfida que convertía las Indias en tributarias del infierno», cuando Francia no tenía posesiones en América y barcos españoles llenaban los mares. Los filibusteros fueron al principio aventureros franceses que apenas llegaron a ser corsarios. Uno de ellos, apellidado Le Grand, natural de Dieppe, asociándose con cincuenta corajudos, fue a probar fortuna con una embarcación que ni siquiera tenía cañones. Un día, al ver un galeón que se había separado de la flota española, se arrimó a él fingiendo ser su patrón e iba a venderle mercaderías, y escaló el navío seguido de los suyos. Entró en la cámara donde el capitán estaba jugando a las cartas, le hizo prisionero con toda la tripulación y regresó a Dieppe con el galeón cargado de riquezas. Esa aventura fue el principio de cuarenta años de hazañas inauditas. Filibusteros franceses, ingleses y holandeses se reunían en las cuevas de Santo Domingo y

de las pequeñas islas de San Cristóbal y Tortuga, y elegían un jefe para cada expedición. Este fue el origen primitivo de los reyes. Si en vez de filibusteros se hubieran reunido labradores, no habrían necesitado un señor, porque éste no hace falta para sembrar trigo, segarlo y venderlo.

Cuando los filibusteros conseguían reunir un importante botín, compraban un barco y cañones. Con el producto de las rapiñas lograron poseer varios navíos, y si alcanzaban reunir cien hombres, los demás creían que al menos eran mil, porque resultaba difícil escapar de sus garras, y más difícil todavía poderlos alcanzar. Eran aves de presa que atacaban en cualquier punto y luego se escondían en sitios inaccesibles. Tan pronto atravesaban cuatrocientas o quinientas leguas de mar costeano, como andaban a pie o a caballo doscientas leguas por tierra. Sorprendieron y saquearon las ciudades ricas de Chagra, Mecaizabo, Veracruz, Panamá, Puerto Rico, Campeche, Santa Catalina y los arrabales de Cartagena. Uno de esos filibusteros, apellidado Olonois, llegó hasta las puertas de La Habana con sólo veinte hombres, retirándose en seguida a Cote. El gobernador envió a perseguirle un navío de guerra con soldados y el verdugo, pero Olonois se apoderó del navío. El mismo decapitó a los soldados españoles que atrapó y envió el verdugo al gobernador. Ni los romanos ni otros pueblos de bandidos realizaron nunca hazañas tan portentosas. El viaje del almirante Anson alrededor del mundo fue un agradable paseo comparado con las correrías de los filibusteros por el mar del Sur y lo que realizaron en tierra firme. Si hubieran tenido una política igual a su indomable arrojo, habrían fundado un gran imperio en América.

Carecían asimismo de mujeres, pero en vez de raptar a las Sabinas y casarse con ellas, como se dice hicieron los romanos, sacaron mujeres del hospicio y la casa reformatorio de París, y de este modo ni siquiera lograron formar una generación. Fueron más crueles con los españoles que los judíos con los cananeos. Se cuenta que un holandés, apellidado Roc, asó en parrillas a muchos españoles e hizo que los comieran sus compañeros. Sus expediciones fueron siempre escaramuzas de ladrones y nunca campañas de conquistadores; por eso los llamaron ladrones en las Indias occidentales. Cuando sorprendían una localidad y entraban en casa de un padre de familia, le torturaban hasta que descubría sus tesoros. Lo que hizo inútiles sus hazañas fue su vida licenciosa y disoluta, en la que gastaban todo lo adquirido en las rapiñas y asesinatos. Hoy no queda de ellos más que el nombre. Eso fueron los filibusteros. Pero, ¿qué pueblo de Europa no lo fue? ¿Qué eran los godos, alanos, vándalos y hunos, más que filibusteros? ¿Qué fueron Rollon, que se afincó en Normandía, y Guillermo Fierabrás, sino filibusteros más hábiles? Clovis, ¿no fue también un filibustero que desde las orillas del Rin corrió a lanzarse sobre las Galias? .

**FILOSOFÍA.** He peregrinado cerca de cuarenta años por dos o tres

rincones del mundo buscando esa piedra filosofal llamada la verdad. He consultado a todos sus adeptos de la Antigüedad, Epicuro y san Agustín, Platón y Malenbraque, y estoy tan a ciegas como al principio. Quizá en los crisoles de esos filósofos haya una o dos onzas de oro, pero todo lo demás es residuo, caput mortuum, fango estéril, con el que nada puede hacerse. Siempre me ha parecido que los griegos fueron nuestros maestros, si bien escribían más para ostentación de su ingenio que para instruir. No encuentro un solo autor de la Antigüedad que haya seguido un sistema metódico y claro y proceda razonablemente, tratando de unir y combinar los sistemas de Platón, Aristóteles y los orientales. Tal es poco más o menos la sustancia que de ellos he podido reunir. No es un ser inteligente, como yo, el que planeó la creación del mundo, porque yo no puedo crear ni una higa; luego, el mundo es obra de una inteligencia prodigiosamente superior. Ese ser, que posee inteligencia y poder omnímodos, ¿existe necesariamente? Sí, porque es indispensable haya recibido el ser de otro o exista por propia naturaleza. Si recibió el ser de otro, lo que es difícil de concebir, tengo que recurrir a este otro y ese otro será el primer motor. Cualquiera de las dos cosas que elija, tengo que admitir siempre un primer motor poderoso e inteligente que lo sea necesariamente por propia naturaleza. Ese primer motor, ¿creó las cosas de la nada? Esto no se concibe; crear de la nada es convertir la nada en algo. No debo admitir tal creación, cuando menos hasta que encuentre razones incontrovertibles que me obliguen a admitir lo que mi inteligencia no puede comprender. Todo lo existente parece que exista de modo necesario, dado que existe, porque si hay actualmente una razón para demostrar la existencia de las cosas, también la hubo ayer y la habrá en todos los tiempos y, esta causa debe haber tenido siempre su efecto, porque si no toda la eternidad habría sido una causa inútil.

Ahora bien, ¿cómo habrán existido las cosas siempre, estando visiblemente bajo la dirección del primer motor? Será, pues, indispensable que esa potencia haya obrado siempre; lo mismo, poco más o menos, que no puede haber sol sin luz, que no puede haber movimiento sin que exista un ser, sin que éste pase de un punto del espacio a otro. Luego existe un ser poderoso e inteligente que obra siempre, porque si no hubiera obrado, ¿de qué le serviría su existencia? Todas las cosas son, pues, emanaciones eternas de ese primer motor. Mas ¿cómo concebir que la piedra y el cieno sean emanaciones del Ser Eterno inteligente y poderoso? Hay que escoger entre este dilema: la materia de la piedra y del cieno existe necesariamente por sí misma, o existe porque le da vida el primer motor. No puede haber término medio. Por lo tanto, hay que tomar uno de estos dos partidos: la materia es eterna por sí misma, o la materia es producto del Ser poderoso e inteligente. Pero, subsistiendo por propia naturaleza o emanada del ser protector existe para toda la eternidad, puesto que existe. Si la materia es eternamente necesaria es, pues, imposible, es contradictorio, que no lo sea. Mas ¿qué hombre puede asegurar que es

imposible y contradictorio que la piedra y la mosca no tengan vida? Nos vemos obligados a pararnos ante esta dificultad, que sorprende más a la imaginación que contradice los principios del raciocinio.

En efecto, desde que habéis concebido que todo emana del Ser Supremo e inteligente, que nada emana sin razón, que ese Ser que existe siempre, siempre ha debido obrar, y por lo tanto, todas las cosas debieron salir eternamente del seno de su existencia, no debéis resistiros a creer que la materia de que están formados la piedra y la mosca es una producción eterna, como no os habéis resistido a comprender que la luz es una emanación eterna del Ser omnipotente. Puesto que yo soy un ser extenso y pensante, mi extensión y mi pensamiento son productos necesarios de este Ser. Es evidente que no puedo dotarme de extensión, ni de pensamiento; luego he recibido ambas facultades de ese Ser necesario. ¿Pudo darme lo que no tenía? Me dotó de inteligencia y me puso en el espacio; luego, es inteligente y está en el espacio. Decir que el Ser eterno, que el Dios omnipotente, en todos los tiempos llenó necesariamente el universo de sus producciones, no es privarle de su libertad; al contrario, puesto que la libertad es el poder de obrar, Dios obró siempre y por tanto utilizó siempre la plenitud de su libertad. La libertad que algunos denominan indiferencia es una palabra sin sentido, un absurdo, porque eso sería determinarse sin razón, sería un efecto sin causa. Y Dios no puede tener esa libertad supuesta, que implica contradicción en los términos. El ha obrado siempre por la necesidad que constituye su existencia. Es imposible, pues, que el mundo exista sin Dios y que Dios exista sin el mundo. El mundo está lleno de seres que se suceden unos a otros; luego, Dios ha creado siempre los seres que se han sucedido.

Estas aserciones preliminares constituyen la base de la antigua filosofía de los griegos. De esa regla general debemos exceptuar a Demócrito y Epicuro, cuya filosofía corpuscular refutó esos dogmas. Ahora bien, debemos tener presente que los epicúreos partían de una física equivocada y el sistema metafísico de los demás filósofos subsiste al igual que los sistemas físicos. Toda la naturaleza, exceptuando el vacío, contradice a Epicuro, y ningún fenómeno de ella está en contra de la filosofía que acabo de explicar. Una filosofía acorde con las leyes que rigen la naturaleza y aceptada por los espíritus más observadores, ¿no es superior a otro sistema no revelado? Fuera de las aseveraciones de los antiguos filósofos que he sintetizado cuanto he podido, ¿qué nos resta? Un caos de dudas y especulaciones. No creo que jamás haya existido un filósofo que haya propuesto un nuevo sistema, que no haya confesado al fin de su vida que ha perdido el tiempo. Hay que reconocer que los inventores de las artes mecánicas han sido más útiles a la humanidad que los ideadores de silogismos. El que inventó la lanzadera fue más útil que quien halló las ideas innatas.

**FILÓSOFO.** El nombre de filósofo fue honrado unas veces y otras envilecido, como el de poeta, matemático, fraile y sacerdote, como todo lo que depende de la opinión ajena. Domiciano expulsó a los filósofos y Luciano se burlaba de ellos. Pero ¿qué clase de filósofos y de matemáticos desterró el monstruo Domiciano? A jugadores de cubilete y a los que confeccionaban horóscopos, a los que decían la buenaventura, a miserables judíos que componían filtros amorosos y talismanes; a gentes de esa ralea que poseían un poder especial sobre los espíritus malignos, que los evocaban, que los hacían entrar en el cuerpo de las doncellas mediante palabras y signos, y que los expulsaban de allí sirviéndose de otros signos y otras palabras. ¿Quiénes eran los filósofos que Luciano puso en la picota? La hez del género humano, haraganes incapaces de asumir alguna profesión útil, gentes parecidas al Pobre diablo, del que se nos ha hecho una descripción tan verdadera como cómica, que no saben si mañana llevarán librea o escribirán el Almanaque del Año maravilloso, si trabajarán a jornal en los caminos reales o sentarán plaza de soldado o de clérigo, y que en espera de obtener ocupación se reúnen en los cafés para dar su opinión respecto a la comedia nueva, sobre Dios y el ser en general, y sobre los modos del ser, y luego os piden prestado y escriben un libelo para criticaros. No salieron de esa escuela Cicerón, Ático, Epicteto, Trajano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Juliano. Tampoco se formó en esa escuela el rey de Prusia, Federico, que escribió libros filosóficos, ganó batallas y destruyó tantos prejuicios como enemigos.

Catalina II de Rusia, emperatriz victoriosa y azote de los otomanos, que gobierna con tanta gloria un imperio más vasto que el romano, es una gran legisladora porque cultiva la filosofía. Todos los príncipes del Norte son filósofos también, y el Norte avergüenza al Mediodía. Si los confederados de Polonia tuvieran tan sólo un adarme de filosofía, su patria, sus territorios y sus casas no estarían expuestos al pillaje. No se derramaría sangre en su país, ni serían los hombres más desgraciados si escucharan la voz de la razón de su rey filósofo, que en vano ha dado tantos ejemplos y lecciones de ponderación y prudencia. El emperador Juliano era filósofo cuando escribía a sus ministros y a sus pontífices esas hermosas cartas henchidas de clemencia y sabiduría que hoy admiran aún todas las gentes honradas, pese a que condenen sus errores. Constantino no era filósofo cuando asesinó a sus parientes próximos, a su hijo y a su esposa; cuando manchado con la sangre de su familia juraba que Dios le había enviado el lábaro desde el cielo. Es un tremendo salto pasar de Constantino a Carlos IX y a Enrique III, rey de una de las cincuenta grandes provincias del Imperio romano. De haber sido filósofos ambos reyes, el primero no habría sido culpable de la matanza de la noche de San Bartolomé, ni el segundo hecho procesiones escandalosas con sus gitones, no hubiera tenido necesidad de asesinar al duque de Guisa y al cardenal hermano de éste, y no habría muerto asesinado por un joven jacobita, fanático por la idea de

Dios y de la Santa Iglesia. Si Luis XIII hubiera sido filósofo, no habría dejado subir al patíbulo al virtuoso Thou, ni al inocente mariscal Marillac, ni permitido que su madre muriera de hambre en Colonia, y su reinado no habría constituido una larga serie de discordias y calamidades intestinas. Comparad los muchos reyes ignorantes, supersticiosos y crueles que se han dejado gobernar por sus pasiones o las de sus ministros, con hombres como Montaigne, Charron, el canciller L'Hospital, el historiador Thou, La Mothe Le Vayer, o Locke, Shaftesbury, Sidney y Hebert, y no cabe duda que preferiríais que os gobernarán esos sabios a que lo hicieran aquellos reyes.

Cuando hablo de filósofos está claro que no me refiero a los pícaros que quieren ser los monos imitadores de Diógenes, sino a los que siguen a Platón y Cicerón. El envarado luterano, el salvaje calvinista, el orgulloso anglicano, el fanático jansenista, el jesuita que se cree rey incluso en el destierro y en el cadalso, el sorbonista que se figura ser Padre de un concilio, y los tontos que dirigen todas esas gentes, se revuelven contra el filósofo. Son perros de diferente especie que ladran cada uno a su manera contra un hermoso caballo que paca apaciblemente en una verde pradera, sin disputarles ninguna de las carroñas con que ellos se alimentan, y por las que riñen entre sí. Esos jesuitas hacen imprimir todos los días farragosas obras de teología filosófica, diccionarios filosófico-teológicos, y a sus trasnochados argumentos los califican pomposamente como demostraciones y a sus sobadas tonterías, lemas y corolarios. Como los falsificadores de moneda, recubren con hoja de plata un escudo de plomo. Se sienten despreciados por todos los hombres que piensan y se ven obligados a engañar a viejas imbéciles. Este estado les humilla más que haber sido expulsados de Francia, España y Nápoles. Se pasa por todo menos por el desprecio. Dícese que cuando el diablo fue vencido por el arcángel Rafael (como está probado), ese espíritu-cuerpo tan soberbio se consoló fácilmente porque sabía que las armas son temporales, pero cuando supo que Rafael se burlaba de él juró no perdonarle jamás. Tampoco los jesuitas perdonaron nunca a Pascal, y Jurieu calumnió a Bayle hasta en la tumba, así como todos los tartufos se desencadenaron contra Moliere hasta su muerte. En su rabia prodigan las imposturas, como en su ineptitud multiplican sus argumentos.

Uno de los calumniadores, tan pobre en argumentación como rico en malas intenciones, fue el ex jesuita Paulian, que hizo imprimir una obra teólogo-filósofo-rapsodia en la ciudad de Aviñón, en la que acusa a los autores de la Enciclopedia de haber dicho: «Que siendo el hombre, por naturaleza, más sensible al placer de los sentidos, esos placeres son, en consecuencia, el único objeto de sus deseos; que no hay vicio ni virtud, ni bien ni mal moral, ni justo ni injusto; que el placer de los sentidos produce todas las virtudes; que para ser feliz es preciso evitar los remordimientos, etc.» ¿En qué pasajes de la Enciclopedia, que va por la quinta edición, ha leído dicho autor esas horribles

torpezas? Había que citarlas. ¿Has llevado la insolencia de tu orgullo y la demencia de tu carácter hasta pensar que van a creer tu palabra? Esas torpezas se pueden encontrar en tus casuistas, pero no en los artículos de la Enciclopedia firmados por Diderot, D'Alembert, el caballero de Jaucourt y Voltaire. No las has visto en los artículos del conde de Tressan, ni en los de Blondel, Boucher d'Argis, Marmontel, Venelle, Tronchin, D'Aubenton, D'Argenville, y tantos otros que tuvieron la generosa vocación de enriquecer el Diccionario enciclopédico y han prestado un servicio eterno a Europa. Ninguno de ellos es culpable de los horrores que tú les acusas. Sólo tú y los de tu calaña sois capaces de tan infame calumnia. Las gentes que no piensan preguntan a menudo a los que piensan para qué ha servido la filosofía. Y éstas les responden: Para destruir en Inglaterra la rabia religiosa que hizo perecer al rey Carlos I en el cadalso; para impedir que en Suecia un arzobispo, con una bula en la mano, hiciera derramar la sangre de la nobleza; para mantener la paz de la religión en Alemania, poniendo en ridículo todas las disputas teológicas y para extinguir en España las abominables hogueras de la Inquisición.

**FIN DEL MUNDO.** La mayor parte de los filósofos griegos creyeron que el mundo era eterno en su principio y en su duración. Pero respecto a la pequeña parte del universo, al globo de piedra, barro, agua, minerales y vapores que habitamos, no sabían qué pensar; les parecía destructible, suponían que sufrió transformaciones más de una vez y volvería a padecerlas. Cada cual juzgaba al mundo entero por la parte que en él ocupaba su país. La idea del fin del mundo y su renovación impresionaba a los pueblos sometidos al Imperio romano en la época terrible de las guerras civiles de César y Pompeyo. Virgilio, en sus Geórgicas, se hace eco del temor general que reinaba en aquella época cuando dice: «El universo, sorprendido y aterrorizado, tiembla por temor de hundirse otra vez en la eterna noche». Lucano se expresa con mayor claridad acerca de esto, cuando en la Farsalia dice: «¿Qué importa el triste y falso honor de ser condenado a la hoguera? El fuego ha de consumir el cielo, la tierra y el mar; todo se convertirá en hoguera en la que el mundo será ceniza». Ovidio dice también en las Metamorfosis: «Así lo ha dispuesto el implacable destino: un diluvio de fuego consumirá el aire, la tierra, el mar y los palacios de los dioses».

Cicerón, en su libro De la naturaleza de los dioses se expresa en los siguientes términos: «Según opinión de los estoicos, el mundo entero se convertirá en fuego, habiéndose consumido el agua; la tierra no producirá alimentos, ni podrá existir el aire porque del agua recibe su ser; de manera que el fuego quedará solo. Ese fuego será Dios, que reanimándolo todo renovará el mundo y le volverá a dar su primitiva belleza». La física de los estoicos, al igual que toda la física antigua, es absurda, pero prueba que esperaban la destrucción del mundo por medio del fuego. Más sorprendente todavía es que

el gran Newton opinara lo mismo que Cicerón. Engañado por un falso experimento de Bayle, cree que la humedad del planeta, a la larga, se ha de secar, y será preciso que Dios lo reforme. Vemos, pues, que los dos hombres más grandes de la antigua Roma y de la moderna Inglaterra son del parecer de quienes creen que llegará un día en que el fuego venza al agua.

La idea de que el mundo se destruiría y renovaría estaba arraigada en los pueblos de Asia Menor, Siria y Egipto, desde las guerras civiles de los sucesores de Alejandro. Las luchas intestinas de los romanos aumentaron el terror de las naciones que fueron víctimas de ellas, que esperaban la destrucción del mundo y una renovación de él, que no había de disfrutar. Los hebreos, tanto los afincados en Siria como los de la diáspora, participaron del temor común. Por eso no se sorprendieron los judíos cuando Jesús les decía, según el Evangelio de Mateo y de Lucas: El cielo y la tierra pasarán. El reinado de Dios se acerca. Pedro anuncia que se ha predicado el Evangelio a los muertos y que el fin del mundo se aproxima. Esperamos —dice— nuevos cielos y una tierra nueva. Juan, en su primera carta: Ahora aparecen muchos Anticristos, lo que nos da a conocer que la última hora se acerca. Lucas predice con más detalle el fin del mundo que el juicio final: «Se verán signos en la luna y en las estrellas, se oirán ruidos en el mar y en los ríos; los hombres, consumidos de temor, esperarán lo que debe acontecer al universo entero. Las virtudes de los cielos se conmoverán, y los mortales contemplarán entonces al Hijo del hombre descendiendo en una nube, con gran poder y soberbia majestad. En verdad os digo que no se extinguirá la generación presente sin que todo esto se realice.»

Comprendemos que los incrédulos nos van a echar en cara esta predicción, deseando que nos sonrojemos de que el mundo exista todavía. Aquella generación pasó —dicen— y no ha tenido lugar la profecía. Lucas pone en boca del Salvador lo que jamás dijo, o debemos deducir que Jesucristo se engañó a sí mismo, lo que sería una blasfemia. Se puede, sin embargo, cerrar la boca a esos impíos objetándoles que esa predicción, que parece falsa tomada al pie de la letra, es verdadera en el fondo, que el universo entero en ese contexto significa Judea, y que el fin del universo significa el imperio de Tito y sus sucesores. Pablo, en su epístola a los tesalonicenses, se expresa con energía: «Nosotros, que vivimos y os hablamos, seremos transportados a las nubes para ir a través de los aires a comparecer ante el Señor». Según las palabras inequívocas de Lucas y de Pablo, el mundo debía terminar en el imperio de Tiberio, o lo más tardar en el de Nerón. No se realizaron las predicciones de uno y otro. Indudablemente, tales predicciones no se hicieron para la época en que vivían los evangelistas y los apóstoles, sino para tiempos futuros, que Dios oculta a los hombres. Mas lo cierto es que todos los pueblos conocidos entonces esperaban el fin del mundo, una nueva tierra, un nuevo cielo. Durante más de diez siglos, los clérigos recibieron numerosos legados

que los donantes entregaban con estas palabras: «Estando próximo el fin del mundo, yo, por la salvación de mi alma y no ser colocado entre los machos cabríos, hago donación de estas o aquellas tierras a tal o cual convento». El miedo obligó a los necios a enriquecer a los tunantes. Los egipcios fijaron el fin del mundo a los treinta y seis mil quinientos años cumplidos. Dícese que Orfeo lo fijó en los ciento veinte mil. El historiador Flavio Josefo asegura que, habiendo predicho Adán que el mundo terminaría dos veces, una por agua y otra por fuego, los hijos de Set, queriendo que los hombres guardaran en su memoria ese cataclismo, hicieron grabar las observaciones astronómicas en dos columnas, una de ladrillos, para que pudiera resistir el fuego que debía consumir el mundo, y la otra de piedra, para que resistiera las aguas que debían anegarlo. Pero ¿cómo podían creer los romanos lo que decía un esclavo judío que les hablaba de un Adán y de un Set que desconocía todo el mundo? Se reirían de ello.

De lo dicho se infiere que sabemos muy poco de los tiempos pasados, conocemos bastante mal lo que acontece al presente, e ignoramos lo que acaecerá en el porvenir.

**FRANCISCO JAVIER.** Creemos conveniente decir algunas verdades referentes a la vida de Francisco Javero, más conocido por Javier y apellidado el Apóstol de las Indias. Muchísimas gentes creen todavía que estableció el cristianismo en toda la costa meridional de las Indias, en unas veinte islas, y sobre todo en el Japón. No hace aún treinta años que no se permitía dudarlo en Europa. Los jesuitas se atreven a compararle con san Pablo, y escribieron sus viajes y milagros Tursellin, Orlandin, Lucena y Bartolí, todos ellos jesuitas, pero poco conocidos en Francia. Cuando el jesuita Bouhours publicó la historia del santo, pasó por un hombre de talento. Vivía en la más excelente compañía de París, y no me refiero a la Compañía de Jesús, sino a los personajes de más viso en el mundo que se distinguían por el ingenio y el saber. Tuvo fama de purista literario exento de afectación y llegó a ser propuesto candidato a la Academia Francesa, que haciendo caso omiso de las reglas de su instituto admitió en su corporación. Además, el padre Bouhours, gozaba de gran influencia en su orden, que entonces, por prestigio casi inconcebible, dirigía a todos los príncipes católicos. Empezaba en aquella época a abrirse camino la sana crítica, pero sus progresos eran lentos y los autores, por regla general, se ocupaban entonces más de cuidar el estilo que de escribir verdades. Bouhours publicó las vidas de san Ignacio y san Francisco Javier, sin atraerse a ninguna crítica. Apenas le censuraron que comparara a san Ignacio con César. Debemos confesar que Francisco Javier puede compararse con Alejandro en que ambos fueron a las Indias, como Ignacio se parece a César en que, como él, estuvo en la Galia, pero Javier, venciendo al demonio, fue más allá que el vencedor de Darío. Reconforta el corazón verle convertir infieles voluntariamente, de España a Francia, de Francia a Roma de

Roma a Lisboa y de Lisboa a Mozambique, luego de haber dado la vuelta al Africa. Se quedó mucho tiempo en Mozambique, donde recibió de Dios el don de la profecía; a continuación, pasó a Melenda y disputó sobre el Corán con los mahometanos, que entenderían tan bien su idioma como él entendería el de ellos. En un barco portugués arriba a la isla Socotora, que es sin duda la de las Amazonas, y convierte a todos los insulares y edifica una iglesia; desde allí pasa a Goa, donde descubre una columna en la que santo Tomás había escrito que un día nuestro santo misionero llegaría allí a establecer la religión cristiana que floreció antiguamente en la India. Javier pudo leer de corrido los antiguos caracteres hebreos o hindúes en que estaba escrita la profecía. Empuña luego una campanilla, reúne a su alrededor todos los niños, les explica el Credo y los bautiza. Su mayor placer consistió en unir en santo matrimonio a los indios con sus queridas. Desde Goa va a cabo Comorín, la costa de la Pesquería y al reino de Travancor. En cuanto llega a un país le entra la comezón de dejarlo y embarca en el primer barco portugués que encuentra, sin importarle la ruta que lleve. Con tal de viajar está contento. Le reciben por caridad y vuelve dos o tres veces a Goa, Cochín, Cori, Negapatán y Meliapar. Ve un barco que zarpa para Malaca y se embarca en él y arriba a Malaca con el pesar de no haber visto Siam, Pegú y Tonkín.

A continuación visita la isla de Sumatra, Borneo y Macasar, y las islas Molucas, Ternata y Amboina. El rey de Ternata tenía en su inmenso serrallo cien mujeres como esposas legales y más de setecientas concubinas. Lo primero que hace Javier es echarlas a todas. Es de advertir que dicha isla no tiene más que dos leguas de diámetro. Desde allí, a bordo de otro navío portugués, recalca en la isla de Ceilán, y vuelve de nuevo a Goa y Cochín. Los portugueses comerciaban ya con el Japón y Javier embarcó en un buque que se dirigía a dicho país, del que recorrió casi todas las islas. En resumen, y utilizando las palabras del jesuita Bouhours, así se pusieran una tras otra todas las leguas de los viajes que hizo Javier, andándolas se podría dar muchas veces la vuelta al mundo». Nótese que empezó a viajar en el año 1542 y falleció en 1552. Si tuvo tiempo suficiente para aprender el idioma de los países que recorrió, hizo un verdadero milagro, y si poesía el don de las lenguas fue todavía un milagro mayor. Por desgracia, en muchas de sus cartas dice que se veía obligado a servirse de intérpretes y en otras confiesa su dificultad para aprender la lengua japonesa, que no podía pronunciar bien.

El jesuita Bouhours, transcribiendo algunas de sus cartas, no duda que Francisco Javier tuvo el don de las lenguas, pero confiesa «que no lo tenía siempre, sino en muchas ocasiones, porque sin haber aprendido la lengua china predicaba todas las mañanas en chino en Amaguchi», que es la capital de una provincia del Japón. Pero debió saber al dedillo las lenguas orientales, porque en dichas lenguas compuso canciones del Padrenuestro, del Avemaría y del Credo, para instruir a los niños de ambos sexos. Es admirable que

nuestro misionero, que necesitaba intérpretes, hablara todas las lenguas a la vez, como los apóstoles. Y cuando hablaba en portugués, los indios, chinos y japoneses, ¿le entendían? En una ocasión que estaba hablando sobre la inmortalidad del alma, el movimiento de los planetas, los eclipses de sol y de luna, sobre el pecado y la gracia, y el paraíso y el infierno, le llegaron a entender veinte personas de diferentes naciones. Algunos se preguntan cómo ese hombre consiguió hacer tantas conversiones en el Japón. A ello debe contestarse sencillamente que no las hizo, pero que otros jesuitas que permanecieron mucho tiempo en aquel país, merced a los tratados convenidos entre los reyes de Portugal y los emperadores del Japón, convirtieron a tanta gente que provocaron una guerra civil y, según cuentan, costó la vida a cuatrocientos mil hombres. Este fue el prodigio más conocido que obraron los misioneros en el Japón. Pero los de Francisco Javier no dejan de tener su mérito.

Entre los múltiples milagros que hizo figura en primer lugar el de los ocho niños resucitados. Y el jesuita Bouhours dice que «el mayor milagro de Javier no fue el de resucitar muchos muertos, sino el de no morir él de fatiga». El más divertido de sus milagros fue que habiéndosele caído el crucifijo que llevaba en el mar, cerca de la isla Baranura, que yo creo debía ser la Barataria, a las veinticuatro horas se lo presentó un cangrejo entre sus patas. Y el más sorprendente de todos (y después de hablar de éste ya no es menester hablar de ningún otro) el que tuvo lugar durante una tempestad que duró tres días, estando continuamente y al mismo tiempo en dos barcos. Uno de ellos estaba a ciento cincuenta leguas del otro y sirvió de piloto a los dos al mismo tiempo. Dieron fe de este milagro todos los pasajeros, que no podían engañar ni ser engañados. Todo ello, aunque parezca mentira, se escribió seriamente y con éxito en el siglo de Luis XIV, el de las Cartas provinciales, las tragedias de Racine, del Diccionario de Bayle y otras muchas obras sabias. Cabría considerar como una especie de milagro que un hombre de talento como Bouhours se prestara a sacar a la luz semejantes extravagancias, si no supiéramos a qué excesos el espíritu de corporación y sobre todo el espíritu monacal arrastran a los hombres. Se conservan cerca de doscientos volúmenes parecidos al libro de que venimos ocupándonos, compilados por frailes. Lo grave en ello es que los enemigos de los frailes también compilan, pero como lo hacen con más gracia se leen más. Es un verdadero pesar que no se mire a los frailes en las decimononas partes de Europa con el profundo respeto y la justa veneración con que los miran todavía en algunas aldeas de Aragón y Calabria. Después de hablar de Francisco Javier, ya no es preciso discutir la historia de los demás Franciscos.

**FRAUDE.** (¿Hay que usar fraudes piadosos con el pueblo?) El faquir Bambabef se encontró un día con un discípulo de Confucio que se llamaba Uang; aquél defendía que el pueblo tiene necesidad de ser engañado, y Uang

opinaba que nunca se debe engañar a nadie. He aquí, resumida, su disputa.

BAMBABEF. Hay que imitar al Ser Supremo, que no nos muestra las cosas como son. Nos hace ver el sol bajo un diámetro de dos o tres pies, cuando ese astro es un millón de veces mayor que la Tierra; nos presenta la luna y las estrellas fijas sobre un mismo fondo azul, estando a distancias diferentes; quiere que una torre cuadrada vista de lejos nos parezca redonda, y que el fuego se nos antoje caliente, sin ser caliente ni frío. En fin, nos rodea de errores adecuados a nuestra naturaleza.

UANG. Lo que llamáis error no lo es. El sol, cuya distancia de nuestro Globo se cifra en millones de millones de leguas, no es el que nosotros vemos. Realmente, no percibimos ni podemos percibir más que el sol que se refleja en nuestra retina, bajo un ángulo determinado. No se nos han dado los ojos para medir magnitudes ni distancias; debemos recurrir a otras operaciones para conocerlas.

Bambabef quedó sorprendido con estas palabras. Uang, que era muy paciente, le explicó la teoría de la óptica y Bambabef, que no tenía nada de lerdo, se rindió ante las demostraciones del discípulo de Confucio. Luego, reemprendió la disputa en los siguientes términos:

BAMBABEF. Si Dios no nos engaña por medio de nuestros sentidos, como yo creía, confesad al menos que los médicos engañan siempre a los niños por su bien: dicen que les dan azúcar y, en vez de azúcar, les ofrecen ruibarbo. Yo, un faquir, puedo pues engañar al pueblo, que es tan ignorante como los niños.

UANG. Yo tengo dos hijos y nunca les he engañado. Cuando están enfermos les digo: «He aquí una medicina muy amarga que debemos tener el coraje de tomarla; te perjudicaría si fuera dulce». Nunca he permitido que sus ayos y preceptores les infundan miedo con espíritus, aparecidos, tragos y brujos, y de este modo he hecho de ellos jóvenes ciudadanos corajudos y juiciosos.

BAMBABEF. El pueblo no ha tenido tanta suerte como vuestra familia.

UANG. Todos los hombres son iguales y han nacido con las mismas cualidades. Son los faquires los que corrompen la naturaleza de los hombres.

BAMBABEF?. Confieso que les enseñamos errores, pero es por su bien. Les hacemos creer que si no compran nuestros clavos benditos y no expían sus pecados dándonos dinero, se convertirán en la otra vida en caballos de posta, en perros, en lagartos... Esto les intimida y llegan a ser personas honradas.

UANG. ¿No veis que pervertís a esas pobres gentes? Entre ellos hay más de los que creéis que razonan, se burlan de vuestros clavos, de vuestros

milagros y vuestras supersticiones, que saben muy bien que no se convertirán en caballos de posta, ni en lagartos. Y entonces, ¿qué sucede? Tienen bastante sentido común para comprender que les predicáis una religión absurda, pero no el suficiente para elevarse hacia una religión pura y despojada de superstición, como la nuestra. Sus pasiones les inducen a no creer en ninguna religión porque la única que se les enseña es ridícula; vosotros seréis los culpables de sus vicios.

BAMBABEF. De ningún modo, porque sólo les enseñamos la moral buena.

UANG. El pueblo os apedrearía si le enseñarais una moral impura. Los hombres son propensos a hacer el mal, pero no quieren que se les impulse a hacerlo. Lo que no puede hacerse es mezclar una moral sabia con fábulas absurdas, porque con vuestras imposturas debilitáis la moral que estáis obligados a enseñar.

BAMBABEF. ¡CómO! ¿Creéis que se puede enseñar la verdad al pueblo sin sostenerla por medio de fábulas?

UANG. Lo creo firmemente. Nuestros hombres de letras son de la misma naturaleza que nuestros sastres, tejedores y labradores; todos ellos adoran a un Dios creador, remunerador y vengador. No manchan su culto con sistemas absurdos, ni con ceremonias extravagantes, y los hombres de letras cometen menos crímenes que el pueblo. ¿Por qué, pues, no dignarse instruir a los obreros como instruimos a los hombres de letras?

BAMBABEF. Haríais una solemne tontería. Sería como si quisierais que tuvieran la misma educación, que fueran jurisconsultos, y esto ni es posible ni conviene. El dueño debe comer pan de harina candeal y los criados de harina de centeno.

UANG. Confieso que todos los hombres no deben tener la misma ciencia, pero hay cosas que son necesarias a todos; es preciso que cada cual sea justo, y la manera más segura de inspirar la justicia a todos los hombres es enseñarles una religión sin superstición.

BAMBABEF. Es un excelente propósito, pero impracticable. ¿Creéis que a los hombres les basta con creer en un Dios que castiga y que recompensa? Me dijisteis que sucede con frecuencia que los más espabilados entre el pueblo se sublevaran contra mis fábulas; lo mismo se sublevarían contra vuestra verdad. Dirían, ¿quién me asegura que Dios castiga y recompensa? ¿Dónde está la prueba de ello? ¿Qué misión es la vuestra? ¿Qué milagro habéis hecho para que os crea? Se burlarían de vos más que de mí.

UANG. Os equivocáis. Suponéis que se sacudirá el yugo de una idea honrada, verosímil, útil para todo el mundo, una idea en la que la razón

humana está acorde, porque se rechazan cosas deshonestas, absurdas, inútiles y peligrosas, que hacen temblar a las gentes honradas. El pueblo está dispuesto a creer a sus magistrados; cuando éstos le proponen una creencia razonable, el pueblo la acepta gustosamente. No hay necesidad de prodigios para creer en un Dios justo, que lee en el corazón del hombre; esta idea es demasiado natural para que pueda ser refutada. No es preciso decir de qué modo Dios castigará y recompensará; basta creer en su justicia. Os aseguro que he visto ciudades enteras que apenas tenían otros dogmas y fue en ellas donde vi más virtud.

**BAMBABEF.** No os fiéis. Encontraréis en esas ciudades filósofos que os negarán las penas y las recompensas.

**UANG.** Pero esos mismos filósofos negarán con más fuerza vuestras fábulas; por lo tanto, no ganáis nada con vuestra objeción. Aunque haya filósofos que no estén de acuerdo con mis principios, no por eso son menos honrados, ni cultivan menos la virtud, que debe ser cultivada por amor y no por temor. Además, sostenga que ningún filósofo estará jamás seguro de que la Providencia no reserva castigos a los malos y recompensas a los buenos, porque si alguno de ellos me preguntara quién ha dicho que Dios castiga, yo le preguntaría quién ha dicho que Dios no castiga. En fin, sostengo también que los filósofos me ayudarán, en vez de contradecirme. ¿Queréis ser filósofo?

**BAMBABEF.** Con mucho gusto, pero no lo digáis a los faquires.

## G

**GACETA.** Así empezó a llamarse la reseña de los asuntos públicos. A comienzos del siglo XVII empezó en Venecia esta costumbre, cuando Italia era todavía centro de las negociaciones de Europa y Venecia un asilo de libertad. Llamaron a unas hojas de papel impresas, que repartían una vez cada semana, Gacetas, nombre sacado de Gazzeta, moneda fraccionaria que tenía curso obligatorio en Venecia. Las principales ciudades de Europa no tardaron en imitar el ejemplo.

Gacetas casi semejantes se publicaban en China desde tiempo inmemorial. En dicha nación se imprime todos los días la Gaceta del Imperio por orden del soberano. El médico Théophraste Renaudot publicó en Francia las primeras gacetas en 1631, concediéndosele este privilegio que fue durante mucho tiempo patrimonio de su familia. Este privilegio pasó a ser un objeto importante en Amsterdam, y la mayoría de las gacetas de las Provincias Unidas todavía dan hoy una renta a muchas familias de magistrados que pagan

a quienes las escriben. La ciudad de Londres publica más de doce gacetas cada semana, pero sólo se pueden imprimir en papel timbrado, lo que da buen producto al Estado. Las gacetas de China sólo se ocupan de este imperio, mientras que en Europa lo hacen de todo el orbe, y aunque suelen divulgar noticias falsas proporcionan, empero, veraces materiales para la historia, porque ordinariamente los errores en que incurre un número de la gaceta lo rectifican los siguientes. En ellas se encuentran todas las disposiciones refrendadas por los soberanos, que ellos mandan insertar. El ministerio revisa siempre las gacetas de Francia y por eso los autores emplean siempre fórmulas apropiadas, no olvidando que hablan en nombre del rey. Los diarios públicos jamás fueron manchados por la maledicencia y se han escrito siempre con corrección.

No sucede lo mismo en las gacetas extranjeras. En las de Londres, exceptuando la oficial, se insertan algunas indecencias que la libertad de prensa autoriza. Allá por el año 1665, empezaron a publicarse en Francia gacetas literarias. Las primeras de esa clase no eran más que sencillos anuncios de los libros nuevos que se editaban en Europa, pero pronto añadieron a los anuncios la crítica razonada de las obras, lo que enardeció a muchos autores criticados pese a que en esta materia no se abusó al principio. Sólo nos ocuparemos ahora de las gacetas literarias con que se abrumó al público, que recibía ya muchos periódicos de todos los países de Europa que cultivaban las ciencias. Esas gacetas aparecieron en París el año 1723 con distintos nombres. La mayoría de ellas se escribieron únicamente para ganar dinero, y como no se adquieren ganancias elogiando a los autores, la mordacidad constituía ordinariamente el fondo de aquellos escritos. Y dado que se ocupaban con frecuencia de personalidades odiosas, dieron pasto a la malignidad, pero la razón y el buen gusto, que a la larga prevalecen siempre, lograron provocar el desprecio y hacerlas caer en el olvido.

**GENEALOGÍA.** Los teólogos han llenado no pocos volúmenes empeñados en conciliar a san Mateo con san Lucas respecto a la genealogía de Jesús. El primero cuenta veintisiete generaciones desde David, descendiendo de Salomón, en tanto que san Lucas suma cuarenta y dos, y le hace descender de Nuthan. He aquí cómo el sabihondo benedictino Calmet resuelve una dificultad semejante ocupándose de Melquisedec. Los orientales y los griegos, fecundos para idear fábulas, le forjaron una genealogía refiriendo los nombres de sus abuelos, pero como la mentira se descubre por sí misma —añade el juicioso Calmet— unos cuentan su genealogía de una manera y otros de diferente modo; unos sostienen que descendía de una raza oscura y vergonzosa, y no faltan quienes opinan que era hijo ilegítimo. Todo esto se refiere naturalmente a Jesús, de quien Melquisedec figuraba ser el símbolo, según opinión del apóstol. En efecto, el evangelio de Nicodemo dice terminantemente que los hebreos, en presencia de Pilato, reprocharon a Jesús

haber nacido de la fornicación. Y el sabio Fabricius, hablando de ello, nota que no nos asegura ningún testimonio digno de fe que los judíos hayan hecho tal aserción de Jesús durante la vida de éste, ni a los apóstoles; que eso sólo fue una calumnia que divulgaron. Sin embargo, los Hechos de los Apóstoles dan fe de que los judíos de Antioquía se opusieron, blasfemando, a lo que san Pablo les decía de Jesús, y Orígenes sostiene estas palabras, citadas del Evangelio de Juan, que dicen: «No hemos nacido de fornicación, ni hemos servido nunca a nadie». Por parte de los judíos era un reproche indirecto que hacían a Jesús por la impureza de su nacimiento y su estado de servidor, pues suponían, como dice el mencionado padre, que Jesús nació en una aldea de Judea y tuvo por madre a una pobre campesina que vivía de su trabajo, de quien se demostró que había cometido adulterio con un soldado llamado Panther; éste expulsó de la casa al prometido, de oficio carpintero, y después de haber recibido esta afrenta, cuando vagaban errantes de un lugar a otro, la campesina dio a luz secretamente a Jesús el cual, más tarde, viéndose en la mayor necesidad, se vio obligado a ponerse a servir en Egipto, donde aprendió algunos secretos que los egipcios hacen pagar muy caros. A continuación, volvió a su país, y envanecido por los milagros que sabía hacer se proclamó Dios a sí mismo.

Siguiendo una antiquísima tradición, el nombre de Panther, que fue la causa del desprecio de los judíos, era el sobrenombre del padre de José, como asegura san Epifanio, o quizás el nombre del abuelo de María, como afirma san Juan Damasceno. Tocante al estado de servidor que le reprocharon, Jesús declara que no vino al mundo para ser servido, sino para servir. Según refieren los árabes, Zoroastro fue también servidor de Esdras, y Epicteto nació esclavo. San Cirilo de Jerusalén tiene razón cuando dice que la esclavitud no deshonra a nadie. En cuanto a los milagros, Plinio dice que los egipcios sabían el secreto de teñir telas de diferentes colores sumergiéndolas en el mismo recipiente, siendo éste uno de los milagros que atribuye a Jesús el Evangelio de la infancia. Ahora bien, san Juan Crisóstomo asegura que Jesús no hizo ningún milagro antes de recibir el bautismo, y los que le atribuyen son puras invenciones. La razón en que se fundamenta dicho santo para creerlo así es que la sabiduría del Señor no le permitía hacer milagros durante su infancia, porque los hubieran tildado de prestidigitaciones. En vano san Epifanio se empeña en que negar los milagros atribuidos a Jesús durante la infancia es dar a los herejes un pretexto para que digan que sólo se convirtió en hijo de Dios por la infusión del Espíritu Santo que descendió sobre él en el bautismo, y no debemos negarlos porque ahora estamos combatiendo a los judíos y no a los herejes. Wagenseil tradujo al latín una obra de los judíos, titulada Toldos Jeschu, que refiere que estando Jeschu en Belén, su pueblo natal, exclamó en voz alta: «¿Quiénes son esos hombres perversos que se atreven a decir que soy bastardo y de origen impuro? Ellos sí que son bastardos e impuros. Nací de

una madre virgen y entré en ella por la parte alta de la cabeza». Este testimonio pareció tan irrefutable al sabio teólogo Bergier que no vaciló en aprovecharse de él, sin citar de donde lo había tomado. De la página 23 de su libro Certidumbre de las pruebas del cristianismo, transcribo lo siguiente: «Jesús nació de una virgen por obra del Espíritu Santo; el mismo Jesús lo asegura muchas veces por propia boca y así lo refieren los apóstoles». Pero lo cierto es que esas palabras de Jesús sólo se encuentran en el Toldos Jeschu y que la certidumbre de la prueba de Bergier subsiste, aunque san Mateo aplica a Jesús este pasaje de Isaías: «No disputará nunca, no gritará y nadie oirá su voz en las calles».

Según dice san Jerónimo, entre los gimnosofistas de la India existe la antiquísima tradición de que Buda, autor de su dogma, nació de una virgen que le dio a luz por el costado. Julio César, Escipión el Africano Manlio, Eduardo VI de Inglaterra, y otros, también nacieron por medio de una operación que los cirujanos denominan cesárea. Simón el Mago y Manes también pretendieron haber nacido de una virgen, pero sólo significa que sus madres eran vírgenes cuando los concibieron. Para convencerse de lo inciertos que son los signos de la virginidad, basta leer la glosa del célebre obispo Pompignan sobre uno de los pasajes de los Proverbios: «Tres cosas encuentro dificultad en comprender y la cuarta me es desconocida: el camino que lleva el águila en el aire, la serpiente en las rocas, el barco en el mar y el hombre en su juventud». Más adelante confirma la curiosa interpretación que da a la Biblia, con la analogía que tiene dicho versículo con el siguiente: «Tal es el camino que sigue la mujer fornicadora, que después de haber comido se enjuaga la boca y dice: «No hice ningún mal». Lo indudable es que la virginidad de María no se reconocía en los inicios del siglo III San Clemente de Alejandría dice que eran muchos los que participaron de la opinión, que mantienen todavía, según la cual María acabó de dar a luz un hijo sin que el parto produjera cambio alguno en su persona, y algunos aseguran que una partera que la visitó después encontró en ella todos los signos de la virginidad. Se comprende que dicho santo hable de ese modo refiriéndose al Evangelio de la Natividad de María, en que el arcángel Gabriel le dijo: «Sin obra de varón, virgen concebirás, virgen parirás y virgen morirás», y al protoevangelio de Jacobo, en el que la mencionada partera exclama: « ¡Inaudita maravilla! María acaba de dar a luz un hijo, y sin embargo conserva la virginidad». Con los años, se declararon apócrifos estos dos evangelios, si bien en este punto estaban conformes con la creencia que adoptó la Iglesia, pero quitaron los andamios en cuanto estuvo alto el edificio. La declaración de Jesús respecto a que entró en su madre por la parte alta de la cabeza, es lo mismo que opina la Iglesia. El breviario de los maronitas dice que el verbo del padre entró por el oído de la mujer bendita. San Agustín y el papa Félix dicen categóricamente que la Virgen quedó encinta por la oreja, san Efrén dice lo mismo en un

himno, y Agobar refiere que la Iglesia cantaba en su época: «El verbo entró por el oído a la Virgen, y salió por la puerta dorada».

Es sabido que el jesuita Sánchez promovió seriamente la cuestión de si la Virgen María recibió o no el semen de la encarnación de Cristo, y que después de oír la opinión de otros teólogos se decidió por la afirmativa, pero esos extravíos de la imaginación concupiscente deben situarse al nivel de la opinión de Aretino, que hizo intervenir en aquel acto al Espíritu Santo, bajo la forma de palomo, así como la fábula ideó que Júpiter, para poseer a Leda, se valió de la añagaza de metamorfosearse en cisne, como creyeron los primeros padres de la Iglesia, san Justino, Atenágoras, Tertuliano, Clemente de Alejandría, san Cipriano, Lactancio, san Ambrosio y otros, tomándolo de los escritores judíos Filón y Flavio Josefo, que los ángeles cohabitaron con las mujeres y engendraron hijos de ellas. San Agustín dice que los maniqueos mostraban hermosas doncellas y gallardos mocetones en cueros a los príncipes de las tinieblas, que son los ángeles malos, y que de sus miembros, enervados por la concupiscencia, brotaba la sustancia vital que dicho padre llama la naturaleza de Dios. Evodo allanó la dificultad que presentan estos casos diciendo que la Majestad divina escapó por los testículos de los demonios. Los mencionados padres creían que los ángeles eran corporales, y cuando las obras de Platón les dieron la idea de lo que era la espiritualidad, explicaron la antigua opinión del apareamiento de los ángeles con las mujeres, diciendo que el ángel que transformado en mujer había recibido el semen del hombre, lo aprovechaba para engendrar con una mujer, a cuyo lado adquiriría la figura de un hombre. Los teólogos designan con los vocablos íncubo y súbcubo los diferentes papeles que desempeñan los ángeles.

Ninguna genealogía es tan notable como la de Mahoma, hijo de Abdallah. Mahoma fue en su primera juventud palafrenero de la viuda Cadisha, luego su factótum y después su marido; más tarde, profeta de Dios, luego sentenciado a la horca, después conquistador y rey de Arabia, y al fin murió, harto de gloria y de mujeres.

Los hombres de la nobleza alemana sólo remontan su origen hasta Witikind y los de Francia no pueden enseñar títulos más allá de Carlomagno, pero la raza de Mahoma, que subsiste todavía, alardea de presentar un árbol genealógico cuyo tronco es Adán y cuyas ramas se extienden desde Ismael hasta los gentilhombres que ostentan hoy el título de primos de Mahoma. Esta genealogía aparece exenta de dificultades y no provocó disputas entre los sabios, en ella brillan por su ausencia los cálculos falsos que rectificar, las contradicciones flagrantes y las imposibilidades que se pretenda hacer posibles. Sin embargo, vuestro orgullo niega que sean auténticos esos títulos. Me decís que descendemos de Adán al igual que el gran profeta, si Adán es el padre común de todos los hombres, pero como a Adán no le conocía nadie, ni

aun los antiguos árabes, y su nombre se cita por primera vez en los libros hebreos, por lo tanto son falsos los títulos de la nobleza de Mahoma. Añadís que, en todo caso, si ha existido un primer hombre, fuera cual fuese su nombre, descendemos de él, como el ilustre palafrenero de Cadisha, y que si no ha existido un primer hombre, porque el género humano existió siempre, como opinan algunos sabios, sois gentilhombre de toda una eternidad, si los pergaminos de vuestra casa no prueban lo contrario. A esta objeción responderéis que todos los hombres somos iguales, que una raza no puede ser más antigua que otra, que los pergaminos refrendados por un sello de cera son de nueva invención y que no hay ninguna razón que os obligue a creeros inferiores a la familia de Mahoma, a la de Confucio ni a la de los emperadores del Japón. No puedo refutar vuestra opinión con pruebas al canto, físicas, metafísicas o morales. Os creéis igual al emperador del Japón y en esto soy de vuestro parecer; únicamente aconsejo que si llega el caso de luchar con él procuréis ser el más fuerte.

**GENERACIÓN.** Explicaré el proceso de la generación cuando sepa cómo Dios concibió la creación. Me decís que en la Antigüedad los filósofos y cosmólogos también lo ignoraron, porque hacer algo de la nada pareció siempre una contradicción a los pensadores antiguos. El axioma nada no produce nada fue el fundamento de toda la filosofía. Pero nosotros preguntamos: ¿cómo una cosa puede producir otra? Yo os contesto que es tan imposible entender cómo un ser proviene de otro, como comprender cómo nace de la nada. Observo que una planta o un animal engendran a su semejante; pero es tal el sino humano que sabemos perfectamente cómo se mata a un hombre e ignoramos cómo se le hace nacer. Ni el animal ni el vegetal pueden formarse sin germen; de no ser así, una carpa podía nacer debajo un árbol, y un conejo en el fondo de un río. Tomad una bellota, echadla en la tierra y llegará a convertirse en una encina, pero, ¿comprendéis lo que se necesita saber para averiguar cómo ese germen se desarrolla y se convierte en árbol? Para saberlo es preciso ser Dios. Tratáis de desvelar el misterio de la generación del hombre. Explicadme sólo, si podéis, el misterio que le hace tener pelo y uñas, decidme por qué mueve el dedo meñique cuando quiere. Atacáis mi sistema diciendo que es el sistema de los ignorantes, convengo en ello, pero os contestaré repitiendo las palabras del obispo Montmorin a algunos prelados. Dicho obispo, que estuvo casado antes de recibir las primeras órdenes, presentó sus dos hijos a sus compañeros, que sonrieron al verlos. A la sonrisa irónica de los prelados el obispo contestó: «Señores, la única diferencia entre nosotros es que yo declaro los hijos que son míos».

**GÉNESIS.** Como los tratadistas de Historia sagrada están conformes con las ideas admitidas y no se despegan de ellas, porque sin su condescendencia no las hubieran entendido, sólo haremos algunas observaciones referentes a la física de los tiempos remotos, porque tocante a su teología la respetamos,

creemos en ella y no nos atrevemos a discutirla.

«En el principio creó Dios el cielo y la tierra.» De este modo nos han traducido el comienzo del Génesis, pero esa traducción no es exacta. Los hombres instruidos saben que el texto dice: «En el principio los dioses hicieron el cielo y la tierra». Esta idea concuerda con la creencia antigua de los fenicios, que supusieron que Dios empleó dioses inferiores para desembrollar el caos. Los fenicios constituían hacía ya bastante tiempo un pueblo poderoso con su propia teogonía antes de que los hebreos se apoderaran de algunas localidades de su país. Es lógico suponer que cuando los hebreos se afincaron en algunos puntos de Fenicia comenzaron a aprender la lengua de esa nación, y que entonces sus escritores adoptaron la antigua teología de sus señores, porque ésta es la dirección normal del espíritu humano. En la época en que se sitúa a Moisés, los filósofos fenicios sabían ya lo bastante para considerar que la Tierra era un pequeño punto comparada con la multitud infinita de globos que Dios puso en la inmensidad del espacio llamado cielo. La idea tan antigua como falsa de que el cielo fue creado para la Tierra ha prevalecido casi siempre entre el pueblo ignorante. Esta idea equivale a decir que Dios creó las montañas y un grano de arena y que las montañas las hizo para ese grano. Es posible que los fenicios, excelentes navegantes, tuvieran también buenos astrónomos, pero ancestrales prejuicios prevalecieron y el autor del Génesis los utilizó para enseñar el camino que conduce a Dios y no para enseñarnos la física.

«La tierra estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.» La tierra no estaba tan formada como ahora; la materia existía, pero aún no la había organizado el poder divino; el espíritu de Dios significa el soplo, el viento que agitaba las aguas. Esta idea está expresada en los fragmentos del autor fenicio Sanchoniaton. Los fenicios creían, como los demás pueblos, que la materia es eterna, y no hay un solo autor de la Antigüedad que diga que se ha sacado algo de la nada. Tampoco se encuentra en toda la Biblia ningún pasaje que asegure que de la nada se hizo la materia; los hombres siempre fueron de encontrados pareceres sobre la cuestión de la eternidad del mundo, pero estuvieron unánimes en creer en la eternidad de la materia. *Ex nihilo nihil, in nihilum nihil posse reverti.* Esta fue la opinión de la Antigüedad.

«Y dijo Dios: Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha. Y vio Dios que la luz era buena: y dividió la luz de las tinieblas. A la luz llamó día y a las tinieblas noche; y de la tarde y de la mañana resultó el primer día. Dijo asimismo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas: que separe unas aguas de otras. Hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento. Y Dios llamó al firmamento cielo; y fue la tarde y la mañana del segundo día.» Empecemos por examinar si el obispo Avranches, Huet, Leclerc

y otros tienen razón contradiciendo a los que pretenden encontrar en los versículos anteriores rasgos de elocuencia sublime. La elocuencia no es afectada en ninguna historia escrita por los judíos. El estilo de los versículos citados es el más sencillo, como todo el resto del Antiguo Testamento. Si un orador, para dar a conocer el poder de Dios, empleara únicamente esta expresión: «El dijo que la luz fuera, y la luz fue», esa frase sería entonces sublime, como la del pasaje del Salmo: Dixit, et facta sunt. Es un rasgo que, siendo único en esta parte, y empleado para sugerir una gran imagen, hiere la imaginación y la eleva, pero en el Génesis la narración es más sencilla y el autor judío sólo habla de la luz como de cualquier otro objeto de la creación, diciendo siempre al fin de cada versículo: y Dios vio que era bueno. Es innegable que todo es sublime en la creación, pero la sublimidad de la luz es superior a la de la hierba de los campos; lo sublime se eleva sobre lo demás, y el mismo estilo campea en todo el capítulo. También era una opinión muy antigua que la luz no provenía del sol. La veían difundirse en los aires antes de salir y ponerse ese astro, y se figuraban que el sol sólo servía para darle mayor intensidad. Por eso el autor del Génesis participa de ese error popular cuando dice que fueron creados el sol y la luna cuatro días después que la luz. Era imposible que hubiera mañana y tarde antes de existir el sol. El autor inspirado se dignó rebajar hasta los prejuicios vagos y toscos de la nación. Dios no pretendió enseñar filosofía a los judíos; pudo elevar su espíritu hasta la verdad, pero prefirió descender hasta ellos. La separación de la luz y las tinieblas incide también en una física errónea; diríase que la noche y el día estuvieron mezclados como granos de diferentes especies que fácilmente se separan unos de otros. Todos saben que las tinieblas no son sino carencia de luz y que la luz sólo existe mientras nuestros ojos reciben esa sensación, pero entonces estaban muy lejos de conocer esas verdades. La idea del firmamento arranca de la más remota Antigüedad. Se creyó que los cielos eran sólidos, porque veían en ellos siempre los mismos fenómenos. Los cielos rodaban sobre nuestras cabezas, por tanto estaban formados de una materia compacta y dura. ¿Qué medio tenían para calcular cómo las exhalaciones de la tierra y los mares podían aportar agua a las nubes? No existía entonces ningún Halley que pudiera hacer ese cálculo. Creyeron que había depósitos de agua en el cielo. Esos depósitos sólo podían llevarse por una inmensa bóveda, que se veía por ser transparente, y por tanto de cristal. Para que las aguas superiores cayeran desde esa bóveda a la tierra, era necesario que hubiera allí puertas o esclusas que se abriesen y se cerrasen. Tal era la astronomía de entonces y como escribían para los judíos los escritores tenían que adoptar los toscos conocimientos de otros pueblos algo menos toscos que ellos.

«E hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiera el día, y la lumbrera menor para presidir la noche y las estrellas.» De nuevo vemos el mismo desconocimiento de la naturaleza. Los judíos no

sabían que la luz que da la luna es reflejada. El autor minimiza la importancia de las estrellas porque desconoce que son otros tantos soles a cuyo alrededor ruedan otros mundos. El Espíritu Santo se rebajó hasta ponerse al nivel del espíritu de aquella época.

«Y dijo Dios: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra, y domine a los peces, etc.» ¿Qué entendían los judíos por hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra? Lo que toda la Antigüedad entendía: *Finxit in effigiem moderantum cuncta deorum* (Sólo de los cuerpos se hacen imágenes). Ninguna nación imaginó un dios que no fuera corporal porque es imposible representarlo de otra forma. Puede decirse que Dios no es nada de lo que conocemos, pero no podemos tener ninguna idea de lo que es. Los judíos creyeron continuamente que Dios tenía cuerpo, al igual que creían los demás pueblos. Los primeros padres de la Iglesia creyeron también que Dios era corporal hasta que adoptaron las ideas de Platón.

«El los creó varón y hembra.» Si Dios o los dioses secundarios crearon al hombre varón y hembra a su imagen, de esto parece que se infiere que los judíos creían que Dios y los dioses secundarios eran varones y hembras. Por otra parte, no se sabe si el autor quiso decir que el hombre tuvo al principio los dos sexos, o que Dios creó el mismo día a Adán y a Eva. El sentido más natural de esa expresión es que Dios formó a Adán y a Eva al mismo tiempo, pero ese sentido contradice absolutamente la creación de la mujer, que fue formada de la costilla del hombre bastante tiempo después de los siete días de la creación.

«Y descansó el séptimo día.» Los fenicios, caldeos e hindúes, dicen que Dios formó el mundo en seis tiempos, que el antiguo Zoroastro llama los seis *gahambars* que tan célebres son en Persia. Es incuestionable que los pueblos citados poseían una teología antes que los judíos habitaran los desiertos de Horeb y Sinaí, y antes que pudieran tener escritores; hay sabios que creen verosímil que la alegoría de los seis días sea una imitación de los seis tiempos.

«De este lugar de delicias salía un río para regar el paraíso, río que desde allí se dividía en cuatro brazos. Uno se llama Fison, y es el que circula por todo el país de Hevilat, en donde se halla el oro... El segundo se llama Geon, que rodea la tierra de Etiopía... El tercero es el Tigris, y el cuarto es el Éufrates.» Según esta versión, el paraíso terrenal debía abarcar casi la tercera parte de Asia y Africa. El Éufrates y el Tigris nacen a más de sesenta leguas uno de otro y entre montañas horribles que distan mucho de ser un jardín. El río que rodea Etiopía, que no puede ser más que el Nilo, nace a más de mil leguas de los manantiales del Tigris y del Éufrates y si el Fison es el Fise, debe sorprendernos que el autor haya puesto en el mismo sitio el nacimiento de un río de Escitia y el de otro de Africa. Es menester, pues, dar a los anteriores versículos otra explicación y buscar otros ríos. Cada comentarista

sitúa en lugar distinto el paraíso terrenal. Hay quienes dicen que el jardín del Edén es una copia de los jardines de Edén en Saana, en la Arabia Feliz, famosa en la Antigüedad; que los hebreos, que constituían un pueblo relativamente reciente, pudieron ser muy bien hordas árabes y jactarse de la exuberante fertilidad que tenían en el mejor cantón de la Arabia, y que siempre adoptaron las antiguas tradiciones de las naciones más adelantadas, en medio de las cuales se hallaban afincados.

«Tomó, pues, el Señor al hombre y le puso en el jardín de delicias, para que lo cultivase y guardase.» Nada que oponer a que cultivase su jardín, sólo que es difícil que Adán pudiera cultivar un jardín de unas ochocientas leguas de extensión probablemente contaría con ayudas.

«No comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal.» Es difícil concebir que haya existido un árbol que enseñara el bien y el mal, como existieron y existen perales y albaricoqueros. Además, no se comprende por qué Dios no ha de querer que el hombre no conozca el bien y el mal. ¿Dárselo a conocer no sería más digno de Dios y mucho más necesario para el hombre? A mi corto entender, Dios debía haber mandado que comiéramos mucha fruta de ese árbol, pero someto mi pobre razón a sus designios.

«En cuanto comas del fruto de ese árbol, infaliblemente morirás.» Sin embargo, Adán lo comió y no murió; sabido es que vivió todavía novecientos treinta años. Varios padres de la Iglesia consideran todo esto como alegoría. En efecto, podemos decir que los demás animales no saben que han de morir, pero que al hombre se lo enseña la razón, y su razón es el árbol de la ciencia que le hace prever su fin. Esto parece la explicación más razonable.

«Dijo asimismo el Señor: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante a él.» Esperamos que Yahvé le va a dar una mujer, pero antes le presenta todos los animales. Tal vez se deba a alguna transposición del copista.

«Y el nombre que Adán dio a cada uno de los animales fue su propio nombre.» Lo que debía entenderse por propio nombre de un animal debía ser el que especificara las propiedades de su especie, al menos las principales, pero no ocurre esto en ninguna lengua. Además, si Adán conocía las propiedades de los animales es porque había comido el fruto de la ciencia y por ende Dios no tenía necesidad de prohibírselo, porque sabía ya más que la Real Sociedad de Londres y la Academia de Ciencias. Es de advertir que el Génesis nombra por primera vez a Adán en ese versículo. El primer hombre en el pueblo de los antiguos brahmanes, que es anterior a los judíos, se llamaba Adimo —hijo de la tierra— y su mujer se llamaba Procriti —vida—; así lo dice el Veidam, que quizás es el libro más antiguo del mundo. Adán y Eva significaban lo mismo en lengua fenicia, y esto es otra prueba de que el

Espíritu Santo se conformaba con las ideas admitidas.

«El Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido le quitó una de sus costillas y llenó de carne aquel vacío. Y de la costilla aquella que había sacado a Adán, formó el Señor Dios una mujer, la cual puso delante de Adán.» El Señor, en el capítulo anterior, había creado ya al varón y a la hembra. ¿Por qué, pues, quitar una costilla del hombre para formar una mujer que existía ya? Contestan a ello que el autor enuncia en una parte lo que explica en otra, y también que por medio de esta alegoría somete la mujer al marido y expresa su íntima unión. Hay quienes han creído basándose en ese versículo, que los hombres tienen una costilla menos que las mujeres, pero es una suposición gratuita porque la anatomía nos prueba que la mujer no tiene más costillas que el hombre.

«Era empero la serpiente el animal más astuto de todos cuantos animales había hecho el Señor Dios sobre la tierra. Y dijo a la mujer...» En todo este capítulo (III) no se menciona al diablo. Todas las naciones orientales consideraban a la serpiente como el más astuto de los animales y creían que era inmortal. Los caldeos idearon una fábula en la que disputaban Dios y la serpiente, y esta fábula la conservó Ferecidas. Orígenes la cita en su *Contra Celsum*, lib. VI, p. 33. Llevaban una serpiente en las fiestas de Baco. Los egipcios atribuían una especie de divinidad a la serpiente, según dice Eusebio en su *Preparación evangélica*, libro I, cap. X. En Arabia, India y China, la serpiente simbolizaba la vida; de esto provino que los emperadores de China anteriores a Moisés llevaran siempre sobre el pecho la imagen de una serpiente. Eva no se asombra de que la serpiente le hable. Los animales hablaban en todas las historias antiguas. Esa aventura está tan despojada de alegorías y es tal su rigor físico, que nos explica por qué, desde entonces, la serpiente se arrastra, por qué queremos aplastarla siempre y por qué ella trata de modernos. La misma credibilidad merecen las antiguas metamorfosis que explican por qué el cuervo, que fue antiguamente blanco, es negro hoy, por qué el búho sólo sale de su agujero de noche, por qué el lobo prefiere comer carne, etc.

«Multiplicaré tus dolores en tus preñeces: con dolor parirás los hijos y estarás bajo el dominio de tu marido, y él te dominará.» No se concibe que la multiplicación de las preñeces sea un castigo cuando los judíos la consideran una bendición. Los dolores del parto afectan más a las mujeres delicadas que a las acostumbradas al trabajo. A veces, las bestias sufren mucho en el parto, y algunas mueren en él. En cuanto al dominio o superioridad del hombre sobre la mujer se debe a la consecuencia natural de la mayor fortaleza del cuerpo y de la inteligencia del varón. Por regla general, los hombres son más capaces de atención continua y están mejor dotados para los trabajos mentales y manuales, pero cuando la mujer tiene más arrestos y más inteligencia que su

marido es ella la que manda y el marido se somete. Todo esto es verdad, pero pudo muy bien ser que antes del pecado original la mujer no conociera la sujeción ni los dolores.

«Hizo también el Señor Dios a Adán y a su mujer unas túnicas de pieles, y los vistió.» Este versículo prueba también que los judíos creían que Dios era corporal puesto que le hacen ejercer el oficio de sastre. El rabino Eliezer dice que Dios cubrió a Adán y a Eva con la piel de la misma serpiente que les tentó, y Orígenes afirma que esa túnica de piel fue una nueva carne, un nuevo cuerpo que Dios dio al hombre. Vale más atenerse respetuosamente al texto que interpretarlo de ese modo.

«Y dijo: Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal...» Parece que los judíos admitieron la existencia de varios dioses. Es muy difícil saber qué entendían por el nombre de Eloim. Algunos comentaristas aseguran que la frase uno de nosotros significa la Trinidad, pero ésta no se menciona en el Antiguo Testamento. La Trinidad es un compuesto de varios dioses, es el mismo Dios trino, y los judíos no oyeron hablar de un dios dividido en tres personas. La expresión uno de nosotros es verosímil que los judíos la aplicaran a los ángeles, Eloim, y por eso dicho libro no se escribió hasta después que los judíos adoptaron la creencia de esos dioses inferiores.

«Y echóle el Señor Dios del paraíso del deleite, para que labrase la tierra de que fue formado.» Pero el señor le puso en el jardín del deleite con el fin de que cultivara ese jardín, y si de jardinero pasó a ser labrador, debemos confesar que Adán no empeoró su estado, porque un buen labrador equivale a un buen jardinero. Esa historia proviene de la idea que tuvieron los hombres, que conservan todavía, de que todo tiempo pasado fue mejor que el presente. Siempre nos quejamos del presente y ensalzamos el pasado. Como el trabajo abrumba a los hombres, creen que la felicidad estriba en la ociosidad, sin pensar que el peor de los estados es el del hombre que nada tiene que hacer. Con frecuencia nos sentimos desgraciados y nos forjamos la idea de que existió un tiempo en que todo el mundo era feliz, que equivale a decir: hubo una época en que no moría ningún árbol, ni ningún animal enfermaba, ni era devorado por otro. De aquí provino la idea de la existencia de un siglo de oro de la serpiente que robó al asno el filtro para gozar de vida dichosa e inmortal, que el hombre había puesto en la albarda del jumento, del combate de Tifón y Osiris, de la famosa caja de Pandora y de muchas otras fábulas antiquísimas, de las que algunas son divertidas, pero ninguna instructiva.

«Y desterrado Adán, Dios colocó delante del paraíso de delicias un querubín con espada de fuego para guardar el camino que conducía al árbol de la vida.» La palabra kerub significa buey. Hay que reconocer que debía resultar un tanto grotesco un buey con una espada de fuego custodiando la entrada del paraíso. Más tarde, los judíos representaron a los ángeles en forma

de bueyes y gavilanes, pese a que tenían prohibida toda clase de representación de figuras. Esos bueyes y gavilanes los copiaron de los egipcios, de quienes tantas cosas imitaron. Los egipcios veneraban al buey como símbolo de la agricultura, y al gavilán como símbolo de los vientos, pero nunca hicieron portero a ningún buey. Eso es probablemente una alegoría, porque la palabra kerub significaba para los judíos la naturaleza, cuyo símbolo se componía del cuerpo humano con una cabeza de hombre y otra de buey, cuyo cuerpo tenía alas de gavilán.

«Y puso el Señor en Caín una señal para que ninguno que le encontrase le matara.» ¡Vaya un Señor!, exclaman los incrédulos. Acepta la ofrenda de Abel y rechaza la que ofrece Caín, que era el primogénito, sin dar la menor razón de ello. Y desde entonces es causa de la enemistad de los dos hermanos. Verdaderamente, es una lección de moral, tomada de las antiguas fábulas, que en los albores del género humano un hermano asesine a otro. Pero lo que a los sensatos les parece contrario a cualquier moral del mundo, a toda justicia y a todos los principios del sentido común, es que Dios haya condenado por toda una eternidad al género humano, haciendo morir inútilmente a su hijo por una manzana y que perdone a un fratricida. ¿Qué digo perdonar? Hizo más: tomó al culpable bajo su protección, declaró que quien vengara el asesinato de Abel sería castigado siete veces y puso en Caín una señal que le sirviera de salvaguardia. Los impíos dicen que eso es una fábula tan execrable como absurda, el delirio de algún infeliz hebreo que escribió esas infamias imitando las fábulas que los pueblos inmediatos propalaban en Siria. Ese judío insensato atribuyó esas majaderías a Moisés en una época en que no había casi ningún libro. La fatalidad, que dispone de todo, hizo que llegara hasta nosotros ese desdichado libro; los pícaros lo exaltaron y los imbéciles lo creyeron. De ese modo hablan multitud de teístas que adoran a Dios, pero condenan al Dios de Israel y juzgan la conducta del Ser Eterno adaptándola a las reglas de nuestra moral imperfecta y nuestra justicia errónea. Acepta a Dios para someterlo a nuestras leyes. Nos guardaremos bien de ser tan osados y seguiremos respetando, una vez más, lo que no alcanzamos a comprender.

«Yo haré llover sobre la tierra cuarenta días con sus cuarenta noches y exterminaré de la tierra todas las criaturas animadas que hice.» De este versículo sólo haré notar que san Agustín, en su libro Ciudad de Dios, dice: *Maximum illud diluvium graeca nec latina novit historia* (Ni la historia griega, ni la latina, conocieron ese gran diluvio). En efecto, antiguamente no se conocieron más diluvios que el de Deucalión y el de Ogiges, en Grecia, diluvios que se consideran universales en las fábulas que recogió Ovidio, pero fueron desconocidos en el Asia oriental y san Agustín está en lo cierto cuando dice que la historia no habla de ellos.

«Y dijo Dios a Noé: Sabed que voy a establecer mi pacto con vosotros y

con vuestra descendencia después de vosotros. Y con todo animal viviente que está con vosotros, tanto de aves como de animales domésticos y campestres de la tierra, que han salido del arca, y con todas las bestias de la tierra.» Pactar Dios con las bestias ¡vaya un pacto!, exclaman los incrédulos. Pero si se alía con el hombre ¿por qué no ha de aliarse con la bestia? Los animales están dotados de sentimiento y hay algo tan divino en el sentimiento como en el pensamiento más metafísico. Además, algunos animales tienen mejores sentimientos que los hombres que no raciocinan. Sin duda, en virtud de ese pacto, Francisco de Asís, fundador de la orden seráfica, decía a las cigarras y las liebres: «Canta, hermana cigarra; rumia, hermano lebrato». Mas, ¿cuáles fueron las condiciones del pacto? Que los animales se comerían unos a otros, se alimentarían de nuestra carne y nosotros de la suya, y después de comérmolos, nosotros, los hombres, nos exterminaríamos unos a otros. Si se hizo semejante pacto era digno del demonio. Probablemente, todo ese pasaje no quiere decir sino que Dios es el Señor absoluto de cuanto alienta en la tierra. Ese pacto no puede ser más que una orden, y por tanto no debemos tomar la voz alianza al pie de la letra, sino remontarnos a la época en que se escribió ese libro, que constituye piedra de escándalo para los débiles y motivo de edificación para los fuertes.

«Pondré mi arco en las nubes y será señal de la alianza entre mí y entre la tierra.» Nótese que el autor no dice: He puesto mi arco en las nubes, sino lo pondré, lo que supone evidentemente que era opinión general de que el arco iris no había existido siempre. Este fenómeno lo produce necesariamente la lluvia, y el autor lo presenta como un signo sobrenatural que anuncia que la tierra ya no será inundada. Es extraño que eligiera el signo de la lluvia para anunciar que ya no llovería. Pero a esto se puede responder que cuando haya peligro de inundación, el arco iris asegurará que no nos ahogaremos.

«Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: He aquí que el pueblo es uno solo, y todos tienen un mismo lenguaje. Han empezado esta fábrica y no desistirán de sus ideas hasta llevarlas a cabo. Ea, pues, descendamos y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno no entienda el habla del otro.» Observemos únicamente en este pasaje que el autor sagrado continúa conformándose siempre con las opiniones populares. Habla siempre de Dios, como si fuera un hombre que quisiera enterarse de cuanto acontece y ver por sus ojos lo que pasa en sus dominios, que reúne a sus consejeros para decidirse a oír la opinión de éstos. «Y Abrahán escogió de entre los criados de su casa, trescientos dieciocho armados a la ligera... y se lanzó sobre los cinco reyes, los desbarató y los fue persiguiendo hasta Hoba, a la izquierda de Damasco.» Desde la ribera meridional del lago de Sodoma hasta Damasco median ochenta leguas, siendo preciso salvar el Líbano y el Antilíbano. Los incrédulos no pueden por menos que sonreír triunfalmente al leer esa exageración, pero puesto que el Señor

estaba de parte de Abrahán, todo le fue posible a éste.

«Entretanto, los dos ángeles llegaron al caer la tarde a Sodoma, etc.» La historia de los dos ángeles que los sodomitas trataban de violar es quizá la más extraordinaria que haya inventado la Antigüedad. Mas hay que tener presente que en casi toda Asia se creía a pies juntillas en la existencia de demonios íncubos y súcubos; además que esos dos ángeles eran criaturas más perfectas que los hombres y, siendo más hermosos que éstos, debían encender más los deseos en un pueblo tan corrompido. Puede ser también que ese rasgo de la historia sólo sea una figura retórica que expresara el horrible desenfreno de Sodoma y Gomorra. Nos atrevemos a proponer esta solución a los sabios, pero desconfiando de nosotros mismos. ¿Qué vamos a decir respecto a Lot, que propone a los sodomitas que en vez de los dos ángeles violen a sus dos hijas, y respecto a la mujer de Lot, que se convierte en estatua de sal, y respecto a todo el resto de esta historia? La antigua fábula árabe de Cinira y de Mirra tiene algún parecido con el incesto de Lot y sus hijas, y la aventura de Filemón y de Baucis se parece a la de los dos ángeles que se aparecieron a Lot y su mujer. En cuanto a la estatua de sal, ¿no tiene algún punto de semejanza con la historia de Orfeo y de Eurídice? Muchos sabios opinan, como el gran Newton y el doctor Le Clerc que Samuel escribió el Pentateuco cuando los judíos llegaron a aprender a leer y escribir, y que todas esas historias son imitaciones de las fábulas de Siria, pero basta que se encuentren en la Biblia para que las reverenciamos, pensando sólo que ese libro fue inspirado por el Espíritu Santo. Recordemos que aquellos tiempos eran diferentes de los nuestros, y repitamos que el Antiguo Testamento es una historia verdadera; lo fabuloso es todo lo que inventó el resto del universo. Algunos sabios sostienen que se debieran eliminar de los libros canónicos todas esas cosas increíbles que escandalizan a los débiles, pero les han tachado de corazones corrompidos y hombres dignos de arder en la hoguera, y que es imposible que sea honrado quien no crea que los sodomitas quisieron violar a dos ángeles. Así razonan una especie de monstruos que tratan de dominar a los espíritus pusilánimes. Algunos célebres padres de la Iglesia tuvieron la prudencia de ver en esas historias ciertas alegorías, siguiendo el ejemplo de los judíos, sobre todo de Filón. Y papas más prudentes trataron de impedir que se tradujeran esos libros a las lenguas modernas, por miedo a poner al alcance de los hombres el juzgar lo que proponen sea adorado. Los sabios, demasiado engreídos de su saber, sostienen que es imposible que Moisés haya escrito el Génesis. Una de las principales razones en que se apoyan es que en la historia de Abrahán se dice que este patriarca pagó el terreno para enterrar a su esposa en moneda corriente y que el rey de Gerara dio mil piezas de plata a Sara cuando la poseyó después de que por su hermosura la raptó, a la edad de setenta y cinco años. Ellos dicen que han consultado todos los autores antiguos y han comprobado que no se conocía la moneda en aquellos tiempos pero esto son

sutilezas, puesto que la Iglesia cree firmemente que Moisés fue el autor del Pentateuco. Los sabios se atreven a contradecir cada línea de dicho libro y las almas puras reverencian cada tilde. No caigamos en la desgracia de creer en lo que nos dicta la razón; seamos sumisos de espíritu y de corazón.

«Y Abrahán dijo que Sara era su hermana; y tomola el rey de Gerara.» Hay que advertir, como se dijo en el artículo Abrahán, que Sara tenía entonces noventa años; que bastante tiempo antes se enamoró de ella un rey de Egipto, y que otro rey del mismo desierto de Gerara también se enamoró después de la mujer de Isaac, hijo de Abrahán. También allí hablamos de la criada Agar, de la que Abrahán tuvo un hijo, y de la manera como dicho patriarca despidió a ambos. Sabido es la ironía demoledora con que los incrédulos combaten esas historias y el desdén con que las tratan; asimismo, consideran inferior a Las mil y una noches la historia de Abimelec, enamorado de Sara, que Abrahán hizo pasar por hermana suya, y la historia de otro Abimelec, enamorado de Rebeca, que Isaac hizo pasar por hermana. Nunca insistiremos bastante que el gran defecto de esos sabios críticos consiste en sujetar esas historias a los principios de nuestra débil razón y en juzgar a los antiguos árabes como juzgan a las cortes de Francia e Inglaterra.

«Siquén, hijo de Hemor Heveo, príncipe de aquella tierra, se enamoró de Dina, hija de Jacob, y la robó y la desfloró violentamente. Mas su corazón quedó extremadamente apasionado por esta joven y, viéndola triste, procuró ganarla con caricias. Y acudió a Hemor, su padre, y le dijo: Cásame con esta jovencita.» Este pasaje subleva a los sabios, que se indignan de que el hijo de un rey haga el honor a un vagabundo de casarse con la hija de éste, como efectivamente se casó, colmando de regalos a Jacob el padre y a Dina la hija. El rey Hemor se dignó recibir en su capital a aquellos ladrones errantes que se llamaron patriarcas y extremó su amabilidad hasta el punto incomprensible, increíble, de dejar que circuncidaran, no sólo a él, sino también a su hijo, su corte y su pueblo, aceptando la superstición de aquella horda que no poseía ni media legua de territorio. En pago de tan asombrosa bondad, los sagrados patriarcas Simeón y Leví esperaron el día en que la llaga de la circuncisión produce ordinariamente calentura, recorrieron la ciudad con el puñal en la mano y asesinaron al rey, a su hijo y a todos los habitantes. Pero, tranquilícese el lector; esta especie de noche de San Bartolomé es un cuento abominable, ridículo e inverosímil. Es imposible que dos hombres pueden degollar todo un pueblo. Pero hay en esa historia otra imposibilidad más flagrante. Computando exactamente los tiempos, Dina, la hija de Jacob, no podía tener entonces más de tres años, y forzando mucho la cronología, podrá concedérsele que tenía cinco, y esto indigna a los sabios, que exclaman: ¿por qué el libro de la historia de un pueblo réprobo, libro que fue desconocido mucho tiempo en el mundo, libro en el que se ultraja la razón y las costumbres en cada página, tratan de presentárnoslo como irrefutable, como santo, como dictado por el

propio Dios? ¿No es una impiedad creer en él? ¿No están poseídos del furor de los antropófagos quienes persiguen a los hombres sensatos y modestos que no lo creen? A estas objeciones sólo podemos contestar que la Iglesia cree en ese libro y que muy bien pudieron los copistas mezclar absurdos indignantes con historias respetables. Sólo a la santa Iglesia corresponde juzgarlas, y a los profanos acatar su criterio.

«He aquí los reyes que reinaron en el país de Edom, antes que los hijos de Israel tuvieran rey.» Este es el famoso pasaje, una de las mayores piedras de escándalo, que indujo al gran Newton, al sabio Samuel Clarke, al profundo filósofo Bolingbroke, al docto Le Clerc y a otros a propugnar que es imposible que Moisés sea el autor del Génesis. Es indudable que esas palabras sólo pudieron ser escritas en tiempos que los judíos tenían ya reyes. El mencionado versículo fue principalmente el que decidió a Astruc a argumentar demoledoramente contra todo el Génesis y a suponer las fuentes de donde lo tomó el autor. Su trabajo es ingenioso y exacto, pero temerario. Ningún concilio se hubiera atrevido a emprenderlo y sólo sirvió para hacer más densas las tinieblas que quería disipar. Ese es el fruto del árbol de la ciencia, que todos queremos comer. ¿Por qué los frutos del árbol de la ignorancia son más nutritivos y fáciles de digerir? Pero, a fin de cuentas, ¿qué nos importa que ese versículo o todo el Génesis lo hayan escrito Moisés, Samuel, el sacrificador que fue a Samaria, Esdras u otro cualquiera? ¿Acaso nuestro gobierno, nuestras leyes, nuestra moral y nuestro bienestar, guardan alguna relación con los jefes desconocidos de un infeliz país bárbaro, llámese Edom o Idumea, en el que siempre habitaron ladrones? Esos pobres árabes, que no tienen ni camisa, nunca se enteraron de si existíamos nosotros; saquean las caravanas y comen pan de cebada, y nosotros nos atormentamos por saber si hubo reyes en ese cantón de la Arabia Pétreá antes que en otro inmediato, situado a occidente del lago de Sodoma.

***Freeditorial*** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)